

De la Prisión a la Libertad

Reflexiones sobre
los efectos sociales
de la Prisión



MIRTA MACEDO



orbe LIBROS



Foto: Leonardo Climent

Mirta Macedo nació en la ciudad de Treinta y Tres en 1939 y es Licenciada en Trabajo Social.

Ha estado vinculada a los Derechos Humanos por su profesión y por opción. Estuvo detenida durante la dictadura militar desde 1975 a 1981. Se ha formado en el tema Memoria y tiene publicados algunos artículos y tres libros. Su primero “Un día, Una Noche, Todos los Días”, publicado en 1999, donde a través de breves relatos va contando los horrores y los sentimientos que despierta el salvaje acto de la tortura; su segundo libro “Tiempos de Ida, Tiempos de Vuelta”, publicado en 2002, relata el proceso desde la detención a la libertad, analizando como el terrorismo de estado atacó fundamentalmente las ideas, los derechos y la identidad y, en “Atando los Tiempos” publicado en 2005, analiza las estrategias de sobrevivencia que tuvieron que construir en las cárceles de la dictadura para sortear los obstáculos que día a día ponían en su camino.

MIRTA MACEDO

De la Prisión a la Libertad
Reflexiones sobre los efectos sociales
de la Prisión



© Mirta Macedo

© Ediciones ORBE Libros

Colonia 1137

Tel. 901 35 82 - 900 76 59

E-mail: orbelibr@adinet.com.uy

Montevideo - Uruguay

ISBN: 978-9974-661-42-4

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público, por medios mecánicos, electrónicos, fotocopiadoras, grabaciones o cualquier otro método, total o parcial, del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización expresa del autor.

Agradezco a todas las compañeras/os que me brindaron su experiencia, su tiempo, sus reflexiones y sus testimonios en forma generosa, que me permitió profundizar en algunos aspectos, conocer en otros, y aprender, fundamentalmente.

Soy consciente que este esfuerzo que debieron hacer para recordar les movilizó otros recuerdos, enfrentándose a ese pasado que está siempre presente y vive en cada uno.

Su aporte fue, además, una enseñanza de modestia pues cuando les pregunté si mencionar sus nombres la mayoría respondió que no importaba. Dudé mucho en respetar esta decisión ante el agradecimiento que siento, pero al final opté por hacerlo.

No me olvido de nadie. ¡Gracias!

Dedico este trabajo a una entrañable amiga y compañera desaparecida durante la dictadura el 30 de marzo de 1976: a Silvina Saldaña.

“La desaparición pretende matar la muerte haciendo desaparecer los muertos. Poco a poco, la ciudad se puebla de una presencia espectral: la ciudad se vuelve una gran sepultura sin muertos. Como en los mitos, miles de almas en pena yerran en el dolor, en la venganza, reclamando su derecho al reposo. La ofensa a lo simbólico, a los ritos y ceremonias fundadoras del pacto social, es aquí evidente: esos muertos se han ido sin adioses.”

(Gómez Mango, Edmundo - La desolación, 2006)

Presentación

Esta vez, el trabajo que presento tiene visibles diferencias con los anteriores, más allá de su carácter reflexivo.

No obstante, pretende ser un testimonio de mi experiencia personal, y de un grupo de compañeras/os, a los cuales acudí por su valiosa opinión, para aportar a la reconstrucción de la historia colectiva.

El mundo en transformación, los cambios y las dificultades que surgen diariamente hace más difícil encontrar caminos para resolver las problemáticas que se nos presentan, en este caso, construir memoria, al cual me referiré en el trabajo. Además está presente el esfuerzo permanente que hacen algunos sectores de la población de olvidar, negar los sucesos cuyas consecuencias nos golpean diariamente. Los sentimientos, nos cuestionan y nos desafían.

Nos desafían a asumir posturas éticas, desarrollar la autocrítica, ponderar la democracia, luchar por el cumplimiento y la defensa de los derechos humanos.

En mis trabajos anteriores, tratando de construir y reconstruir Memorias, y reflexionando sobre el pasado, he abordado temáticas referidas a la tortura como en, “Un día, Una noche, Todos los días”; el penoso proceso de la detención hasta llegar al Penal en,

“Tiempos de Ida, Tiempos de Vuelta”, reflexionando como, el objetivo del enemigo mediante un sutil y artero trabajo, era borrar la identidad, las ideas y los derechos, porque cuando esto se pierde, o se desdibuja, puede desaparecer hasta la misma persona; y por último, en “Atando los Tiempos”, he abordado aquellas estrategias de sobrevivencia que sirvieron de soporte para transitar el tiempo durante la prisión.

Hoy me planteo algo diferente en cuanto a su contenido: Reflexionar sobre los efectos y las consecuencias de la Prisión Prolongada: Tortura, prisión y el impacto de la libertad, basada en mi experiencia personal y en un conjunto de testimonios, de los cuales, conjuntamente a la metodología, me referiré más adelante.

Por otro lado, se puede afirmar que la construcción de la Memoria, es una necesidad para la sociedad, para una nación, y un derecho de la ciudadanía de conocer su historia, su identidad y su pasado. Porque la falta de información sobre ese tiempo, y la historia de una nación, es una amputación, un corte peligroso con la identidad, que puede producir fracturas en el lazo social.

Rescatar a través del trabajo de la memoria el pasado reciente, el período de la dictadura uruguaya, es una tarea fundamental para el presente. El análisis severo, serio, de lo que conforma el sentido del pasado como un proceso social, cultural, político, ideológico, histórico y subjetivo, permite reconstruirlo y proyectarlo.

Ese pasado, esa Memoria puede ser analizada y observada desde diferentes disciplinas, y si estas apor-

tan su especificidad para interpretar, y permiten conservar en esencia ese pasado tal cual transcurrió, se constituyen en verdaderos aportes.

No existe una sola Memoria y esta considerada como un lugar de almacenamiento, una facultad de recordar lo vivido o el pasado.

La Memoria es un proceso que involucra una búsqueda, una profunda reflexión desde cada historia, cada situación, cada experiencia, donde mediante un proceso se apela a los elementos particulares, a la singularidad de cada fenómeno, a las representaciones personales y sociales. Como proceso de revisión tiene relación con la verdad, busca la verdad y necesita de ella. Pero los recuerdos y los olvidos empiezan a jugar un papel negativo, y la verdad histórica se diluye muchas veces, por intereses ideológicos que se expresan a través del poder. Primo Levi les concedió a los recuerdos, una importancia trascendental y refiriéndose a ellos señalaba: “los recuerdos no están grabados sobre piedras” (Levi, P. 1986), explicando los diferentes caminos que toman en la vida.

También influyen los cambios y las transformaciones histórico sociales que a diario movilizan a las sociedades. Con ellos comienzan procesos de olvidos y se van perdiendo y transformando los recuerdos en forma paulatina. El olvido se convierte en una dolorosa instancia cuyo objetivo es evitar, contar y narrar lo que efectivamente pasó. Los cambios sociales con sus intereses específicos apuntan en otras direcciones, parte de las historias pierden vigencia y puede suceder, que esa historia quede solo en la Memoria de

sus protagonistas, corriendo el riesgo de que ocurra su fin. Es así, que podemos afirmar que la Memoria, desde una mirada política, tiene cierto nivel de intencionalidad, por el papel de las hegemónicas que tienen poder en el presente.

Otra tendencia es que el conocimiento de un período histórico, es aquel marcado por hechos violentos y sin una mirada integradora de otros procesos, perdiendo de esta forma la riqueza primaria, esencial y real de los fenómenos. Este hecho, repetido en la historia de la humanidad, parecería no tener en el tiempo presente forma de resolverse, en tanto sirve a los intereses de los grupos hegemónicos.

Más allá de estos comportamientos, la Memoria es un instrumento imprescindible y juega un rol fundamental en los procesos sociales y políticos de los pueblos.

En mi caso, como ex presa política y en función de la importancia que le asigno al tema, trato de extraer de las vivencias y experiencias, un aprendizaje, cuyo mensaje me permita analizarlo sin excluir del mismo, los contextos, los actores, las realidades, buscando incorporar esa mirada integradora.

Toda elaboración se inscribe en un proceso donde se conjugan el conocimiento, lo racional, lo emocional, entre otras dimensiones, que interrelacionan para hacer posible la producción, mientras el tiempo juega un papel articulador, y abre brechas para facilitar avances o repliegues de todo ese acerbo personal o colectivo que portamos.

En este proceso de reflexionar y producir, se avanza o retrocede, en medio de una situación contradictoria, donde el olvido nos induce a ocultar ese pasado que duele y que encierra los recuerdos de las acciones más crueles desatadas contra de la sociedad. Por un lado, pesan los niveles de responsabilidad y necesidad de encontrar algunos mecanismos, palabras y expresiones que digan lo vivido, y por otro lado, está presente un profundo y lacerante dolor, y el miedo al horror, como una constante de la cual es muy difícil escapar para encontrar un equilibrio entre las dos actitudes antagónicas- avanzar o retroceder-, para finalmente vencer los obstáculos.

Sin embargo, se ha avanzado en la construcción del período de la dictadura, quizás, no lo suficiente en función de la magnitud y las consecuencias del fenómeno, pero nos enfrentamos a otros problemas agudos y difíciles a los cuales la respuesta requiere la participación de todos: el estado, la sociedad, las instituciones y nosotros.

¿Cuáles son entonces, los fenómenos que inciden en el colectivo para que después de treinta años, el trauma provocado por el caos siga proyectándose sobre cada uno de nosotros y en la sociedad? Intentaré abordar estos temas desde mis vivencias e interpretaciones, analizando los efectos y las consecuencias de la Prisión como un fenómeno fundamental.

No puede haber un proceso de reparación total y real, si no hay un cúmulo de situaciones resueltas previamente, no con un enfoque administrativo y operativo sino como una necesidad de resolver un mal

que adolece todavía nuestra sociedad, que lesiona e impide cualquier tipo de construcción.

En primer lugar, se debe afirmar que la sociedad uruguaya tiene una deuda consigo misma, al no lograr un sinceramiento sobre lo ocurrido durante la dictadura. Los intentos hechos no toman en cuenta la situación integral de las víctimas, sino, algunos aspectos, son parciales, no resuelven la situación de fondo que permanece en el colectivo.

A su vez, la sociedad uruguaya mediante el voto aprobó un plebiscito en el año 1986, La ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (Ley de Impunidad), que operó abrumadoramente en forma negativa en la sociedad, tapando la catástrofe vivida durante la dictadura, silenciando a la sociedad e instándola a olvidar lo vivido.

Así, la impunidad nace a partir del Estado, que en función del no cumplimiento de sus roles y tareas, como son organizar, administrar, ejercer justicia y amparar a sus ciudadanos, crea un sistema de normas y pseudo legalidades para no cumplir con su obligación de reparar y reconocer la situación, los daños y prejuicios sobre la población, amparando de alguna forma, a los responsables de los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura.

Los daños no solamente se visualizan por los efectos de la impunidad, sino por otras dimensiones como son algunas consecuencias que intentaré analizar a continuación.

Para facilitar la lectura del trabajo lo he dividido en capítulos, que no significan hechos aislados, sino

que van interrelacionados. También, como he realizado con los anteriores, voy a incorporar en algunos capítulos, algunos recuerdos en forma de relatos, recordando seres entrañables a los cuales tuve el privilegio de conocer, amar, y ahora extrañar. En este sentido, quiero que sean centro dos relatos de mujeres excepcionales, con vidas e historias diferentes, que se juntan en la memoria, reaparecen en el recuerdo, perduran en el corazón y el pensamiento, y son un ejemplo de dignidad humana. Ellas son, Nibia Sabalsagaray, asesinada en el año 1974, y Silvina Saldaña, desaparecida el 31 de marzo de 1976.

Del conjunto de los efectos y las consecuencias que he observado y personalmente viví y vivo, no abordo el caso de la salud y otros, por entender que existe un importante material de carácter científico. Trabajo en forma general algunos, como los efectos sobre las generaciones, la pérdida de los grupos de referencia y pertenencia y me dedico prácticamente a la situación familiar, abriendo tres zonas para la reflexión: la familia durante la dictadura, sus roles, tareas y funciones, y los cambios que se operan en su interior a raíz del terrorismo, trabajando el papel de la mujer familiar de las/os presos y los efectos en los niños, hijos de detenidos. Luego un capítulo para la familia cuando recibe al detenido/a. Allí destaco la imposibilidad de construir un proyecto de vida para quienes salían de la cárcel y se reintegraban a su hogar y las diferentes situaciones por las que pasó la familia. Por último trabajo los tipos de familia que se visualizaron.

Este trabajo que tiene el espíritu de sumar información a la existente, contiene reflexiones de carácter personal y no significa una generalización sobre las causas y los efectos.

En cuanto a la metodología diseñé una instancia que me permitiera corroborar algunos hechos y fenómenos que se observaban a nivel del colectivo de presas/os.

En primer lugar, traté de captar las diferentes situaciones en su carácter más general, tratando de definirlos y, a través del empleo de diferentes técnicas - entrevistas y reuniones - captar el significado que éstas/os compañeras/os le atribuyen a sus historias, a sus trayectorias, a sus conductas y, en definitiva, a las problemáticas mayores que debieron enfrentar en la prisión y en la libertad.

Busqué con el trabajo mostrar cómo todos los hechos y fenómenos fueron vividos por los protagonistas, cómo sorteaban las situaciones, tratando de desentrañar fundamentalmente los vínculos, como los grandes instrumentos que permitieron la sobrevivencia dentro de la cárcel y a la salida.

Al trabajar estas dimensiones, particularicé problemas, los efectos y las consecuencias, y seleccioné aquellos cuya información fuera mayor, captando una visión final de como vivió el impacto de la libertad, que se prolonga como una consecuencia más hasta nuestros días.

Para este objetivo empleé una metodología de corte cualitativo, que captara al ser humano, su contexto, su familia, su vida como ser social. Teniendo en cuen-

ta ese carácter, pudimos indagar las diferentes manifestaciones de la conducta en las circunstancias mencionadas.

Contemplamos determinados y elementales criterios para ordenar la muestra, de carácter totalmente arbitrario.

- Delimitamos el período a trabajar: desde el 27 de junio de 1973 a 1985.
- Entrevistamos compañeras/os que estuvieron detenidas/os en el período de la dictadura.
- No seleccionamos la edad, el sexo, ni el grupo político.
- Entrevistamos familiares de detenidas/os, sin tener en cuenta el nivel de parentesco, tanto sean hijos, esposos/as, padres, madres, hermanos y otros.
- Entrevistamos exiliados de algunos países, con variadas diferencias de experiencia, contemplando los mismos criterios.

La mayor cantidad de entrevistas a familiares recayó, casualmente, en los directos. Se realizaron entrevistas empleando una pauta de carácter semi estructurado.

La base fueron diez personas entrevistadas, una reunión con jóvenes hijos de padres detenidos y con diferentes experiencias y, me contacté con treinta personas que reunían iguales atributos, para solicitar una información específica en torno a algunos temas, como las Visitas a los Penales, que sirvió para el tema familia.

Mirta Macedo

Introducción

La violencia constituye en sí misma un acto de poder, de imposición de objetivos, proyectos o fines, que implica el empleo de diferentes mecanismos e instrumentos.

Se sustenta sobre una base ideológica y establece una relación entre sujetos, ya sean individuales o colectivos, grupos, instituciones, y el Estado, enfrentados desde ópticas diferentes, constituyéndose así, en un acto intencional que emplea la fuerza como un instrumento que apoya la resolución de un conflicto.

Algunos autores aseguran que la violencia siempre se presenta conectada al campo del poder, y sus acciones tienen vínculo con lo racional, rechazando su relación con acciones de carácter impulsivo, ha sido utilizada a lo largo de la historia, se manifiesta de diferentes formas, desde la violencia física, psíquica, económica, cultural, social, y otras. El caso al que haremos referencia, es la violencia política, que durante el proceso de la dictadura uruguaya se convirtió en terrorismo de estado, invadiendo ideológicamente a la sociedad, y utilizando el aparato estatal para reprimir y concretar una política de terror jamás vivida en el país.

En situaciones de terrorismo la relación entre política y violencia transcurre en forma paralela, so-

bresaliendo a veces una sobre otra y los límites entre una y otra se desdibujan, según el momento político y las necesidades del momento del Estado. Este tipo de violencia implica además una situación de abuso, de extralimitación de las funciones, que transgreden las normas y violan la democracia.

La violencia necesita rodearse de instancias de control instrumentadas en detalle para preservar las normas que imponen. El control y la vigilancia sobre la sociedad, lo establecido, el disciplinamiento impuesto, son, en definitiva, formas de Poder y Violencia.

Empleando el poder, el terrorismo de Estado invade la sociedad rompiendo el orden democrático, presentándose unido a cierta legalidad que deviene del sistema; por esta razón aprovecha los instrumentos del Estado: la ley, el control y la vigilancia. Estos instrumentos adquieren dimensiones profundas y contradictorias, por lo cual, se convierten en un sistema arbitrario y perverso que cambia el rumbo de la sociedad.

Luego, articulando las relaciones entre el Estado y la sociedad a través de la política, el terrorismo, implementa e implanta un sistema cuya característica es la arbitrariedad, el abuso y la represión.

El empleo de la violencia durante el proceso de la dictadura fue un plan organizado y planificado en detalle con, y por recursos humanos importantes. Participaron activamente personas, grupos, instituciones, que fueron capaces de proporcionar buenos niveles de organización, coordinación y articulación. Todo el operativo fue no solo una obra pensada, racionaliza-

da e instrumentada por el Estado, sino que hubo sectores de la sociedad civil que la apoyaron creando estructuras ideológicas como la cultura del terror, que acompañaron largamente a la sociedad uruguaya. Se puede afirmar que la cultura del terror como un instrumento de poder y avasallamiento, se convirtió en esos años, en una forma de concebir las relaciones humanas, creando una situación de alto riesgo en la sociedad.

El terrorismo instrumentó una maquinaria gigantesca para destruir, que contó y se apoyó también en la tecnología. Todo este andamiaje creado permitió al Estado del terror, impulsar un plan donde los impulsos de destrucción y de muerte, desarticularan a la sociedad de tal forma que no tuviera posibilidades de repararse. Primó el sentido del acaparamiento del poder, en la economía, en la cultura, en la educación, en la ideología, buscando conformar una estructura social, política e ideológicamente fuerte que avalara lo realizado, aunque fuera trasgrediendo la Constitución y utilizando seres humanos desposeídos de ética y moral que se lanzaron como en una cacería contra su propia especie, convirtiéndose de hombres comunes, en usurpadores, en torturadores y asesinos, cambiando de roles en función de los objetivos del terrorismo. Instalaron la tortura, la prisión y las desapariciones asumiendo la muerte como un instrumento para degradar a su especie.

Recurriendo a Primo Levi, para tratar de entender más profundamente lo ocurrido, cuando analiza los horrores vividos en la Alemania nazi dice: ¿“He-

mos asistido al desarrollo racional de un asunto inhumano o a una manifestación, hasta ahora nunca vivida en la Historia, y aún mal explicada de locura colectiva? ¿A una lógica dirigida al mal o a una ausencia de lógica?” (Levi.P. 1986). Y luego afirma que ambas lógicas coexisten. Analizando la destrucción causada durante la dictadura, su desarrollo y los daños indescriptibles como saldo, es posible afirmar que nada se pudo realizar en función de espontaneismos, sino que fue en función de una ajustada organización, que puso las lógicas a su servicio. No eran solamente seres humanos tocados por la lógica del mal, eran seres racionales que operaban inhumanamente, al margen de sentimientos, con fríos objetivos que dejaban a una parte importante de la población, sumida en el desamparo y el dolor.

Pero, pasados los años, nos cuestan aún creer y pensar que, efectivamente, durante el terrorismo de Estado, todo fue posible, que los horrores que vivimos fueron posibles y cometidos además por seres humanos. Y nuevamente nos preguntarnos con Primo Levi: “¿Hemos sido capaces los sobrevivientes de comprender y de hacer comprender nuestra experiencia?” (Levi.P. 1986).

Y me pregunto, ¿Hemos sido capaces de explicar en detalle cada acto contra la vida y la dignidad humana, el sufrimiento lacerante, el dolor por el dolor, y aún más, el tener la capacidad suficiente para entender la magnitud de los actos en los que participamos?

Entonces, ¿Qué mecanismos emplear, qué lógicas, y desde qué lugar mirar para entender la destrucción

de una parte de la especie humana por otra, que ejecuta y destruye sin consideración alguna ?

¿Cuál es el mecanismo de las lógicas? ¿Cómo se relaciona la lógica del mal, con el bien, como opera la inteligencia articulando a ambas?. Quizás algún día haya una explicación con otras “lógicas”, donde la lógica de la razón demuestre con hechos, que es posible una construcción al margen de la lógica del mal.

Los efectos y las consecuencias - Generalidades

“La dictadura es una invasión consciente, física, simbólica y psíquica” (Westín. C. 1978)

Parece conveniente antes de comenzar a describir los efectos y consecuencias a raíz de la Prisión Prolongada, precisar algunas características del impacto, una vez recobrada la libertad, y sus consecuencias, como un impedimento para concretar una inserción social, desarrollar la vida y vivir.

Hablar de los efectos y las consecuencias de estos fenómenos, implica en primer lugar, un proceso interno, profundo, una elaboración de los fenómenos acaecidos, reconociendo los daños que ocasionaron y la cantidad de víctimas directas e indirectas que involucraron. La violación de los derechos humanos creó una situación generalizada de desarticulación, desajustes y desestructuración tanto a nivel individual como colectivo. La dictadura rompió el orden democrático cortando los derechos ciudadanos, produciendo una fractura total en la sociedad, que afectó y destruyó lo construido, empleando el miedo, el terror, la tortura, las desapariciones forzadas, la prisión prolongada y la muerte. Su ideología que contemplaba la destrucción de todo lo que se opusiera a sus objetivos, era una fuerte apuesta a un cambio que la sociedad no compartía. Estas violaciones de los

derechos contra la sociedad entera, se dirigieron hacia los militantes de organizaciones que combatían a la dictadura, y que conformaron un bloque de oposición importante con apoyo de los sectores de trabajadores, estudiantes y otros núcleos de la población. En esa lucha un gran número de militantes fue detenido, torturados, desaparecidos y asesinados. En este sentido, con los presos políticos las violaciones de los derechos se hace a través de un desvínculo con su propia vida sumiéndolo en un aislamiento y soledad, destruyéndolo física y psíquicamente, atacando la identidad, la autoestima, buscando que perdieran el sentido de la realidad, que se sintieran fragmentados, desintegrados, en medio de la incertidumbre, la desconfianza, el temor y el miedo.

Algunos autores que estudian el tema afirman que, **quien ha vivido una situación traumática, ésta lo acompañará en su vida, dejando huellas que se prolongan en el tiempo, y se manifiesta en forma inmediata o mediata, alterando la vida de la persona, desorganizando las zonas resueltas, modificando e incidiendo en el plano social, en medio de sentimientos de miedo, temor, creando estados de desesperanza. Estas secuelas tienen diferentes formas de presentarse, algunas abiertamente, otras como situaciones resueltas, otras encubiertas. Dentro de estas formas algunos de los implicados creen que todo lo vivido quedó en el pasado, expresando, "ya pasó", "ya fue". Esta postura frente al dolor, este no reconocimiento de haber sido traumatizado, se expresa como una tendencia, entre tantas, en algunos sectores del colectivo de**

expresos/as. Sin embargo, aún en estos casos pueden estos efectos presentarse con posterioridad, muchas veces sin aviso, a raíz de algún recuerdo de hechos que perturbaron su vida.

Dice un autor que la tortura “queda grabada en el cuerpo”; (De Pena, 1993) y pasados los años, lejos en el tiempo de los acontecimientos aquellos, seguimos siendo movilizados por sus vivencias. Se habla de “un trauma no historizado por el contexto social”(De Pena, M, 1992) al producirse situaciones que llevan al Olvido, o a la Impunidad, que no contribuyen a la reconstrucción de la historia, sino la niegan de alguna forma, la ocultan, negando lo vivido tanto en lo individual como en lo colectivo. “El pacto del silencio para anular y exorcizar el horror vivido, alimenta conflictos latentes y resentimientos”, solo la Memoria puede exorcizar el horror vivido y preparar las condiciones de un olvido constructivo”.(Viñar M, 1993) El mismo autor dice que “La experiencia histórica no elaborada opera con eficacia sobre la vida social y política generando efectos”, y que “La ruptura de los códigos y prácticas democráticas y el ejercicio del poder a través del desplante y la violencia conllevan efectos de larga duración” porque “los efectos no cesan porque la causa haya cesado” (Viñar M, 1993).

Uno de ellos, el ocultamiento de la verdad, la no sanción a los culpables por los crímenes cometidos, son las consecuencias más profundas que tenemos a superar.

Toda esta manipulación en contra de la Memoria, en contra de su construcción, el desprecio por el pasa-

do, el negar los hechos, no castigar, el no encontrar mecanismos legales para sancionar a los culpables, es, en definitiva, como lo expresan diferentes autores, un signo de totalitarismo del que el presente deberá hacerse cargo. Pues tan graves fueron los hechos pasados, como en el presente la negación permanente, el ocultamiento, el olvido y la incapacidad de aplicar justicia, porque mientras “no hay soporte colectivo para elaborar singular y colectivamente la Violencia del horror, éste circula empecinadamente en circuitos repetitivos que reconducen la Violencia original” (Kaes, R, 1990)

Se podría decir, entonces, entre otros conceptos, que el impacto es un conjunto de sentimientos y emociones, un choque con la realidad que se vivió, a raíz de hechos, acontecimientos y situaciones, que rompen con las normas habituales, y, en su proceso cambia el estado y la situación de las personas afectadas, porque este produjo en ellas un importante quiebre que cambió sus vidas. El impacto tiene como particularidad que rompe y resquebraja la vida de los afectados. Deleuze dice que “Un acontecimiento es aquello que mueve, altera, irrumpe el flujo de la historia, produce diferencias” (Deleuze, 1994) El mismo puede tener una duración de un momento, de un tiempo corto o puede prolongarse, en este caso su intensidad va cediendo, y si bien se da a nivel psíquico, tiene connotaciones físicas, sociales y culturales. Se convive con él, se introduce en la subjetividad hiriéndola totalmente, daña y deteriora, y es posible que los esfuerzos para eliminarlos de nuestras vidas, sean un esfuerzo esté-

ril, si no hay desde la sociedad y el Estado, un reconocimiento de los hechos y los daños, y que luego se haga justicia.

En el caso que me convoca se produce un impacto que en definitiva abarca varios niveles de la vida, como fueron la detención, la tortura y la Prisión, y, por último, la vida después de la liberación, la inserción en la sociedad, y su prolongación hasta el presente.

Emplearé en el desarrollo del trabajo, estas etapas como una guía para reflexionar, teniendo en cuenta que la vida es una sucesión de hechos y acontecimientos, interdependientes, pero manteniendo una unión, más allá de la diferencia de cada uno, uniendo el pasado y el presente, es decir entre lo que fuimos e hicimos, entre lo que nos pasó y como salimos de la situación. En este sentido, parece oportuno incorporar algunos conceptos sobre como operan los tiempos.

Para unir el presente con el pasado, hay que realizar un esfuerzo a través de un proceso que se da en etapas. Los recuerdos, en este análisis de los tiempos cumplen un papel fundamental, pero hay que tener en cuenta su flexibilidad, es decir, que de acuerdo a cada subjetividad, a su historia, al contexto, pueden emerger en determinadas situaciones o no. Están ubicados en el pasado y el presente cumple la función de articularlos, integrarlos y orientarlos al futuro, es decir, articula lo de antes, ahora y después. En el marco de este proceso, las imágenes del pasado se unen inevitablemente al universo social y cultural del presente. En este operativo juega un rol importante el tiempo.

po cronológico, recordar y traer a la memoria las fechas, los hechos, como puntos de referencia para un mejor ordenamiento del pasado y que opere como un disparador de recuerdos, donde cada uno pueda apoyar la salida y esclarecimiento del otro. El trabajo con los tiempos permite realizar ciertos movimientos para avanzar en la construcción de una historia total, como también, en aquellos hechos que contribuyan en la construcción de un relato oficial que cuente la historia con objetividad, los episodios de violencia, tortura y muerte que ocurrieron durante los doce años de dictadura, como una forma más de contribuir a armar la verdadera memoria.

Al traer al presente el pasado o parte de él, lo hacemos con nuestra historia y la historia de otros, incorporando de esta forma la presencia de lo social. A los registros del pasado es necesario hacerles un lugar, ubicarlos en lugares accesibles, para usarlos, para conocerlos, porque cada recuerdo traído al presente es una experiencia válida, que contiene sentimientos, imágenes, representaciones, hasta contradicciones de un período que queremos conocer. Afirmamos la necesidad de que, al momento de construir memoria o memorias, se contextualice en el tiempo, en un espacio, aquellos hechos que conforman historias. De la perspectiva del presente dependerá muchas veces cómo se interprete la historia, y siempre será necesario poder ubicar con precisión al pasado, con certeza, con claridad y sin olvidos intencionales para construir el futuro.

La visión de la subjetividad es muy importante, porque cada uno aporta, pasa a ser un testimonio cer-

tero de su tiempo y de la sociedad, cada uno se convierte en un narrador que cuenta la historia como la vivió, es decir, sintiéndose como un producto a partir de una situación específica.

En definitiva, en la construcción de la Memoria es importante el papel de los tiempos y los recuerdos, y la función del ser humano como articulador, intérprete y constructor de memorias.

Todas las circunstancias que se pueden observar a partir del advenimiento de la democracia y que años después se siguen sintiendo, tienen su origen en las traumáticas condiciones vividas durante la dictadura, por lo tanto, incorporo a continuación algunos conceptos que permitan ubicarnos frente al trauma y sus consecuencias.

Se define al trauma como “Un acontecimiento en la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, una incapacidad del sujeto de responder adecuadamente...” (Laplanche-Pontalis.Diccionario), mientras Bruno Betelheim habla de “ una constante sucesión de hechos dolorosos destinados a producir la sensación de amenaza vital” (Madariaga, C,1999). Por ello, toda situación traumática va acompañada de determinado tipo de pérdida que afecta, incide y determina el comportamiento de quien fue agredido. Este hecho altera, desorganiza zonas resueltas y frente a la situación de peligro se siente una gran indefensión y desamparo. En este sentido, se puede decir que de las tres situaciones que hemos planteado, si bien el impacto se produce al inicio, las consecuencias se prolongan en el tiempo y se expresan en forma diferente. También se

puede afirmar que en la situación traumática interviene diferentes sentimientos, el miedo, el horror, la angustia, la desesperación, la incompreensión, el estupro, y al fin, la presencia de un sentimiento de ruptura y aniquilamiento.

“Ante un hecho que mueve hondamente los cimientos de una estructura social, sus miembros amparados hasta entonces por la rigidez de un encuadre institucionalizado, se sienten golpeados por la incertidumbre” (Ana Quiroga. 1996). Porque el impacto moviliza la historia de quien la vive y también afecta la historia colectiva. A raíz del impacto comienza una serie de movimientos, cambian las sensaciones y sentimientos, y se produce una movilidad en los sujetos, que tiene una suerte de situaciones oscilantes, donde aparecen nuevas estructuras, y, a continuación, hay cambios a nivel de los roles, tanto en los individuales como en los colectivos. También se puede apreciar a raíz del impacto una gran dispersión de actividades, cambiantes y oscilantes, normas y posturas que se imponen, adjudicando cambios nuevos en los roles, en los objetivos, en las tareas, en definitiva, en la totalidad del ser. “Cuando el Estado instituye la tortura como sistema, el universo afectado no es el núcleo restringido de las víctimas sino la sociedad en su conjunto” (Viñar M. 1993). Se produce una ruptura que afecta en forma integral, se pierden las normas instituidas, se pasa de lo seguro a lo inseguro, entrando así, otros parámetros a actuar en la situación, que son desconocidos por la sociedad, y que deberá aprenderlos o rechazarlos. En general el impacto, si bien

puede paralizar, tiene como contrapartida que crea algunos sistemas o formas que ayudan a regular la actuación, el control y fundamentalmente, en lo personal a controlarse. Un ejemplo de esta situación eran los momentos de la tortura específica, en que se podían crear innumerables mecanismos de defensa que permitieran sortear en las mejores condiciones la brutalidad del fenómeno. Posiblemente, haber creado estos mecanismos permitieron no solo seguir siendo lo que éramos, sino nos proporcionó algo de estabilidad y seguridad, elementos absolutamente necesarios en aquellas situaciones.

Los efectos serían entonces, aquellas consecuencias tanto físicas como psíquicas, económicas, sociales y otras, que se producen luego de haber vivido una situación traumatizante como fue el terrorismo de Estado.

La construcción de la Memoria en el Uruguay

Y antes de avanzar en el trabajo, me parece oportuno compartir estas reflexiones sobre la situación de la construcción de la Memoria en el Uruguay, análisis que lo realizo en función de materiales consultados, lectura de autores, material de instituciones, artículos periodísticos, y aparición en los medios de comunicación del período correspondiente a la dictadura, de personas o grupos políticos.

Con relación a Uruguay, la Memoria ha cursado los mismos destinos que manifiestan los materiales que abordan el tema. Desde mi percepción, teniendo en cuenta a los autores que he consultado, que describen los inconvenientes o dificultades que obstaculizan su construcción, se puede afirmar que hay en el país un interés general en rescatar la historia desde algunos ámbitos, sobre todo en los últimos años donde la producción sobre el tema ha sido interesante, aparte de los pronunciamientos, declaraciones y manifestaciones.

Ese rescate de la Memoria se manifiesta de diferentes formas, todas ellas relacionado, casi unidas, pero que a los efectos de una mayor comprensión debo separarlas. Por otro lado, este análisis no significa una crítica para ninguna organización, ni orientación, sino es el resultado del material estudiado, siendo una opinión absolutamente personal.

Desde el año 1985 -con el advenimiento de la democracia- han pasado veintitrés años y la producción sobre la llamada Historia reciente ha necesitado un tiempo para salir a luz, con un giro importante en los últimos años. Si bien no es el objetivo del trabajo analizar esta situación puede ser útil para comprender más las dificultades para construir las memorias, conocer más profundamente la infinita variedad de problemas con que tropezamos a la hora de concretar, ya sea, escribir, registrar, filmar, entrevistar o analizar.

¿Hasta el presente, quien rescata la Memoria de ese tramo de la historia en el Uruguay?.

Son las víctimas directas -que proceden de la cárcel, exilio, clandestinidad, familiares y sectores de la sociedad que de alguna forma les afectó la dictadura- que luego de un lento proceso pueden testimoniar los horrores vividos; o los analistas, estudiosos, profesionales vinculados a los derechos humanos y las instituciones especializadas.

Los primeros lo hacen con una carga emotiva y en permanente estado de retraumatización; los segundos -felizmente- lo hacen desde un lugar de comprensión y solidaridad, desde lo profesional, que les permite una importante objetividad, en función de un análisis científico.

Primo Levi y Bruno Betelheim argumentan extensamente los inconvenientes para la construcción de la memoria. Este último, en su libro *Sobrevivir* habla de porque no lo hacen –o sí– las víctimas y dice: “A unos los problemas los destruyen; otros nie-

gan el impacto y otros aceptan el dolor y emprenden una lucha para enfrentar los aspectos más terribles de la realidad” (Betelheim. B. 1985). Esto demuestra la correspondencia que existe entre poder hablar de la Tortura y la Prisión con los materiales que van surgiendo.

Para poder hablar de lo siniestro se pasa por diferentes etapas mediante un largo proceso. Una de ellas es cuando se pueden decir generalidades, describir hechos, y sucesos que pasaron.

Personalmente y en función de mi experiencia de trabajo con el tema, creo que en Uruguay la situación es similar a lo que plantean los autores con los matices que exige la particularidad de cada fenómeno. Con relación al análisis que realizo sobre la producción de materiales escritos aparecen trabajos con un marcado acento en la narración, en la descripción, describiendo hechos y acontecimientos. Dan cuenta de historias personales y colectivas, y hablan por supuesto de las organizaciones políticas a la que pertenece cada autor.

Esta primera etapa es muy importante, en tanto permite de alguna forma -quizás no la mejor- hablar, escribir o decir algo. Lentamente permite enfrentarse con el problema, con el objetivo de reconocerlo. Luego con el tiempo llega el momento en que podemos analizar, reflexionar lo vivido, con muchas limitaciones que pueden vencerse con el tiempo, y donde la producción muestra niveles de análisis, reflexiones que lo enriquecen. Quiero decir además, que recordar el pasado para producir, y al fin crear, es uno

de los objetivos más difíciles que tenemos que abordar, venciendo los miedos y las dificultades, o conviviendo con ellos. Porque no recordamos solo lo que nos pasó personalmente, recordamos también lo que les pasó a los otros, porque la tortura y la prisión tienen como características el sentir colectivo, hecho que contribuye a hacerlo más doloroso.

El análisis de esta etapa requiere emplear ciertos mecanismos, como enfrentarse seriamente al papel de víctima, pensar desde ese lugar, salir de él, entrar nuevamente y por excelencia, aceptar esa marca, esa huella dolorosa como un hecho real, como algo inevitable con el cual debemos aprender a convivir con él. Esa convivencia requiere ayuda, paciencia, enojos, avances y retrocesos. Estos estados por los que pasa el colectivo de presos/as se manifiesta claramente en la producción existente pero la inmensa mayoría de los trabajos producidos por las víctimas -ex presos/as- corresponden a esta primera etapa.

En la segunda situación -de análisis- hay varios trabajos, con niveles de profundidad que trasciende el relato.

Decíamos anteriormente que quienes producen y se preocupan por la construcción de la memoria, son las víctimas o los estudiosos del tema. Hasta el momento quienes más han producido son las víctimas directas, los protagonistas, aunque empiezan actualmente a aparecer otros sectores como los hijos nacidos en cautiverio, hijos de desaparecidos, que se incorporan al movimiento de la memoria reforzando el trabajo existente.

En otro sentido tampoco aparecen documentos -si bien hay algunos- de las organizaciones de izquierda que den cuenta de un análisis crítico o autocrítico de su participación en la historia. Hay trabajos de carácter individual -como los trabajos de Hugo Cores- que podrían considerarse como opiniones de las organizaciones, en tanto estos autores/as integran los cuadros de dichas organizaciones.

En las situaciones antes mencionadas hay trabajos escritos publicados, videos, películas y registros de historias, artículos periodísticos, etc.

En función de lo planteado y tomando todo el material existente, aparece una memoria de la dictadura bastante fragmentada, percibiéndose estas situaciones en torno al tema:

- 1) Aparece una Memoria con las características antes mencionadas, con relatos que narran acciones, cuentan generalmente la vida en la cárcel, pasajes de presos por instituciones militares, más referidas a las estrategias de sobrevivencia en las cárceles. Estos materiales son de carácter descriptivos, prácticamente sin análisis, hablan de la historia de una organización guerrillera, el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), de su política y estrategia y de sus protagonistas. Esta Memoria abarcaría el período anterior a la dictadura, sin embargo, es la que más conocida, más divulgada, la que accede a los medios con facilidad. Esta comprobación parece interesante pues en función de los materiales consultados y también en correspondencia de lo que va pasando en el país en torno a la construcción de la Memoria, la versión que

más se conoce es la que plantean los grupos hegemónicos, en este caso serían los materiales de los militantes de esta organización.

2) Luego hay otra Memoria que se conoce menos, que se refiere al período de la dictadura, contada o narrada por sus protagonistas, de la resistencia, de la cárcel y exilio, con escasas posibilidades de acceder a los medios, con grandes dificultades de presencia, casi escasa. Entre ellos se encuentran algunos materiales analíticos, pero con un marcado sesgo hacia lo descriptivo. En este sentido, se ubicarían aquí los materiales que refieren a la Huelga General, al Plesbicitto por el NO en el año 1980, el 1ero de mayo de 1983 -en general todos de carácter analítico-, y mucho material no sistematizado, sin ser trabajados, recogido a través de entrevistas a militantes de la resistencia, dirigentes sindicales, políticos, es decir a los protagonistas de aquel momento que quisieron testimoniar. Aquí se podrían ubicar los materiales -escritos u oral- de ex militantes del Partido Comunista Uruguayo, o militantes de dicha organización y del Partido para la Victoria del Pueblo, fundamentalmente

3) Luego aparece dentro del tema una posición, que no construye, ni elabora frente a la historia vivida -que sería la oficial- que ha tenido algunas variaciones. En los primeros años de la democracia, se niega los hechos dolorosos, con un discurso mentiroso y protector de los asesinos expresados en el período del gobierno del Partido Colorado, con el Dr Sanguinetti, que afirmaba que en el Uruguay no había desaparecidos y donde se aprueba la Ley de Impunidad; luego el

período del Partido Nacional con el Dr Lacalle como presidente que transita los mismos caminos sin asumir compromisos con la sociedad; y el período de gobierno de Jorge Batlle, de igual forma, pero nombra la primera Comisión para la Paz y se sanciona una ley que reconoce los años de detención como aportados al BPS, para ex presos que hubieran estado vinculados a la actividad privada. Durante esos gobiernos fueron aprobadas -no sería justo no reconocerlo- diferentes leyes contemplando escasos aspectos de las diversas situaciones, como las 15.737, 15.783, 17.449, 17.949, una de las más importantes fue la restitución de los funcionarios públicos.

Luego el período más reciente, del gobierno del Frente Amplio, donde hay un reconocimiento mayor de los Derechos Humanos, tema que integra la Plataforma frenteamplista, y se sanciona la Ley 18.033, para los ex presos políticos que otorgó una pensión a aquellos que hubieran trabajado en forma privada al momento de la detención, se concreta por encargo del gobierno una investigación sobre los desaparecidos y se instala el Museo de la Memoria.

Paralelo a estas formas de manifestarse la Memoria, existen materiales de carácter científico -que corresponderían a lo que he denominado trabajos analíticos-: como investigaciones y estudios jurídicos, sociales, psicosociales, médicas, antropológicas, realizadas por instituciones que trabajan los Derechos Humanos y las secuelas del terrorismo, como Sersoc, Serpaj, la Facultad de Humanidades y otros aportes de equipos o individuales como los de Marcelo Viñar,

Daniel Gil, Alvaro Rico, Gómez Mango, Vania Markarian, Virginia Martínez, de historiadores y algunas tesis de graduación de la Facultad de Ciencias Sociales.

Este breve análisis de la construcción de la Memoria en el Uruguay tiene como objetivo comprender cabalmente las dificultades que rodean, los obstáculos permanentes con que se tropieza, que parten desde el Estado y sus instrumentos para ponerle punto final a la situación, desde la sociedad y nuestras limitaciones producto de nuestras heridas subjetividades y los efectos del terrorismo.

Nibia Sabalsagaray

Desde hace muchos años he querido decir algo sobre Nibia, sin lograrlo. Es una deuda pendiente que intento en esta ocasión, saldar de alguna forma.

Aprovecho dos hechos; uno, el material que presento, al cual me gusta adosarle historias, relatos, vivencias y recuerdos. Y lo segundo, utilizar algunos apuntes sobre ella, que entre lágrimas y lecturas entrecortadas, dije en la presentación de mi libro anterior.

Cada vez que intento hablar de Nibia me envuelve una sensación de dolor, impotencia, rabia, y no me permite cumplir el objetivo, tengo que hacer un gran esfuerzo, porque se trata de una amiga, de una compañera de la vida, de la militancia de los años jóvenes, de lo cotidiano, de los sueños y esperanzas de un tiempo en la historia, de los encuentros y desencuentros, de las desavenencias y acuerdos.

Era mi amiga y mi compañera.

¿Cómo empezar a decir algo, de alguien tan querido? ¿Cómo recordar su moral y su ética? ¿Cómo hablar de ese mundo interno, tan rico y tan excepcional?

Nibia tenía 25 años, era del interior del país, de Colonia Suiza, era estudiante del Instituto de Profesores Artigas, y había venido a Montevideo a estudiar como lo hacen tantos jóvenes del interior, sepa-

rándose de su familia, su padre, sus hermanos/as, sus tías, su pueblo. Era militante gremial y de la Unión de la Juventud Comunista, siendo allí donde nos conocimos y militamos juntas hasta, exactamente, el día antes de que la secuestraran y asesinaran.

Nibia era sencilla, y como tal, había incorporado a su mundo aquellos parámetros éticos, necesarios en la especie humana, que permiten mirar a los ojos sin sentir el peso de la censura.

Tenía una rica subjetividad donde albergaba sentimientos, sueños y deseos. Entre ellos estaba aquella vieja aspiración que tantas generaciones albergaron en las décadas del 60 y el 70 de ver una sociedad diferente. Por eso y para eso dio su vida, con modestia, con sinceridad, como era ella.

Tenía un contacto rico con la fantasía que le permitió comenzar un proceso de creación, dejándonos algunos de sus trabajos. En ello recogía sus vivencias de niña, de adolescente, de su familia, personajes de su pueblo, enraizando la riqueza de la vida cotidiana con su pensar, sus necesidades, sus deseos y anhelos.

Tenía un sentido común que la acompañaba en la resolución de las dificultades, y una gran inteligencia para la resolución de las grandes cosas. Podía resolver varios problemas a la vez, aún bajo protesta.

Tenía un sentido del humor que le permitía sortear difíciles situaciones.

Era sensible ante todo, y, a veces, mostraba alguna tendencia a complicarse, lo que me enojaba terriblemente.

Tenía un don especial para vincularse con los otros, que le abría grandes posibilidades para conocer las difíciles facetas del ser humano. Así, era capaz de diagnosticar conductas y actitudes de toda una población a la que habitualmente no nos vinculábamos, como era un señor que pedía comida en la puerta de la panadería; la niña que pedía monedas en la puerta de una iglesia; aquel que tomaba vino por los alrededores de su casa, todos, amigos de ella.

En función de ese dominio y esa capacidad para entender a los otros, cuando, quienes la rodeábamos teníamos dificultades, siempre era ella quien se acercaba para apoyar, para ayudar. En este sentido, no puedo sustraerme de un recuerdo personal, ante una pérdida, cuando el dolor parecía no tener límites y prolongarse en el tiempo, su apoyo y su presencia jugaron un papel muy importante, en mi vida.

Amaba a su familia en forma sincera, los extrañaba, y ellos eran ejemplo para su vida diaria.

Y a su novio, Paco, no solo le amaba, sino que lo admiraba, y había decidido vivir el resto de su vida, compartiendo, pobreza, grandezas, o lo que la vida les planteara.

Tenía una pasión por su pueblo que luego de estar un tiempo con ella terminábamos conociendo los personajes más característicos, la plaza, los rincones, la escuela, el liceo, transmitiendo con ellos, colores, olores y frescura.

Era solidaria sin exclusiones, con todos por igual y en forma permanente.

Tenía una ética fortalecida por una historia familiar, una decisión clara, una vocación concreta y una actitud leal.

La secuestraron, y al otro día estaba muerta.

No sabemos cuales fueron sus últimos pensamientos frente al torturador, posiblemente recordó las calles de su pueblo, sus hermanos, sus compañeros y amigos, el pasto de su casa, el cielo de Colonia Suiza.

Pero lo que no tenemos duda, es que murió con la misma dignidad con que vivió su corta vida.

Breves reflexiones acerca de algunos efectos

Me referiré en especial a los efectos sociales identificados como graves consecuencias en el colectivo de presos/as, sin desestimar el resto, que constituyen situaciones graves y preocupantes.

Cuando hablamos de efectos sociales, nos referimos a cuestiones tanto individuales como colectivas teniendo en cuenta que la agresión del terrorismo, como decíamos anteriormente, constituyó un hecho masivo que afectó a miles, en forma directa o indirectamente, mientras la violencia se fue multiplicando perjudicando a unos y otros, los problemas se hicieron comunes a la población, repitiéndose los hechos de alguna forma, haciendo de la situación un caos social, que se proyecta en el tiempo, incorporando a esa dinámica a otros que no han vivido la situación, pero que los afectarán de diferentes formas.

El universo del trabajo no es entonces, el análisis del conjunto de efectos y consecuencias que se observan hoy en el colectivo de ex-presos/as, sino, algunas breves reflexiones del conjunto, acentuando en las repercusiones de algunas, que analizo más extensamente. No son como decía, fenómenos aislados, sino se desarrollan con otro conjunto de fenómenos, en interacción y con un nivel de incidencia destructiva

en la población. Las trabajo sin orden de importancia, teniendo en cuenta que van interrelacionadas.

El siguiente cuadro ilustra algunos de los efectos.

Los efectos y las consecuencias
Impedimentos para instrumentar proyectos de vida
Impacto frente a la realidad
Perdida de los grupos de referencia y pertenencia
Impacto sobre las familias
Efectos sobre diferentes generaciones
Perdida en cuanto a realizar proyectos laborales
Efectos de la retraumatización
Dificultades en la inserción laboral
Perdida en cuanto a proseguir estudios
Efectos sobre la salud

1) Uno de los efectos que gravitó y aún tiene una fuerte incidencia, son aquellos mecanismos e impedimentos para instrumentar un proyecto de vida, que tuviera en cuenta lo que habíamos pasado y estábamos pasando, que proporcionara una mejor calidad de vida, la recuperación de vínculos, los afectos, la situación económica y laboral, que nos ubicara en la sociedad sin estigmatizarnos, y que articulara el pa-

sado con el presente. Tema que desarrollaré en un capítulo más adelante, con relación a la familia, cuando recibe al detenido/a, y su libertad.

Al respecto dicen los testimonios:

“Parecía que todo estaba preparado para planes cortos, siempre era ahora, nunca un proyecto a más largo plazo”.

“Yo no me planteaba otra cosa que salir de la situación, tenía miedo a pensar en algo parecido a un proyecto”.

“Siempre pensé en su necesidad, pero eran proyectos todos los esfuerzos que hacíamos para sobrevivir, rescatando, reconstruyendo...”

2) Otro efecto fue el impacto que se produjo a la salida, cuando debimos enfrentarnos a nueva realidad a la que nos incorporaríamos.

La realidad comprende no solo lo que se ve y se observa, sino el habitat, los grupos, instituciones, la cultura, las poblaciones, los contextos donde se desarrolla la actividad humana, sea barrial, regional o nacional, e integra parte de una identidad social que recoge de esa convivencia, valores, costumbres, usos, mitos y otros. Esta identidad había sido trastocada, por consiguiente, de ella emergieron nuevas situaciones, nuevas configuraciones que barrieron un accionar con historia, cambiando situaciones y ubicando fenómenos dispersos que se distribuyeron a la largo de la sociedad. La situación de enfrentamiento con esta nueva realidad abarcó un tiempo prolongado, pues las diferencias del pasado y el presente eran pronuncia-

das. Antes habíamos ejercido derechos y conocido la democracia, mientras la nueva realidad mostraba los daños del terrorismo y las características de una sociedad callada, silenciada a la fuerza y con temor, transformada totalmente, donde no existía ninguna posibilidad de que hiciéramos valer algunos derechos o diversidades, y también, en otro plano, que pudiéramos entender los caminos que se observaban para luego intentar incorporarnos, a raíz de las necesidades particulares.

Al respecto los testimonios dicen:

“Cuando llegué a casa y empecé a observar los movimientos, también de la ciudad me parecía que estaba en otro mundo, no era el Montevideo que había dejado”.

“Esta realidad era áspera y no podía entenderla”.

“Fue el dolor más agudo y el esfuerzo más grande enfrentarme a esa realidad vaciada, y triste”.

3) Otro efecto es lo relacionado a la pérdida de grupos de referencia y pertenencia.

La especie humana ha vivido históricamente en grupos, no solo para satisfacer sus necesidades, sino también, para desarrollar acciones que le permitan incorporarse a la sociedad con mayor fluidez, y encontrar apoyo y contención a la vez. En tanto, “Los grupos son espacios en donde se encuentran, se articulan, interactúan los sujetos sociales, en el grupo se reeditan, se juegan, con modalidades particulares aspectos de las relaciones sociales que son portadas en el espacio grupal y sostenidas por cada uno de noso-

tros, sujetos que somos emergentes y configuradores de ese orden social” (Aportes. Revista).

Los grupos permiten tomar conciencia a través de lo individual y mediante un proceso, de las necesidades comunes; brinda un lenguaje común a todos sus miembros, y cada uno se reconoce en el otro, por sus inquietudes, sus temores y deseos. Se logra en ese proceso, el respeto por las diferencias entre sus miembros, y en la construcción de la tarea encuentra el sentido de pertenencia. Sus miembros contribuyen plenamente en las decisiones y pasan desde lo individual al nosotros grupal, o sea, a lo colectivo.

En general, las relaciones desarrolladas a lo largo de la vida, atraviesan, entre otras dimensiones, muchos tipos de grupos, especialmente, los denominados grupos de pertenencia y de referencia.

Los grupos de pertenencia serían aquellos donde la persona tiene un nivel de participación directa, activa y lo construye desde un lugar, un rol, como en cualquier grupo. Ejemplos de grupos de pertenencia serían la familia, un grupo de amigos. En el caso del grupo familiar, se comparte el origen, la identidad, la historia, muchas veces el contexto. En este tipo de grupo, el arraigo, las raíces, hasta el parentesco y la historia familiar, facilitan la pertenencia para convertirse en un factor de fortalecimiento. Con estas características los grupos de pertenencia tienen un valor de apoyo, de continente, de apuntalamiento importante para sus miembros.

Dentro de los grupos de pertenencia, como en el caso de la familia, si bien en su seno se habían opera-

do trascendentales cambios, la incorporación luego de la libertad, se realizó por un camino menos dificultoso, en tanto fue, para el caso nuestro, el grupo más inmediato, el de acogida y recibimiento, mientras, en los grupos de referencia, que fue donde se produjo una mayor dispersión, también, en mi caso, fue imposible acceder a algún tipo de vinculación en forma inmediata a la salida.

Los grupos de referencia serían aquellos a los que nos vinculamos de diferentes formas y nos sirven de guías para la acción, sean grupos políticos, grupos ideológicos, grupos religiosos, laborales u otras formas, pero que permiten crear una situación de pertenencia. Como todo grupo, actúa como apoyo y sostén, y es importante soporte para sus miembros. En este caso, el grupo es un espacio para compartir determinadas prácticas, mitos, ritos, costumbres como una ideología, o un pensamiento. Ambos tipos de grupos tienen una vinculación con la conformación del proceso identificatorio, como sucede con el grupo familiar.

Ambos grupos tienen similitudes pero se diferencian en la estructura, en la composición, en la tarea, en los objetivos y otros requisitos. La desvinculación con ambos grupos, o la separación, o la misma desaparición, significó un corte abrupto con estos importantes referentes identificatorios, - como los denominan algunos estudiosos - que tuvieron una destacada función de apoyo, de crecimiento o de formación. La pérdida de estos grupos fue consecuencia de la dispersión de la población, a raíz del exilio obligatorio para

miles de uruguayos, la cárcel o las desapariciones. Se había creado una situación de desmembramiento político y social por la represión, que no permitía el funcionamiento de grupos e instituciones, que desaparecieron en muchos casos, o funcionaron en condiciones clandestinas. Si tenemos en cuenta que todo grupo, en especial éstos, ofician como continuadores de historias colectivas, permiten el desarrollo de subjetividades, abren espacios de expresión para sus integrantes, su pérdida o ausencia, significó un fuerte y profundo impacto a nuestras vidas.

Los testimonios dicen:

“Eso fue una cosa muy fuerte”

“¿Qué hacer, a dónde ir? No había nadie, nada para nosotras que llegábamos del Penal.

“La pérdida de los grupos fue una terrible sensación de vacío, de soledad. ¿quien apuntalaría nuestras vidas?”

4) Otro efecto muy importante fue lo que vivieron las familias por la represión quedando diezmadas, alteradas así sus dinámicas, sus roles, funciones, tareas y fue necesario buscar otros modelos de convivencia para poder sobrevivir, fue muy importante su función durante la dictadura, como a la salida, tema que desarrollaré más extensamente en un próximo capítulo por lo tanto no incorporo testimonios en esta parte.

5) Otro de los efectos es lo relacionado con la cantidad de generaciones que afectó, enlazándolas a través de

diferentes mecanismos, causando consecuencias diferentes, y por lo tanto efectos de carácter multigeneracional, intergeneracional y transgeneracional.

Habíamos dicho que los efectos de la situación traumática se proyectan a través de determinados mecanismos hacia las generaciones siguientes, prolongando el dolor y la angustia. Cada generación es independiente de la otra, en cuanto a la construcción de su afectividad, en el manejo de los afectos, en sus niveles de decisiones y en torno a como construirse como ser social. Sin embargo, tiene un nivel de dependencia con las otras generaciones, porque hay un conjunto de elementos que permiten que una entre en otra, como la historia familiar, los discursos familiares, los personajes que dejan una impronta marcada en la subjetividad de cada uno, y, que pasan de generación en generación.

Sin embargo, cada generación en una sociedad logra la especificidad, que le otorgan las particularidades de esa generación, y también la marca algún acontecimiento o hecho político, social, cultural u ideológico, que vive solo ella. En su interior, subyace un conflicto específico que se expresa en las individualidades y en los ámbitos colectivos. Este lo maneja la generación, pero cuando se traslada por algún mecanismo a las otras, es decir, cuando el conflicto trasciende a su generación, se establece una situación de tal magnitud que daña y lesiona. Muchas veces su origen está en los procesos de autonomía, de individuación, y por el crecimiento de los jóvenes que en su desarrollo provocan determinados movimien-

tos en la estructura familiar, y que debilitan a las figuras de autoridad. Sin embargo este proceso es una forma de crecimiento para la nueva generación en su búsqueda de nuevas alternativas para vivir.

Además cada generación es portadora de determinados códigos y valores que construyó, y que las otras generaciones posiblemente no comprenden, y no comparten. Cuando esto pasa, las dificultades entre ambas se observan claramente, y, en muchos casos, hasta se pueden dar rupturas o fracturas que obstaculizan el desarrollo de cada una. Lo importante en este sentido sería que, el conflicto de cada generación se pudiera integrar, como un elemento más, y que, permitiera la continuidad de la historia, la experiencia y el saber de la generación. Todas estas situaciones creadas a raíz de las consecuencias, que se presentan como fenómenos entrelazados, conforman una red de causa-efecto, y de hechos que tienen como fin el daño, acompañado del dolor y la angustia. En este sentido, se afirma y es posible comprobar, que los efectos tienen un carácter multigeneracional en tanto afectó, trastocó y transverzalizó a varias generaciones a la vez, de las más diferentes formas. Un ejemplo de esta apreciación es pensar solamente que la detención de una persona, una hija, tocaba a su descendencia, sus hijos, y también a sus padres y hermanos. Aparece una vez más, los abuelos, los hijos, y los nietos, marcando la presencia de tres generaciones. A su vez, se crea una situación de tal magnitud que el conflicto, la problemática, se prolonga en el tiempo y transverzaliza la historia familiar. Los problemas de

un solo miembro de la familia, pasan a ser problemas y conflictos de otras generaciones, convirtiéndose en intergeneracionales. Todos fueron afectados por una misma causa, pero al tratarse de diferentes generaciones, sintieron los efectos de diferente forma, por esta razón también los efectos tienen carácter transgeneracional.

Hemos mencionado anteriormente que, con los efectos pasando de una generación a otra, se produce una situación, sin límites y sin salidas, que hace naufragar a los miembros de los núcleos familiares, donde la transmisión se hace caótica, ya que al frente está presente el conflicto anterior, corriendo el riesgo de perderse la historia, los hechos, y quitando las perspectivas a las generaciones.

Por esto, los efectos han sido tan devastadores al tocar a tantas generaciones, en tanto han penetrado en aspectos reservados de cada uno, han lesionado secretos familiares y generacionales, y han prolongado el dolor y la problemática de una generación, que las otras lo reciben como una herencia no deseada, ni buscada.

Al respecto los testimonios dicen:

“Se llevaron a mi padre, al mes a mi marido, y mi hijo mayor se fue a España”

“Tocó a todas las generaciones, al principio estábamos desperdigados por el mundo, luego cuando volvimos, cada generación planteaba lo suyo, no nos entendíamos del todo”.

6) También la situación laboral se cuenta como uno de los efectos mayores, porque a medida que detenían quedaban interrumpidas las posibilidades de culminar carreras en determinados trabajos, ascensos, capacitaciones, especializaciones, o también la incorporación de tecnología en el acervo de cada uno. Muchas personas fueron detenidas al momento de realizar carreras universitarias, u otras, quedando sin posibilidades de culminación, tema que aún se percibe como un afecto de peso en la situación.

Los testimonios cuentan:

“Era imposible encontrar trabajo en cualquier ámbito, solo se podía a través de conocidos”.

“Salí en el 78, y me arreglé con changas; imposible volver al trabajo”.

“Nunca volví a resolver el trabajo en las condiciones anteriores, solo he trabajado”

7) Luego, otro efecto que vive el colectivo es el fenómeno de la retraumatización. “Los efectos no cesan porque la causa haya cesado” (Viñar M. 1993), es así que estamos reviviendo en forma permanente a través de mecanismos sociales y psíquicos lo vivido en la dictadura.

El efecto traumático atraviesa la vida de la sociedad y se incorpora a la cotidianeidad, asomando a cada instante, causando impactos importantes. Las expectativas que se crean en torno a los desaparecidos, los posibles lugares de enterramiento, la información de los medios de comunicación, las actitudes inmorales del ejército y sus mandos, verdaderos responsables de

las muertes, prisión y tortura durante la dictadura, el tratamiento del Estado al tema, conducen a que en forma permanente se recuerde el pasado y lo vivido, causando una movilización dolorosa y angustiante.

Al respecto los testimonios dicen:

“Esto es de nunca terminar”

“Cada vez que se menciona algo de los desaparecidos, me siento mal, siento una angustia tremenda”.

9) Otro efecto que permanece hasta nuestros días, constituyéndose en una síntesis de todas las situaciones anteriores, son las pesadas cargas que debimos asumir. La dictadura tuvo la capacidad de extenderse abarcando las más diversas áreas o espacios de la sociedad, y de todo el quehacer humano, vinculando procesos, las vidas de las personas, articulando lo individual con lo colectivo, lo interno con lo externo, a unos y otros. Avanzó tanto en los aspectos ideológicos y sociales, que la población quedó como en una situación que se podría definir como entrampada, hecho que se traslada a otras generaciones, perturbándolas y condenando a cargar a la sociedad y a las familias, con una historia que no deseó, incorporándolas a una historia oficial mentirosa, armada con intencionalidad, negando el verdadero sentido de los hechos, con sus repercusiones en el funcionamiento familiar, en los colectivos, es decir, en la sociedad en su conjunto, y que aún, pasados los años se ha prolongado hasta nuestros días.

Al respecto los testimonios dicen:

“Nos torturaron, nos encerraron y todavía seguimos pendientes de todo lo que pasa”.

“Es como que no puedo olvidarme, está metido en mi corazón y creo que también en mi cuerpo.
¡Fue tan fuerte!”

En suma: todo efecto como consecuencia de una catástrofe social como fue el terrorismo de Estado tiene en primer lugar víctimas, y una sucesión de hechos que habilitan a afirmar que estos fenómenos tienen un punto de partida, pero su final, se diluye en una serie de acontecimientos, vaivenes, saltos, con consecuencias para las generaciones que suceden a los acontecimientos.

Por lo tanto, sería aconsejable tener presente para interpretar y comprender a los nuevos fenómenos de carácter psico social a los cuales la sociedad se enfrenta actualmente, los hechos del pasado reciente y sus consecuencias, como una variable más, como un referente ineludible a la hora de analizar el desarrollo social y político del país.

Los efectos en las familias

Generalidades

Para desarrollar el tema de los efectos y las consecuencias a raíz de los impactos en la familia, parto de la idea de que esta, se desarrolla y desenvuelve en determinados ámbitos y dimensiones, algunos de los cuales analizaré en este capítulo. Me gustaría precisar para ubicar correctamente el papel de la familia, cómo la especie humana, es un conjunto de identidades y personas, que constituyen singularidades y particularidades de acuerdo a sus historias, sus biografías y también a sus contextos históricos y sociales, y que muchas de estas particularidades y singularidades, las toma la familia en su desarrollo y proyección histórica.

La composición de la familia es altamente heterogénea, cada miembro tiene su vida particular pero responde a las generalidades del grupo, siente en forma diferente y vive las experiencias que llegan a su interior, aún comunes a todos, en forma especial.

Por otro lado, observando dentro del colectivo es difícil afirmar cual de los efectos tuvo más peso y causó más impacto en su vida. Al estudiar algunos casos se observa que se distribuyeron a lo largo y a lo ancho, y que, de alguna forma, afectaron a todos.

Por ello, seleccionar un tema para abordarlo en forma más completa, constituye más allá del compromiso que implica, la posibilidad de ser injusto. Sin embargo, el tema familia, del que haré una reflexión mayor, fue por donde pasó nuestra vida y de la sociedad, y se constituyó en un compromiso ético ineludible.

Es a partir de esa precisión, que me propongo reflexionar sobre el tema, partiendo de la idea que en la década del 70, la sociedad uruguaya ya se encontraba sumida en una crisis económica y social, que repercutía en todos los ámbitos transformando aspectos sustanciales de la sociedad, y la familia. Y si bien es arriesgado apostar por una caracterización de la familia en la época de la dictadura, ojeando algunos materiales se puede extraer que en esa década, la diversidad de modelos familiares ya estaban impuestos, por diferentes razones, pero que, a nivel oficial, el tipo más generalizado que funcionaba a través de una lógica de carácter tradicional, era la nuclear, que estaba compuesta por el matrimonio, el padre, la madre y los hijos, es decir, nucleada por lazos de parentesco. Es pertinente recordar que es el parentesco quien nos vincula con nuestra historia, y con nuestro origen.

Todos los grupos humanos se crean con determinados objetivos, desempeñando tareas, y cumpliendo diferentes roles, pero hay algunos que aportan, más o menos, inciden más o menos, transforman más o menos, tal es el caso de la familia, que ha tenido un importante papel como transmisora de la cultura, y que, ha contribuido a ordenar y dar continuidad a la his-

toría familiar de una generación a otra, conservando mitos, costumbres, educación y otros tantos elementos que enriquecen su vida y su trayectoria.

Las funciones del núcleo familiar siempre están condicionadas a los cambios de la sociedad, debiendo adaptarse a la nueva realidad, por ello, lo que cambia en forma más inmediata es la estructura e interviene también en las relaciones de parentesco y las jerarquías. Esa estructura es la forma que la familia asume la organización de sus relaciones.

Las funciones que ha cumplido a lo largo de la historia han variado, ha tenido la función de educar, inculcar valores, ha sido sustento material para sus miembros, socializador de éstos, y también, un lugar donde se construyen los procesos de identidad de sus miembros, y que, a veces, a raíz de las dinámicas de los procesos sociales, se reconstruyen como una necesidad de reafirmación del ser. Jelin habla de “ El concepto clásico de familia parte de un sustento biológico ligado a la sexualidad y a la procreación: La familia es la institución social que regula, canaliza y confiere significado social y cultural a estas dos necesidades. Incluye también la convivencia cotidiana, expresada en la idea del hogar y del techo: una economía compartida, una domesticidad colectiva, el sustento cotidiano, que van unidas a la sexualidad “legítima” y la procreación”. (Jelin, E. 2002). Se constituye en fuente de sentido como la definen algunos autores, que se conforma con el tiempo, en espacios con diferentes objetivos, y movilizan la posibilidad de realizar una revisión identitaria. Es de allí donde nacen

y se crean, los elementos constituyentes que conforman la individuación, a través de un proceso, o sea las características que definen a cada ser humano, como pueden ser, la autonomía, la subjetividad, la personalidad.

Otra definición sobre familia dice que “es un dispositivo social. Sus funciones serían preservar la vida y satisfacer las demandas sociales, mediante la regulación de las actividades de procreación afectivo-sexuales y educativas prescritas por el sistema social del que forma parte”. (Giorgi.V.1987)

Tradicionalmente fue la familia quien garantizó los derechos de sus miembros, orientó en la búsqueda de perspectivas, manejó las situaciones creadas en torno a figuras de identificación, y dispuso al ámbito familiar para transitar la cotidianidad.

Su desarrollo y funcionamiento se procesa a través de momentos y etapas, que permiten la continuidad de su historia. Más adelante desarrollaré la importancia de la historia familiar, y como la continuación de ésta, no solo significa prolongar hechos y acontecimientos del grupo como una repetición enriquecedora, sino en construir un proceso necesario para su crecimiento.

Todo grupo familiar en su desarrollo y en sí mismo, se constituye en una estructura más de la organización social a la que pertenece, y en su interior todas las relaciones y vínculos que se gestan, están atravesados por un sistema de dominio y poder que facilita la historia familiar, basada fundamentalmente en las reglas de la descendencia.

Mediante un proceso de relacionamiento de sus miembros, donde sus vínculos muchas veces se concretan por afinidades, gustos, necesidades, intereses, edades y otros, se construye una dinámica, llamada dinámica familiar, cuyo sustento ideológico subyace en la historia del grupo, que recoge valores, concepciones, las identidades e individualidades de cada miembro, contribuyendo así, a dar características específicas al grupo familiar.

También, el núcleo familiar se moviliza a través de un proyecto de vida, donde cada uno aporta al mismo desde su experiencia, y tiene un sentido de pertenencia, es decir, siente que el grupo le pertenece, y que él pertenece al grupo.

En el seno de las familias se gestaban determinados procesos de socialización, aprendizaje, y enseñanza; el cuidado de parte de los adultos hacia los niños y otros familiares a cargo; sus miembros trabajaban en diferentes ramas del quehacer económico: tenían sistemas de apoyo mutuo que permitía la sobrevivencia; Tenían pautas de convivencia que se iniciaban en el desarrollo de la vida basadas en ciertos principios y valores que hacían a la vida en la sociedad. En su seno y en función de la historia familiar, cada uno aportaba para construir y sostener mitos y creencias especiales de ese grupo, mientras se desarrollaban los secretos familiares. Construían redes que sostenían a la familia, con familiares, con amigos, conocidos, o instituciones de la sociedad, en función de su inserción política, ideológica, cultural, religiosa y otros. Esas redes permitían la incor-

poración al mundo social y cultural, dando perspectivas algunas veces y limitando otras, pero articulando el vínculo del núcleo familiar con la sociedad, a través de una comunicación que permitía el acercamiento y el conocimiento del exterior, y la posibilidad de que el núcleo familiar pudiera volcar su experiencia y conocimiento en las áreas donde se vinculaba.

Esos núcleos familiares, como cualquier otro grupo, podían tener en su interna algunos rasgos democráticos o no, una determinada cohesión que les permitía avanzar o retroceder. Se podían observar aquellas familias que tenían una estructuración más o menos rígida, y ciertas normas para su funcionamiento, que hacían que sus miembros crecieran o maduraran, y que daban especificidades, al grupo familiar en la construcción de su perfil.

Estas normas y reglas que asumen las familias para su funcionamiento tienen, en muchos casos, una relación con aspectos morales que intentan regular los comportamientos y conductas. Además, offician como reforzadores del núcleo familiar, sobre todo en aquellos casos en que existen problemas o carece el núcleo familiar de cierta flexibilidad para desarrollarlo.

Con esta síntesis de la familia, no afirmamos que siendo producto e influenciada por aspectos culturales, históricos, políticos e ideológicos, fuera un lugar de felicidad, sin problemas, sino que, el objetivo es exponer características muy generales de algunos estudios de la familia de ese momento histórico.

Por otra parte, cualquiera de las familias de los años 70, cubriría algunos de estos elementos que hacen a la caracterización del grupo familiar.

En esa década, las mujeres ya habían procesado su inserción laboral cambiando la situación del hogar. Se observa la organización familiar con múltiples tareas, donde unos quedaban en el hogar al cuidado de otros, otros trabajaban afuera, otros tenían ciertos compromisos políticos e ideológicos, lo que hacía que en general, se organizaran para su cumplimiento, a través de un sistema de tareas que se asignaban según las edades, los intereses y el trabajo, entre otros.

El terrorismo afectó y transformó la vida cultural, social, las costumbres, el sistema de creencias de la ciudadanía en forma general, y, en particular afectó a las familias. Les causó un impacto que las desestructuró, las desorganizó y les produjo una desestabilización en sus vínculos y relacionamiento, generando conflictos internos entre sus miembros, con el medio social en el cual estaban inscriptos, teniendo que rever toda la situación, modificar su dinámica para lograr ciertos niveles de equilibrio. El nuevo sistema dictatorial, con sus pautas, decretos, leyes y determinadas normativas que actuaban severamente sobre la población, crearon una situación especial despertando sentimientos como el miedo, el terror, el amedrentamiento en la vida familiar y social, además de participar en diferentes preocupaciones que ocuparon un lugar privilegiado.

Habría que precisar que ninguna estructura familiar, ni personas, estaban preparadas para enfren-

tar el impacto del cambio interno, por lo tanto, todo lo que realizaron lo hicieron en medio de sentimientos contradictorios, entre la esperanza y la desesperanza, el desengaño, el miedo, creando formas y sistemas que le permitieran sobrevivir, pero manteniendo a la familia unida en lo posible.

Quienes estudian el tema del terrorismo de Estado, afirman que en estas situaciones de catástrofe, se puede hablar de víctimas directas e indirectas. Directas, son aquellas que participan en los hechos y están involucradas con los fenómenos que derivan de la situación, y que afectan a todos en general, es decir, que hay un nivel de compromiso, e indirectas, serían aquellas personas o núcleos familiares que rodean la situación de la víctima, y reciben el impacto a través de otros, no de primera mano, en este caso serían nuestras familias.

Por otro lado, se produce una situación de victimización secundaria, que se origina a raíz de la amplia gestión de los familiares en la búsqueda de los detenidos y desaparecidos. Ante la movilización y preocupación de las familias, la dictadura impone trabas administrativas, como ser, cambios de lugares donde hacían las gestiones o donde debían los familiares llevar los paquetes y la ropa, o cambios de los mismos detenidos, todos fenómenos que enlentecieron la búsqueda y la posibilidad de encontrar rápidamente al familiar.

Esta situación la administraron para que se prolongara en el tiempo, con el fin de que las familias vivieran con la mayor carga de angustia, tratando

además, de que perdieran perspectivas, proporcionando una información desalentadora, y que éstas repitieran lo que recogían, con el fin de sembrar la desesperanza.

También operaba sobre el psiquismo del familiar que realizaba la gestión, a través de un sistema perverso de dudas, inquietudes y temores, que se incorporaba con el tiempo, y eran mayores los rumores que corrían a nivel de la sociedad, y también, en la medida en que iban ubicando a los detenidos en los cuarteles antes de pasar a los Penales. La victimización secundaria provoca en los implicados, en primer lugar, una situación de angustia, y el “delito” de la víctima pasa a integrar la vida familiar, agregando una preocupación más.

Visto desde otro ángulo, el núcleo familiar funciona con las características de cualquier grupo, y lo interesante de la observación de nuestras familias, es que esas dimensiones o características que hacen al grupo familiar, se ven reflejadas y expresadas en la vida cotidiana, y en la actuación de cada familia con relación a los detenidos, con la atención de los niños, y la resolución del conjunto de problemas.

Luego, conviene precisar en este análisis sobre el grupo familiar, para poder interpretar las situaciones que se dieron en los núcleos familiares, que todo grupo se construye a través de un proceso donde interrelacionan las diferentes dimensiones, lo subjetivo, lo objetivo, lo interno, lo externo, y que se va conformando con los aportes individuales, la identidad del grupo. Este proceso se da en general, en fun-

ción de un conflicto que caracteriza a todo grupo, pero recogiendo las individualidades, las singularidades, las historias de cada uno, se va desarrollando además, la dinámica familiar que lo caracteriza. Este proceso como decíamos, está marcado por etapas, y aquí hay que tener en cuenta que estamos hablando de muchos familiares integrados, cuya incorporación se había modificado por el ingreso de otras personas, que eran familiares que llegaban al grupo ante el desmembramiento de su familia, como era el caso de los sobrinos. Es decir, que constituían un nuevo grupo, donde debían interrelacionar los viejos miembros del grupo, con los que se incorporaban.

El conjunto de caracteres, comprensión, tolerancia, intereses y objetivos de la nueva formación, constituían un nuevo núcleo de dificultades a resolver, agravada por las situaciones de angustia que creaba la pérdida de los ausentes, el padre o la madre, la cárcel, o la desaparición de éstos.

Silvina Saldaña - Desaparecida

Silvina había nacido en la ciudad de Salto, hija de una familia pobre con muchos hijos. Cursó el Liceo Nocturno en esa ciudad, y allí se vinculó a un grupo de jóvenes con una marcada tendencia política de izquierda. Antes de venir a Montevideo vivía con su abuela, tenía hermanos y medio hermanos.

Llegó a Montevideo en la década del 60, a estudiar a la vieja Escuela Universitaria de Servicio Social, como lo hacían tantos jóvenes de todo el país. De talla menuda, su cabeza llena de rulos, ojos claros, con una mirada dulce, comprensiva, se presentaba saludable y simpática.

Para poder estudiar tuvo que trabajar desde muy joven, en Salto, y después en Montevideo, haciendo limpiezas durante el día, para concurrir por la noche a clase.

La década del 60, de ebullición, de movimientos y definiciones, encontró a Silvina en un proceso de pensar más allá de ella, de salir de lo individual para sentir los problemas de los otros. Así, en medio de las grandes movilizaciones que caracterizaron la época, Silvina asumió su compromiso político con la Unión de Juventudes Comunistas, afiliándose al Círculo que funcionaba en la Escuela, y se convirtió además, en militante del Centro de estudiantes.

¿Cómo era Silvina? ¿Cuáles son los recuerdos mayores que tenemos de ella?

En primer lugar, su solidaridad y su capacidad para apoyar a los demás. Es posible que su vida de privaciones en Salto, la hubiera marcado fuertemente, apareciendo de esta forma, su compromiso frente a la justicia, su revelarse contra la injusticia, su adhesión a la causa de los postergados.

Tenía una capacidad excepcional para enfrentarse a las adversidades, que bien conocía, haciéndolo con la misma disciplina y rigurosidad con que cumplía las tareas que se le encomendaban.

Era rápida, inteligente y tenía un sentido común que posiblemente lo heredó de su historia familiar, de su contexto, como una gran capacidad de hacer y concretar sus propósitos.

Era confiable, buena compañera y buena amiga, era fiel y respetuosa. Era consecuente y perseverante con lo que se proponía, tenía una sensibilidad presente en cada acto de su vida.

Tenía como rasgo esencial una modestia cultivada desde su origen, que la hacía diferente.

Luego de ese pasaje por la Escuela de Servicio Social, Silvina dedicó todo su tiempo a la militancia partidaria, convirtiéndose en una militante prestigiosa, responsable, y sobre todo confiable, que la llevó a ocupar cargos de responsabilidad.

La dictadura cortó sus anhelos de llegar a ser Asistente Social, de dar más de su tiempo, de mejorar su vida, como posiblemente eran sus deseos, de volver a su Salto con otras perspectivas.

Las Fuerzas Conjuntas la detuvieron en febrero del año 76, y desapareció del 300 K, del Batallón de Infantería N° 13 de Camino de las Instrucciones, el 31 de marzo del mismo año.

La detuvieron, no la procesaron, y la desaparecieron.

Nos cuenta Beatriz Weismann, una compañera que estuvo mucho tiempo en el Galpón, y que la conocía: “la torturaron, no estaba bien, la enloquecieron en la tortura. Les contestaba, gritaba. Me acuerdo cuando la sacaron el 31 de marzo. Vino un oficial y le dijo a los soldados que la cuidaban, báñenla y vístanla que va a dar un paseíto. Después la lleva” y al rato vuelve, recuerdo como si fuera ayer, dice “Está bañada y vestida para el paseíto”. Ahí la llevaron y nunca más la trajeron.

Cuando llegué a Punta de Rieles lo primero que hice fue preguntar por ella, pensando que la llevarían allí. ¡Lo menos que pensé fue que era para matarla, no se me ocurrió!

¡Acá nunca llegó!... Recién cuando llegué a Suecia me enteré...

Más adelante relata “Yo tengo el recuerdo de verla tirada, con la menstruación, toda ensangrentada...”

Posiblemente, esta descripción desgarradora de lo que vivió en sus últimos días y horas de vida, nos dé una idea de la magnitud del dolor y el sufrimiento que vivió y que descargaron en ella, de la maldad infinita concentrada en unos pocos, en la prepotencia y la arbitrariedad sin límites, del odio, el desprecio por los seres humanos y por la vida.

Entonces, tenemos derecho a preguntarnos y preguntar en voz alta, a los responsables de los crímenes, que nos digan, ¿Cuál era el delito? ¿Qué daño hizo y a quién?

Podía con sus pocos años haber cometido algún delito, ¿como los que cometieron los que la asesinaron?

¿Quién es el infame, el que muere con dignidad, mordiéndose hasta sangrar para no decir ni su nombre, o el que pierde la razón, y mata fríamente?

¿El que con su silencio genera dignidad y respeto, o el que hiere de muerte porque sabe que no tiene razón?

¿Quién tiene la razón, el que es fiel, consecuente, y está convencido de los caminos que eligió, o aquel que no tiene patria, no tiene sociedad, no tiene historia porque las perdió cuando empezó a torturar y matar?

¿Quién es el ruin y el cobarde? ¿La víctima o el victimario?

Posiblemente, preguntas sin respuestas.

Desde el dolor que provoca tu propio dolor ante la muerte, desde lo profundo de nuestros corazones y compromisos por la vida, te decimos Silvina, que te has ganado tu derecho al reposo.

La familia durante el período de la dictadura.

El impacto sufrido a raíz de los cambios que provocó la dictadura transformó a las familias que, en primer lugar, se encontraron en una situación de vulnerabilidad, heridas, divididas y fracturadas poniendo en riesgo aquello que las hizo únicas y particulares.

Durante ese proceso de fractura la familia enfrentó múltiples situaciones que exigían repuestas rápidas y certeras, y la necesidad de tomar decisiones en cuanto a cómo hacer, y qué hacer, tanto fueran trámites relacionados con los detenidos, como gestiones personales. A partir de esta situación comenzó una gestión que se prolongó hasta nuestra salida del Penal.

Con esta nueva situación comenzó un proceso de cambio que afectó lo individual y lesionó al colectivo en su totalidad, y las familias buscaron determinadas estrategias de sobrevivencia, con el objetivo de cubrir las necesidades del núcleo que se presentaban como múltiples y difíciles de resolver.

Lo siniestro, el dolor, la incertidumbre, el temor de ser el “próximo” en irse, había ganado al ámbito familiar de tal forma, que se buscaba afanosamente salir de esta situación y no adaptarse a ese sistema tan perverso que se atravesaba, buscando las diferen-

tes formas de transitar ese tiempo, reestructurando y / o cambiando el sistema familiar. Toda esta difícil circunstancia estuvo acompañada por un gran nivel de responsabilidad ante lo que ocurría y como lo resolvían, por el dolor de las ausencias y las culpas por los acontecimientos, que incidían directamente en los núcleos familiares.

Sin duda, todas las familias comprometidas en esta situación, aparte de crear esas estrategias de sobrevivencia, debieron, en el marco de sus cambios obligados, estructurar un discurso relacionado con su situación, y asignarle nuevos significados a los hechos acaecidos, como una forma de avanzar.

El desarrollo de la dinámica familiar, tan cambiante, en función de cada situación, creó nuevas reglas de convivencia para poder transitar al mundo, y determinados formas de interacción en el plano individual, familiar y social. Estas dimensiones de interacción nacen como necesidades, y se proyectan con perspectivas y como perspectivas, dado que la familia se transforma y busca nuevas formas de ser.

Ese conjunto de normas creadas, nacidas solo en función de necesidades, es entre otros, quien va orientando la actuación de la familia y sus miembros. Son prácticas que fueron naciendo en función de la gestión familiar, y que la vida les fue indicando si eran correctas o no, si servían a sus intereses, o no. Pero además, al tener este carácter de guías los fue llevando hacia un relacionamiento con lo colectivo, con otros problemas que trascendían las dificultades individuales.

Conviene precisar que, en cualquier núcleo familiar cuando algo perturba o afecta a un miembro, está afectando al conjunto por esa relación de interdependencia que existe entre todos al compartir la vida cotidiana, que nuclea una cantidad importante de miembros y de generaciones. La familia entró en una situación donde todo lo que acontecía en el exterior, como las oscilaciones, los vaivenes de las situaciones, los temores y los dolores, se incorporaron en su subjetividad y en la de cada uno. La situación exterior al hogar, lo que acontecía afuera, la gravedad, la precariedad, el miedo y la incertidumbre, golpeaban fuertemente, y si bien el grupo y cada uno hizo una experiencia, y tenían sus mecanismos para sortear las situaciones, era necesario recurrir a algo o a alguien, para compartir la situación, o encontrar caminos de salidas, y como plantea Viñar “se recurre a lo que es más cercano, a lo que se tiene a mano. Lo que uno tiene a su disposición es en primer lugar, su historia”. (Viñar, 1993) Así, otra dimensión de las mencionadas anteriormente fue la historia familiar.

La historia de cada uno volcada al grupo, fortaleció los vínculos y fue esa fortaleza lograda, la que permitió transitar las situaciones límites de la mejor forma posible. Quizás la mejor enseñanza que nos deja estudiar los comportamientos, conductas y las fortalezas de nuestras familias, fue que estas partieron del vínculo, que se apoyaron en sus historias, en su entereza, en la experiencia única y jamás vivida, en lo que soportaron, y en las formas que pudieron superar las embestidas del terrorismo.

La familia en aquella situación sintió en forma profunda la ruptura entre su vida de antes de la dictadura. Con este cambio total, se perdió, la seguridad que se había construido, se pasó de lo seguro a lo inseguro, desaparecieron las normas habituales y, entraron a funcionar otros parámetros que desplazaron a los existentes.

Como todo fenómeno nuevo va a impactar y causar determinados efectos, y si bien la familia necesitaba y buscaba los cambios, en la interna operaban los encuentros y desencuentros, y la presencia de formas de resistencia a las mismas transformaciones. Como en todo grupo, lo nuevo se enfrentaba a lo viejo. Eran nuevas formas de actuar, de hacer, y de ser, que se iban transformando. Lo nuevo en las familias eran las rupturas, la incertidumbre, los miedos, y otros problemas que surgían a partir de la nueva situación. El miedo a perder lo habitual, lo conocido, que de alguna forma da seguridad, se enfrentaba a una situación desconocida que planteaba la angustia de perder los marcos de referencia con que se había vivido hasta el presente. “Miedo a la pérdida, es el temor a perder lo que se tenía antes, lo que uno conoce y sabe manejar, perder los instrumentos con los cuales uno se maneja cotidianamente, perder el marco de referencia.” (Represión y Olvido, 1995)

Decíamos que la familia quedó expuesta a una situación de gran vulnerabilidad que la llevó a crear determinadas estrategias, por tener que protegerse del peligro que venía desde afuera. En ese período se pueden observar las tareas que realizaban: Una

era la protección del núcleo, porque eran bombardeados por diferentes mensajes y discursos, contradictorios, ambivalentes y amenazantes a través de los medios de comunicación, que producían cierto caos en la sociedad, y que alteraba todos los niveles de la vida. Un ejemplo eran las fotos de los detenidos o de aquellos que eran requeridos, que eran tomadas en las condiciones más crueles, en pleno período de la tortura, por lo tanto lucían desfigurados por los golpes, y se apreciaba la situación en que se encontraban.

Las actitudes del personal del ejército -soldados y oficiales- que tenía vínculo con nuestras familias, por la gestión que realizaban dejaban entrever que el preso no se encontraba bien, o que estaba muy comprometido. El impacto que la familia sufría al observar y escuchar estos comentarios era muy fuerte, porque al no tener una visión personal de lo que les pasaba, y al conocer que se torturaba y maltrataba, entraban en una situación angustiosa. Luego, estaban los mensajes del “no te metas”, o “algo habrá hecho” que tenían como objetivo paralizar a la familia, sacarla de la búsqueda del familiar y cerrar las posibilidades de que se organizaran.

Otra de las dificultades a considerar era que se había producido un verdadero desbande de las familias, de los amigos y de los conocidos. Fue una época en que la población -estuviera comprometida o no- buscaba ámbitos donde pudieran seguir viviendo con ciertos niveles de libertad. Además, los grupos de referencia, fueran políticos u otros, fueron desmantela-

dos o funcionaban en condiciones de clandestinidad. De esta forma lo que era referente, que estaba vinculado con el pasado, que habían ocupado en lugar importante en la vida de cada uno, o en el grupo había desaparecido y no se encontraba en la escena familiar, generándose así, la idea de que no había en quien reconocerse. Esto generaba una triste y dura imagen de pérdidas irreparables, y una sensación de soledad, difícil de sobrellevar. Se produce una situación ambivalente del núcleo familiar que no quiere la separación, pero se ve obligado a ello y debe instrumentar determinadas formas de vida para seguir viviendo. Así, la familia opera cambios, saliendo de la estructura clásica, y se incorpora a otro modelo impuesto, pero que de alguna forma será una construcción del conjunto.

Esta decisión para construir a la familia, la capacidad de hacer, la autonomía, actuó en los miembros del grupo familiar como un elemento positivo, pues la independencia permitió flexibilizar las relaciones, buscar nuevos vínculos y por sobre todo, encontrar soluciones a cada situación particular y del conjunto.

Luego, el núcleo familiar debió ser una fuente de sentimientos y disciplina con el objetivo de mantenerse y sobrevivir. En este sentido, se organizaron para transitar y convivir con el conjunto de estas situaciones, y, es posible que todo lo que llegaba desde afuera, que era desmoralizador, desalentador, más el terror, hayan permitido y creado condiciones, también, para

el fortalecimiento familiar, aunque parezca contradictorio.

Toda la sociedad y cada uruguayo estaban en conocimiento de lo que ocurría en el plano político e ideológico, y conocía los desmanes que se estaban cometiendo. Los noticieros daban una buena información, una cadena de radio y televisión cada noche, anunciaba a los requeridos y a los que habían sido secuestrados, pedía la captura de los que aún no estaban presos. El movimiento de Ejército en la calle era total, patrullaban, hacían razias, detenían sin tener en cuenta horarios, lugares, edades, y la vista de la población, con total impunidad.

También una suerte de rumor operaba en la sociedad incidiendo negativamente e incorporándose a la vida familiar, como un elemento más. El rumor dice Pichón Rivière es "la comunicación masiva y dispersa, centrada en la información de que un hecho de características no explicitadas va a suceder" (Pichón Rivière. 1997). Este fenómeno partía siempre de un hecho verdadero: eran informaciones sobre la economía del país, sobre los mandos militares, diferentes aspectos del proceso militar, de los presos políticos, y de los requeridos. Todo esto, se producía mediante una sucesión de relatos cortos y cargados de violencia, que afectaban profundamente, y que, confundían y atemorizaban. Y más allá del desconocimiento de la fuente, fuera oficial o no, el rumor tenía una ubicación de privilegio en la dictadura porque creaba expectativas, inquietudes y ansiedades. Sobre todo, cuando desde los centros de divulgación de la noticia se propaga-

ban hechos que podían tener vinculación con lo real, o fenómenos relacionados al acontecer del terrorismo. La dictadura usó durante años el rumor, como un elemento de desestructuración, con intencionalidad, como eran todos los rumores que corrían en la época, lejos de la inocencia que empleaban en los discursos.

“El rumor es un arma en la guerra psicológica, y puede ser la más contundente si se la emplea en el momento preciso. El miedo, desalentar, inquietar y deteriorar la autoimagen de una nación o de un sector son sus objetivos”. (Rivière, P y Pampliega, A 1996.). También, les permitió entrar en la vida familiar a través del miedo y otros sentimientos negativos, con el objetivo de que las familias creyeran en su discurso, creyeran en esa verdad del rumor, ubicando siempre al detenido, o al desaparecido como el culpable de la situación creada.

También la situación era propicia para que en él, o los imaginarios, apoyados por los rumores del acontecer social, se recrearan y se esparcieron a lo largo de la sociedad. Estos penetran la realidad, comienzan a transitar la cotidianidad, y causan verdaderos desajustes. En este caso, la imaginación jugaba un papel fundamental -como en todas las situaciones de catástrofe, donde el conjunto de elementos que integran la información, se convierte en una verdad que atraviesa la vida- con el rol de confundir, difamar, agrandar situaciones, porque estas operan negativamente sobre la sociedad.

De la observación y el contacto con las familias, se observa que, si bien pudieron resolver la situación

en general, al principio, por el impacto, sufrieron una suerte de confusión, se sintieron como tomados de sorpresa, sin saber qué hacer, no podían creer lo que estaba pasando, y era frecuente escuchar “no es posible que esto ocurra”.

Sin embargo, las familias, más allá de los objetivos de la dictadura -que pretendieron incidir en la vida, y desestructurar la subjetividad- tomaron cartas en el asunto y comenzaron una movilización que se prolongó por años.

En primer lugar, se plantearon la búsqueda de los familiares que iban desapareciendo. Con gran desesperación recorrían los cuarteles, la Jefatura de Policía, Hospitales, la Cruz Roja, es decir, en principio cubrían todas las instituciones del área oficial, como una forma de sentar la denuncia, y por otro lado, de mostrar que estaban en conocimiento de lo que pasaba que eran conscientes de los riesgos a que su familiar estaba expuesto, y, por supuesto, con el espíritu de encontrarlo. Decimos desaparecidos porque, al principio de la dictadura, las Fuerzas Armadas, no brindaban información del lugar de detención, y las familias pasaban meses o más, sin tener datos del familiar.

Para una mayor comprensión agregamos el siguiente cuadro con una lista de algunas instituciones por las que pasaban nuestras familias.

INSTITUCIONES
Jefatura de policía
Comisarías barriales
Servicios del ejército
Cuarteles del ejército
Juzgados militares
Juzgados civiles
Cruz Roja
Hospitales de Salud Pública
Servicios de Salud Privada
Dependencias de la Marina
Dependencias de la Aviación
Fusna

En ese recorrido que hacían por los cuarteles, y otros centros en la búsqueda del familiar, encontraban respuestas o mensajes que debían registrar y analizar, y que, en general, les causaba una gran inestabilidad. Esas respuestas recibidas tenían un doble sentido, eran contradictorias, ambivalentes y no respondían a la demanda de la familia. A veces negaban conocer el paradero del detenido, insinuando que la situación estaba difícil y que no convenía que recorrieran instituciones buscándolos, mientras por otro lado, a través de los medios de comunicación, pedían la captura de cientos de subversivos, con fotos y alguna triste historia que aparecía en los diarios y otros medios.

El mensaje estaba dirigido a que las familias no se movilizaran, por el supuesto riesgo que podía correr el detenido, tratando de que funcionara así, el silencio familiar como una garantía para acallar todos los desmanes que efectuaban.

También, en la medida en pasaba el tiempo, se iba alejando la posibilidad de encontrar vivo al familiar, situación que creaba angustia en todo el núcleo.

Pero quizá, el lugar donde más padecieron nuestros familiares, fue en las instituciones militares, fundamentalmente en los cuarteles, donde los destrataban en forma permanente. Muchas veces, no los atendían, los hacían volver varias veces para darles alguna información, enlentecían en lo posible los trámites, los hacían permanecer parados largas horas, y no daban la información correcta.

En definitiva, esta forma de tratar a los familiares de los detenidos, era un control más sobre la sociedad, una forma de vigilar su movimiento, y fundamentalmente, de frenar todos los intentos solidarios. Aún así, la situación planteada hizo que las familias afectadas en la búsqueda de su familiar, cambiaran su propio sistema de vida, continentando, apoyando y encontrando un camino para trascender la situación, aunque este cambio les exigiera un esfuerzo.

Las funciones del grupo, tanto las primarias como las secundarias, cambiaron totalmente conformando una red de tareas que beneficiaron su sobrevivencia. Todo estuvo orientado desde el principio y como primera tarea, a conocer el paradero del que no estaba. Pero esta tarea tenía anexadas otras que eran com-

plementarias, como el cuidado y la atención que requería el detenido, buscar los caminos y procurar la libertad.

Las familias procuraban que su búsqueda sirviera de freno a la violencia que se sabía que vivían los presos, y que éste esfuerzo llevara por consiguiente, a la libertad del mismo. Paralelo a esto, la familia debía mantener la cotidianidad, es decir sostenerse. Pero la dictadura operó también resquebrajándola, y trató en forma permanente de interrumpir sus sucesivas reconstrucciones, con el objetivo de penetrar en la intimidad de los hogares, atemorizándolos.

De esta forma comenzaron los movimientos en la estructura de la familia, y, en la medida en que avanzó la dictadura y fue aumentando el número de presos, desaparecidos y exiliados, y la situación económica sufrió alteraciones, la estructura familiar cambió totalmente.

También las familias fueron afectadas desde otros ángulos, al recibir el cúmulo de experiencias que vive el familiar detenido. Se moviliza, y entra en una vorágine de búsquedas, no solo de estrategias, sino de resolución de los múltiples y nuevos problemas que se plantearon. En muchos casos, la familia había tenido una actitud pasiva y hasta sin compromiso político; tampoco tenían experiencia en como movilizarse frente a la compleja situación, sin embargo, todo conduce al núcleo a plantearse y replantearse las posibles soluciones en función de la situación que vivía.

Muchas familias debieron hacerse cargo de menores -nietos, sobrinos, hijos de amigos- cambiando

todo el sistema familiar y dentro de él, los roles, las tareas, las redes de comunicación, los niveles de participación y el relacionamiento familiar.

Asumir el cuidado y la educación de los menores, planteaba el tema de cómo hacerlo en las mejores condiciones, porque se trataba de un vínculo, en muchos casos nuevos, y, a veces, sin un conocimiento muy profundo de las características del otro. Requería poner a disposición del vínculo, la responsabilidad, un tiempo indeterminado y sentimientos.

Ante la cantidad infinita de pérdidas, la familia tuvo que articular las situaciones de cada miembro y del grupo. Cada uno llegaba con una historia de ausencias y dolores, que eran volcados al grupo como un material de primera mano, donde unos se sentían abandonados, otros olvidados al no tener noticias del desaparecido, otros atemorizados ante la situación que vivían. La ansiedad por conocer el paradero del que faltaba ganaba a todos, y era integrada al grupo haciendo que todos sin excepción, tuvieran una actitud de alerta y de cuidado, preservando al grupo por un lado, y tratando de encontrar pistas por otro, que los condujeran al paradero de su familiar. Y esto, si bien era muy desgastante, porque exigía poner al servicio de la situación sentimientos, razón en el actuar, tolerancia, acallar la rabia, y el dolor para lograr el objetivo, condujo a que esa ansiedad primaria pudiera ser dosificada, y que privilegiaran por excelencia, la capacidad de organización, la solidaridad, la comprensión, el apoyo, la adhesión a la familia, convirtiéndola en una forma de resistencia a la dictadura.

Y, en la medida en que la dictadura avanzaba en niveles de represión, buscando formas de acallar a la sociedad, el grupo familiar continuaba procesando los cambios necesarios. En esta construcción del grupo, participaban adultos, niños y adolescentes, historias, costumbres diferentes, creaba una dinámica familiar interna que de alguna forma, se volcaba al exterior. También desde el exterior las familias recibían mensajes, mandatos, órdenes, normativas que acataban o no, pero que incidían en el núcleo, porque eran mensajes directos con el objetivo de desarticular, y desestabilizar los hogares. Penetraban su intimidad, haciendo un manejo de las situaciones tanto lo que acontecía adentro de cada hogar, como afuera, siendo también una forma de incorporar el miedo, el temor y por último la paralización, porque en la medida en que dejaran de moverse, de preguntar, de buscar, podían perderse las perspectivas de lo que realmente acontecía.

Había miedos diferentes que se cruzaban entre los miembros de la familia: los de la madre que perdía a su hijo /a, el del niño que perdía a su madre o padre, los hermanos, primos... conformándose una cadena de pérdidas y dolores. Dentro de la familia, hay una situación que reúne características especiales y es la de los niños, la que describiremos brevemente más adelante.

La nueva realidad hacía que las familias trataran de fortalecer una nueva red de comunicación familiar ante la pérdida de las redes anteriores.

En realidad lo que las familias hacen es un reajuste a la organización de la vida cotidiana familiar,

en cuanto a la administración de sus situaciones, tanto sean los vínculos, las tareas, la administración de sus recursos o la búsqueda de nuevas salidas a las realidades planteadas, en función de que el ejercicio de esta etapa les iba proporcionando mayor capacidad de imponerse frente a la circunstancia.

En lo concerniente a formas o estrategias de sobrevivencia, cada familia instrumentó la suya, teniendo en cuenta su historia, sus problemas, las particularidades, cada singularidad, sus recursos y sus posibilidades. Aparece como una constante qué los miembros de la familia más comprometidos, o que estaban al frente de la situación del preso/a, tuvieran como primera finalidad no causar dolor e inquietudes con noticias o informaciones que podían lesionar al conjunto. Se reiteran en este sentido tres o cuatro posturas que planteamos en el siguiente cuadro:

A) La familia informa todo al detenido	B) La familia informa en forma parcial	C) La familia no informa
--	--	--------------------------

A) Aquellas familias que preferían informar sin excluir problemas, fundamentalmente lo que acontecía en la familia, teniendo en cuenta que otras informaciones no estaban permitidas en las visitas. La idea que los animaba era de que siempre existía la posibilidad de que llegara la noticia por otras vías, como en verdad sucedía; y que no tenía sentido restar infor-

mación, sino que, el detenido debía de seguir participando, de alguna forma, en las decisiones del hogar. Esta posición ofrecía la posibilidad de que el preso se sintiera integrado y perteneciendo al grupo. Aquí se constata el esfuerzo de la familia para que no desapareciera el sentido de pertenencia, los lazos y vínculos familiares.

B) Otra posición intermedia sostenía que se le podía informar algunos hechos del conjunto de problemas o dificultades. Lo que hacían en general, era seleccionar aquellas noticias que se suponía que causarían un daño menor.

C) Había otra posición, en lo que pude comprobar, menor en número, que tenía como criterio no informar prácticamente nada al preso/a. Esta posición incidía negativamente en el preso/a, pues lo separaba, en parte de su vida y de su historia, y lo alejaba de la posibilidad de seguir perteneciendo e incidiendo. Había que tener en cuenta que de cualquier forma, nos podíamos enterar de lo que pasaba por las visitas, o los mismos milicos, porque cuando la noticia era relevante, se encargaban de hacerla llegar.

Una gran dificultad se presentaba cuando el familiar debía de informar sobre un fallecimiento a cualquiera de las tres situaciones. Y si bien la muerte está considerada como parte del desarrollo de la vida, en el Penal era vivido con intensidad y sobredimensionado, a raíz del desvinculo con el familiar y por el carácter que adquieren las relaciones en la prisión.

Están además, las situaciones que se creaban en torno a la información que el familiar que tenía con-

tacto con el preso/a, brindaba al núcleo familiar, y también allí aparecen tres situaciones

El siguiente cuadro lo ilustra:

A) El familiar responsable informa todo a la familia.	B) El familiar responsable informa en forma parcial a la familia.	C) El familiar responsable no informa a la familia.
---	---	---

Luego, había otros tipos de situaciones que no eran las más comunes, donde el familiar muestra la capacidad creativa, de audacia, de vencimiento del temor, en aras de resolver de la mejor forma la situación del núcleo, pero contemplando en primer lugar la situación del detenido/a.

En el caso que me refiero, era una familia constituida por tres mujeres, -la madre y dos hermanas-, donde una es detenida, y la otra se hace cargo de la situación familiar. Quien queda en libertad debe como primera medida resolver qué le plantea a la madre y cómo, teniendo en cuenta que era una persona de edad avanzada, inmigrante, de origen judío, con una concepción diferente a sus hijas. La hermana resuelve ocultar a su madre la detención de su hermana. Cuando le pregunté por qué ocultar la detención, contesta.

“Mi madre no hubiera entendido, por eso preferí no decirle la verdad”.

Reconoce haber vivido momentos de mucha tensión para resolver el conjunto de situaciones, sin que su madre se enterara de la realidad que estaban viviendo. Apoyada por amigos y vecinos, con un nivel de solidaridad muy grande, realizaba las tareas centrales: desempeñar su trabajo, visitar a su hermana en el Penal, comprar los insumos para los paquetes y llevarlos al Penal, atender a su madre, cubriendo el conjunto de necesidades que se planteaban.

Como su hermana había sido requerida, le explicó a su madre que ésta había viajado y estaba a salvo.

El hecho de saberla alejada del peligro, le infundió tranquilidad a su madre, y ella pudo resolver las múltiples rutinas, sin la presión que caracterizaba las tareas de la época.

Este ejemplo tan creativo, nos permite observar los diferentes mecanismos que empleaban las familias para resolver el conjunto de las situaciones. El familiar buscaba formas de enfrentar la circunstancia, con el fin de que el sufrimiento para todos fuera el menor. Pero también, estaba en juego, la situación personal del familiar, que, en medio de tantas responsabilidades, debía darse un tiempo para pensar, para hacer y para resolver. En este caso, la creatividad y la capacidad de armar una situación, de instrumentar en detalle, de poder responder a ella con soltura fue una propuesta inteligente y bien conducida. En las situaciones límites y más allá de lo que significan como finalización de algo y extremo peligro, siempre existía la posibilidad de que nos alumbrara la razón para no cometer errores, como sucedió en este caso, donde

el familiar debió de trascender el horror y los miedos para lograr una respuesta coherente.

Luego nos planteamos, ¿qué mecanismos creó este familiar para sostener la situación por seis años, sin errores que podían significar una desarticulación y desestructuración de todo el núcleo? ¿Cómo venció los miedos y temores en medio de la situación? Y la respuesta fue:

“seguir haciendo lo mismo, cumplir con lo establecido, tratar de vencer las dificultades”,

Lo que en definitiva nos demuestra que luego de trazarse un objetivo las familias hacían los esfuerzos necesarios para cumplir con ellos. En la entrevista aparece la humildad de un accionar consecuente, la fidelidad, el celo por el cumplimiento y la solidaridad sin límites.

También se observa diferentes posiciones en torno a quiénes del grupo familiar se enteraban de las dificultades del detenido/a. Muchas familias, cuando volvían de la visita, relataban al núcleo en su conjunto la verdadera situación, cuidando lo que transmitían a los más pequeños; mientras que otras familias hacían una selección de lo que entendían que todos deberían de saber. El día de la visita y los siguientes se creaban en las familias estados de expectativas y de incertidumbre, porque además, nunca se sabía si la visita se realizaría, dado el sistema carcelario de la dictadura, que sancionaba a los presos/as en forma permanente.

Mas allá de estas valoraciones, el análisis indica que la mayoría de estos grupos funcionó sobre la base

de una unidad bastante sólida, sobre acuerdos, disposiciones y compromisos que ella mismo seleccionó. Y si bien estaban presentes los habituales desacuerdos de cualquier familia, esa unidad tenía un compromiso afectivo, de conocimiento, de conciencia de la situación, que los ubicaba desde otras perspectivas.

Era una unidad que contemplaba las necesidades de cada miembro y de la totalidad, del entorno, y articulaba las resoluciones teniendo en cuenta las posibilidades que tenía de logros y avances, cuidaba el ingreso de miedos y trataba de regularlos, y otros problemas que fracturaran más al grupo familiar. Algunas familias mantienen aún esos niveles de unidad, manifestando que esto les permitió crecer, apoyar y encontrar soluciones y que se convirtió en una herramienta de vida, que aún utilizan.

Esa unidad fue un espacio de apuntalamiento, de sostén para todos los miembros, porque evitó fundamentalmente que el grupo se fraccionara más. De hecho, el núcleo familiar en función de la nueva realidad, sostuvo la integridad del conjunto, evitó más pérdidas, y luchó con coherencia por sobrevivir.

Hay que tener en cuenta que, las familias transitaron un camino e hicieron una experiencia, donde el dolor y las pérdidas eran constantes. La lucha por mantener al grupo unido, frente al caos y la fragmentación, permitió que sus miembros desarrollaran más la pertenencia y les dio herramientas para resolver, en las peores condiciones, los problemas a los que se enfrentó diariamente.

El perro delator

Las milicas tenían un olfato muy desarrollado para saber qué pasaba en las celdas y los sectores de todo el Penal. Cuando intuían una situación comprometida para nosotras, abrían sigilosamente y sin ruido el candado de la reja y caminaban apresuradamente, para pescarnos en una situación transgresora.

Nosotras también, y cuando ellas merodeaban y escrudiñaban para saber que hacíamos y en qué estábamos, nos cuidábamos.

Y con esta perspectiva de transgredir, todas necesitábamos estar en contacto un poco más directo con la otra celda, a la cual estaba terminantemente prohibido entrar, con la amenaza de calabozo por espacio de varios meses. Aún así, entrábamos.

El operativo era altamente preparado, se observaban escaramuzas, salidas y entradas de una a otra celda, cambios de camisas, entradas al baño, y nuestros ojos alertas mirando el mínimo movimiento de las represoras.

Una tarde de domingo, cuando nuestro sector no tenía visitas, algunas compañeras de la celda dos, decidimos visitar a la celda uno. Concretamos el operativo en forma exitosa. Yo ya lo había hecho, poniéndome la camisa del uniforme de mi hermana aprovechando el parecido físico de ambas.

Todo se desarrolló con normalidad, apoyadas en la idea de que los días que no teníamos visitas entraban a controlar con menos frecuencia, más allá de que vigilaran con atención, y estuvieran atentas a los pasos que dábamos.

La tarde pasó de maravillas, intercambiamos ideas, discutimos, hicimos manualidades, tomamos mate, y se preparó el té festejando la victoria del encuentro inter-celda.

Todo trascurría sin inconvenientes hasta que de pronto, en la tarde silenciosa del sector A, se siente la voz de la cabo de guardia: ¡Atención!, significaba que alguien se acercaba y además, tenía grados.

Acto seguido, se siente el cerrojo del candado y pisadas fuertes, pretenciosas, como las botas de los militares, por el corredor del sector, indicando que, el que llegaba, haría una recorrida inspeccionando las celdas.

Todo se produjo en segundos: corridas, miradas hacia los cuatro puntos cardinales de la celda. ¿Dónde escondernos?, y sin coordinar, ni hablar, como desde un tobogán de una gran piscina, todas se zambulleron debajo de la cama de una compañera que estaba enferma, y tenía una manta que tocaba el piso. ¡Allí debajo estaremos protegidas!, fue el pensamiento general. ¡Pero eran muchas!

Yo quedé parada, tapándome de diversas formas el número de la camisa, y logré pasar desapercibida, pero la situación era extremadamente grave, porque era el comandante Barrabino que entraba al sector, siempre venía acompañado de alguna de sus mascotas.

Entró en la celda y se ubicó delante de la enferma preguntando a la milica, motivo del reposo, problemas de salud, medicación, mientras el resto, sin dar crédito a lo que veían, observaba aquel espectáculo, insólito e incoherente. Pero aún algo más impregnaría el ambiente de malos presagios. Barrabino, venía esta vez, con su pequeño chihuahua, curioso, mal educado y entrometido en cosas que no le importaban, y, no bien entró a la celda, posiblemente intuyendo algo pecaminoso y trasgresor, se dirigió con patas seguras a la cama de la enferma, y levantando con su cabeza la manta que las protegía, comenzó a ladrar sin parar, sin respiro, enojado y malhumorado, con todas las fuerzas que le permitía su cuerpo pequeño.

La situación abajo era tensa, cabezas, piernas, cuerpos y culos se enroscaron como una enredadera debajo de aquella cama que las cobijaba y a la vez, las apretaba.

Los enfrentamientos con el animal debajo de la cama fueron tensos, Corina y Margarita, cercanas al perro, casi cabeza con cabeza, casi rozándolo se enfrentaron al canino haciéndole señas para silenciar sus ladridos. Pero el animal no estaba preparado para entender el lenguaje de un grupo de mujeres debajo de una cama a las cinco de la tarde un día domingo. Barrabino, posiblemente cansado porque recién se había bajado de su caballo, no le prestó atención al llamado de su perro y mirando a la celda, comentó con autoridad: "Parece que vio algo", y, quitándole importancia a sus ladridos, lo alejó del delito tironeando la cuerda.

A la distancia, se sentía el lamento con bronca del perro delator.

Roles.

Los cambios de roles en la familia.

En la vida cotidiana, en los núcleos familiares, cada uno asume roles, ante necesidades y demandas, transformando así a la unidad de pertenencia y, uno de los cambios mayores tiene que ver con que asumía cada uno y el conjunto, entendiendo como tal, al lugar que ocupa una persona, y que cumple una función determinada.

La unión del núcleo familiar se asienta a través de determinados lazos conformando una amplia red donde cada miembro ejerce un papel diferente.

Este es desempeñado por cada persona, por lo tanto lleva implícito el mundo de la persona, sus problemas, sus concepciones y sus ideologías. Aquellas personas del grupo familiar que asumieron otros, que tuvieron que cambiarlos a raíz de la transformación familiar, mediante un proceso, apelaron a las reservas internas para poder ejercerlo. Los roles en general son asumidos o adjudicados. El posicionamiento de uno nuevo, que es adjudicado, siempre es y fue, sin duda, un proceso dificultoso, quizás, donde la batalla por el cumplimiento debe haber estado al frente, y no debe de haber sido una tarea sencilla. Por otro lado, es común que cada uno conlleva una conducta específica, que se estructura en función de la democracia,

del interjuego de funciones entre todos, de los niveles de afectividad y comunicación del grupo.

“Me costó asumir mi nuevo rol, no sabía como hacer con mis nietos, sobre todo al principio”.

“No sabía qué hacer, parecía que no era la madre de los chicos, luchaba por aferrarme a ese rol”

El cambio de rol siempre significa un cambio en la vida, el ingreso a nuevas situaciones y nuevas expectativas, y, por consiguiente, el temor por el futuro, y el sentimiento de la incertidumbre sobre la posibilidad de no poder cumplir con el nuevo papel.

También estos estuvieron ligados a las obligaciones de los miembros del grupo familiar, a la responsabilidad con que asumían lo nuevo, a los problemas que debían resolver.

Como decíamos anteriormente, cada uno ocupa un lugar en el núcleo familiar que es complementario con otros, estableciéndose un nivel de relacionamiento que hace a la vida familiar.

Todas las familias ante los cambios, ocuparon nuevos lugares. Por lo que se observa, en general, más allá de algunas excepciones, las familias asumieron en forma conciente esta adjudicación por la propia situación, y nunca sustituyeron al otro, en este caso nos referimos al ausente, sea padre o madre. No sustituir al otro, y poder cambiar lo que es impuesto por una situación represiva, constituye un logro para quien lo pudo concretar, y también para el grupo familiar, porque la confusión en aquella situación po-

día significar un hecho negativo. En muchas situaciones se observa que dentro del conjunto de estas asignaciones, algunas fueron rechazados por el núcleo o por algunos miembros, lo que significó un elemento perturbador, dentro del brutal conflicto por el que atravesaba la familia.

Los miembros del grupo no manejaron los nuevos papeles en forma arbitraria, sino que asumieron, en una nueva realidad, uno nuevo, aportando al grupo, madurez, contención y fuerza, lo que permitió que pudieran sortear las situaciones más difíciles, y las que exigían las mayores reservas de todos por igual. “El tener la capacidad de asumir roles conforma un proceso de aprendizaje de la realidad, tarea fundamental del grupo”. (Pichón Riviere. 1986)

En cualquier familia, las diferentes circunstancias que se viven van a afectar al núcleo, y muchas veces, hacer que el papel asignado deba ser abandonado o renovado para seguir teniendo vigencia. En el caso de nuestras familias, donde la movilidad y los cambios eran comunes, este cambia, se fortalece, se mueve, pero se preserva como una necesidad para la sobrevivencia del grupo familiar.

En función de los mecanismos empleados por la familia para sobrevivir, aparecen dos funciones bien diferenciadas. Uno, tiene que ver con aquel miembro que aporta económicamente, que pasa a ser el proveedor, más allá de que desarrollara otras tareas en el hogar, y el otro es el que asume el miembro que maneja el hogar, tanto en lo económico, como en el cuidado del resto de los miembros, el suministro de alimentos, la

atención a los menores, y otros. Y, en la inmensa mayoría de los casos era un solo miembro que cumplía con ambas funciones. Este miembro, es el que pasó a tener una gravitación total en la evolución del grupo familiar, en el sostenimiento, quien se hizo cargo de la situación de vínculos y relacionamiento, fue depositario de todo el acontecer del mismo. En este sentido, como decíamos anteriormente, en muchos casos fue una abuela, una madre o una tía, y aparece en los relatos una figura femenina con mucho peso en la vida familiar, en las decisiones, y con una autoridad importante. Esta no era una madre más, por definirlo de alguna forma, esta era una persona que sostenía, apuntalaba, creaba, se vinculaba y resolvía el quehacer del grupo, a quien dedicaremos en forma inmediata un análisis por separado.

Todos los roles decíamos, fueron afectados, entre otros, los de la madre, el padre, esposo, esposa, abuela o abuelo, los de la tía o el tío, hermanos.

Los abuelos, en muchos casos pasaron a ocupar el lugar de la madre y padre ante la ausencia de los padres biológicos, haciéndose cargo de los nietos, lo mismo pasó con los tíos o las tías, haciéndose cargo de los sobrinos.

Con los abuelos había una situación bastante difícil de resolver, pues en su mayoría los adultos funcionan con determinadas rutinas que se vieron interrumpidas, cambiando frontalmente su vida, y en otros casos encontramos adultos con salud comprometida, con impedimentos graves para cursar las situaciones impuestas.

Entre la diversidad de circunstancias que se daban, estaba el caso de la madre que quedaba a cargo de los niños, y debía asumir también la función paterna, o sin asumirla, acercarse a la situación. Como se observa estos cambios se hicieron necesarios, y no estaban prefijados por la situación familiar clásica, sino por las necesidades que debieron cubrir, por las tareas y responsabilidades. En esta situación había que equilibrar la ausencia y enseñar a los niños a convivir sin el ausente.

Cada situación como decíamos anteriormente, se construye en la interna del núcleo y requiere un escenario concreto, y, el aporte de las relaciones interpersonales de quien asume y de quienes adjudican funciones. En el caso de la asunción por la situación del desmembramiento familiar con la dictadura, no hubo escenario, no hubo meditación, sino que sencillamente, la necesidad hizo que cada persona asumiera uno.

La conjunción de sentimientos que volcaba la familia al grupo, los miedos y los temores, permitía que el papel de cada uno, se socializara, se compartiera, en cuanto a la búsqueda de soluciones. Ese accionar del grupo, hizo que cada uno y el núcleo en general, asumieran en sus desempeños, ciertas características que les dio un perfil, que estuvo pautado por una actuación cautelosa, en lo que se hacía, y como lo hacían, con mucha precisión, con perseverancia para lograr continuidad, y para lograr sus objetivos. También en esa dinámica creada se observa buenos niveles de disciplina, que involucran muchas áreas de la

vida familiar, como la economía, los aspectos sociales, los culturales, y la participación en diversas formas del núcleo en el proceso social, político y otros. Pero quizás una de las características mayor de las familias, es que fueron conscientes de lo que pasaba en el país, que entendieron y comprendieron cabalmente que estaban frente a una sangrienta dictadura, y todo lo realizado se convirtió en una gesta heroica por apoyar, salvar y construir, más allá de las dificultades a las que se enfrentaron.

Un espacio social: El baño

Los baños del Penal como otro lugar del mundo que habitábamos, cumplía varias funciones, habiendo dos de vital importancia. La primera, era el lugar donde se concretaban las funciones inherentes a la especie humana, la segunda, era de carácter social, hasta diría, cultural.

En aquel estrecho espacio se produjeron los acontecimientos casi de mayor relieve de la vida de los sectores y las celdas; encuentros y reencuentros; “se funcionaba” como decían los verdugos, por aquello de conspirar; se contaron historias de amor, de sueños y esperanzas; hablamos de nuestros hijos, sobrinos y nietos; resolvimos aquella consigna del Penal “si nos mandan hacer bloques, no vamos”; desentrañamos los avances y retrocesos de los procesos revolucionarios, repasábamos historia, filosofía, aprendimos idiomas, preparábamos las fiestas de cumpleaños, alguna obra de teatro, nos cortábamos el pelo, tomábamos mate o té a escondidas, lavábamos ropa y nos bañábamos.

En general, en todos los sectores, los baños tenían un hall o pasillo a la entrada, luego un pequeño espacio con el inodoro y otro para el duchero. Todos tenían además un controvertido y perverso calefón y algunas piletas de mano.

Tanto para bañarse como para concretar las humanas necesidades, se debía realizar un largo operativo, que consistía en pedir autorización a la guardia que estaba en el locutorio, que era un espacio de pasaje, y el gran mirador para controlar el movimiento de los sectores.

Pero el que exigía más esfuerzo, actores, instrumentos, órdenes y contra órdenes era el baño de bañarse, o sea, el baño con agua.

Todo comenzaba la noche anterior cuando la guardia nombraba a dos compañeras que se les asignaba el nombre de “rancheras”, que tenían como cometido atender el “rancho”, o sea, el almuerzo, la cena, el mate, el café, y dos “fajineras” que higienizaban los baños y los corredores.

Una de las tareas que debía realizar este equipo, era organizar los baños de todo el sector, hecho difícil, dadas las condiciones de los baños, la poca capacidad de los calefones y la cantidad de usuarias que manifestaban su necesidad de bañarse, situación que despertaba los más ásperos comentarios de las milicas, “estas mujeres pasan bañándose todo el día”.

Debíamos dividirnos en tres o cuatro turnos para un mejor rendimiento del agua. La organización constaba de una planificación en detalle, que comenzaba por el pasaje de estas compañeras por las celdas preguntando, ¿cuántas se bañan en este turno, con cabeza o sin cabeza?

Pues si el baño era completo, con cabeza, disminuía el número de usuarias, comenzando así a disociar las

infinitas partes de nuestro cuerpo, en este caso, nuestra propia cabeza.

En estos momentos, como en otros, aparecía la solidaridad, que en esta situación tenía ribetes de dramatismo. Se escuchaba decir, “No te preocupes, bañate vos, dejo la cabeza para después”, y esto significaba un desfase entre el cuerpo limpio y la cabeza sucia que podía extenderse por un tiempo infinito.

El operativo tenía tres tiempos: uno, el ingreso al duchero, segundo el enjabonado, y tercero el secado y colocarse la ropa limpia.

En algunos lugares, por ejemplo en el sector A, se formaban subgrupos de tres, nos quitábamos la ropa antes de ingresar, entrábamos y nos mojábamos comenzando un enjabonado rápido, las dos restantes estaban atentas para ingresar, repitiendo la operación, y, cuando la tercera se enjabonaba, entraba la primera al enjuague y así sucesivamente, hasta que el calefón desde lo alto de la pared enviaba sus últimas gotas en una actitud desafiante y militar, o no bien entraba el primer grupo al agua se enfriaba, y el operativo se convertía en un fracaso más de la vida cotidiana.

Los pequeños sub grupos operaban rápidamente por lo cual muchas veces entre la espuma, los chorros de agua que salpicaban en todas partes, el jabón que caía por el piso, los desencuentros por el espacio estrecho, hacían del baño un operativo peligroso y hasta agotador.

Pero luego venía la tercera parte, y era cuando supuestamente no teníamos más jabón encima y nos

disponíamos a salir del lugar. Era un momento difícil, pues, simultáneamente trataba de entrar el otro sub grupo, que pasaría por las mismas situaciones. Allí se producía el encuentro de ropa limpia y ropa sucia, de cuerpos deseosos del reparador baño y de quienes entre espuma, y un poco de agua considerábamos que estábamos prontas, y llegábamos al largo banco verde donde habíamos dejado la ropa limpia, comenzando una especie de lucha.

Cada una trataba de encontrar su ropa, que sin querer se había entreverado con la de la vecina, produciéndose una serie de desencuentros entre la ropa, toallas, jabones y jaboneras.

Pero el baño, aparte de ser un laberinto de agilidad y destreza física, promovía una activación de la capacidad de razonar, despertando voces de protestas, de asentimiento, de cooperación y los más diversos comentarios que daban cuenta del reparador baño:

¿Cómo es posible que pierda el calzón si lo traía con toda la ropa?

¿Quién vio un sutién rosado?

¿Porqué estamos tan apretadas si somos solo quince?

¡Cuidado! ¡Cuidado! Con ese jabón que viene de la ducha.

¡Salí como entré, ya no queda agua!

Las tareas que realizaban la familia de los detenidos

La multiplicidad de tareas cargaba a las familias también de múltiples preocupaciones, porque debían resolver de la mejor forma, todas las necesidades del conjunto del grupo familiar. Una de las tareas que anteriormente hacemos mención, eran las gestiones inmediatas a la desaparición del familiar, es decir, su localización. Esta instancia era un largo y paciente proceso que exigía de la familia no sólo buenos niveles de tolerancia y organización, sino audacia e importante creatividad, para poder combatir en un frente, hasta el momento desconocido, arduo y cruel. Apparentemente las familias esperaban unos días, llenos de incertidumbre, sin saber qué hacer, a quién recurrir, sobre todo en aquellas familias que no habían estado presentes al momento de la detención. Luego, comenzaban a realizar una larga peregrinación por instituciones públicas, en primer lugar, y privadas luego, entre ellas, comisarías, hospitales, cuarteles, jefatura de policía, y otras tantas.

Como todas las instituciones públicas o privadas, nacen y se desarrollan en la sociedad a través de largos procesos históricos, muy cambiantes y contradictorios, en función de objetivos e intereses, las instituciones militares no escapaban de este proceso, con el

agravante de burocratización e incapacidad para ejercer funciones administrativas, y otras, que hacía la situación más complicada. La pesada reglamentación, las normas instituidas, más el perverso objetivo de torturar, perturbar, y dificultar, hacía a esta tarea muy difícil.

En cada lugar donde se presentaban estaban expuestos a una victimización secundaria con diferentes tipos de amenazas. Esta instancia fue extremadamente dura, porque en principio, ninguna institución informaba y no daban respuestas que calmara la angustia de las familias. En muchos casos, era desde los cuarteles que notificaban a la familia la detención del familiar, y luego hacían el pedido de algunas necesidades para el detenido como ropa, colchón y otros. Luego de la localización permitían dejar un paquete con algunos alimentos, y luego del procesamiento permitían la visita con la familia, ejemplos que corresponden a mi detención.

Una tarea que se hacía en forma simultánea era hacerse cargo del resto de la familia o sea de menores. Esto planteaba a la familia nuevas tareas como vincularse a los centros educativos donde concurrían los niños, la atención médica, la recreación, mantener el vínculo con otros familiares, como abuelos, primos, tíos, y visitar los detenidos.

Otra tarea que debían realizar era la atención a las visitas con los detenidos, hecho que, tanto para el preso como para la familia, era muy importante. Una vez que el detenido/a era procesado se realizaba cada quince días, tanto en algunos cuarteles, como en los

Penales. La gestión en el ejército era un proceso con diferentes partes, duras, largas y extenuantes que requirió también un aprendizaje, que incluía la tolerancia y la paciencia. Había una preparación de toda la familia, donde se instrumentaban para enfrentar la situación, a la guardia y al manoseo permanente al que eran sometidos; también para enfrentar a su familiar detenido de la mejor forma, con ánimo, y sin plantear situaciones más difíciles de las que éstos vivían. También en esta etapa, debían realizar las compras para cubrir algunas necesidades de los detenidos, con alimentos que estaban permitidos, como algunas frutas, queso, algún dulce; escasa ropa y materiales para manualidades, formando con esto un llamado paquete.

Para explicar con más detalles las visitas y el involucramiento familiar en esta situación, hemos abordado a 30 compañeras/os, de las cuales 22 son mujeres y estaban detenidas en el Penal de Punta de Rieles, y 8 son hombres que estaban detenidos en el Penal de Libertad. Para el trabajo tomamos en cuenta la participación de los familiares más inmediatos del grupo familiar: padre, madre, hermanos/as, esposos/as, hijos, y otros familiares no directos como amigos, suegras, que se hacían cargo de la situación.

En muchos casos en la visita participaban todos, la madre, el padre, hermanos e hijos, en otros lo hacía solamente uno de ellos. Para muchas, fundamentalmente aquellas compañeras del interior las visitas eran esporádicas y los visitaba un solo familiar.

Nº de detenidos	Los visitaban	Grado de parentesco
A 7	Los visitaban	padres
17	“ “	madres
21	“ “	hermanos
13	“ “	hijos
7	“ “	Esposos/as
2	“ “	otros

Del total de los 30, a 7 detenidos/as los visitaba el padre; a 17 los visitaba la madre, a 21 lo visitaban los hermanos/as; a 13 los hijas/os; a 7 lo hacían los esposos/as y a dos lo hacían otros familiares, como suegras, sobrinos, o tías como único familiar.

De la lectura del cuadro se puede deducir que:

a) Las madres siempre estuvieron al frente de esta batalla y cumplieron un destacado papel como apoyo en las visitas, y con capacidad organizativa manejaron la compleja situación. En general, eran quien resolvía las demandas del detenido y de la familia, es decir que ejercían la mayor cantidad de tareas.

b) Los/as hermanos/as que, hasta por su edad, tenían mayores posibilidades de movilización, fueron un elemento importante de contacto en las visitas, de información para el detenido y en muchos casos la imagen de la esperanza.

c) De los treinta casos que exponemos, muchos detenidos no tenían padres o estos eran personas de avanzada edad, con dificultades para trasladarse, lo

que hace disminuir la cantidad de padres que visitaban a sus hijos.

Otra tarea era la vinculación con otros familiares de detenidos, con el objetivo de recoger la mayor cantidad de información que les permitiera armar un mapa de la realidad, y también ampliar los ámbitos de solidaridad. Fue muy importante este vínculo porque en forma espontánea se instrumentó una red de familiares, permitió un conocimiento más profundo de las situaciones por las que pasaban los detenidos, una información más en detalle de las gestiones que se realizaban, y tuvo una función continentadora, organizadora y solidaria para las familias. Hay cientos de ejemplos del apoyo entre los familiares, se dio en el plano económico, en lo afectivo, en el acompañamiento a las situaciones que se vivían, y en el establecimiento de lazos de amistad que en muchos casos, aún perduran.

Otra tarea que realizaban eran las visitas a los abogados de oficio, que nos había designado la dictadura, con grados de coroneles, y que por supuesto estaban totalmente comprometidos con el régimen. En esta instancia nuestras familias eran victimizadas, se les mentía, se les informaba mal y en muchos casos los abogados no se enteraban de la libertad de sus detenidos.

En suma: La familia se constituyó en una estructura sostenedora de la situación, recibió los impactos del terrorismo de la forma más cruel, pero estuvo presente en todo momento, desde la gestión por sus presos, desaparecidos y familiares con problemas, se hizo

cargo de los menores y ancianos, fue proveedora económica y de afectos, desde el comienzo del proceso hasta el retorno al hogar de todos los miembros que estaban dispersos, y que, habían vivido situaciones de extrema gravedad.

Las formas de solidaridad

La situación de represión privilegió la creación y recreación de formas solidarias que jugaron un papel determinante. Ante lo siniestro, la soledad y el aislamiento a que se sometió a los núcleos familiares, estos buscaron determinadas formas de unirse para enfrentarla. Las necesidades de cada uno y del conjunto se hacen más visibles y más pronunciadas, comenzando así a desarrollarse una solidaridad “sencilla” como expresan los testimonios, que con el tiempo se transformó en una gran red de apoyo que tocaba a todos. Las enumero sin orden de importancia, pero quizás la que jugó un papel trascendental fue la ayuda económica. En este sentido partieron de una colecta en la que cada uno aportaba un peso, al pago de un alquiler, la atención y cuidado de un enfermo, al apoyo para la salida del país de alguien comprometido, y otras múltiples formas.

Estas formas de ayuda nacieron casi todas de la organización que ellos imponían como eran las “colas”, o los lugares que escogían, en definitiva para reprimir. Los familiares no se preocupaban solo por sus detenidos, sino que tenían presentes a los otros, aunque no los conocieran.

De esta forma se fue estableciendo un conocimiento de las necesidades de cada familia que permitió una

mayor organización. Surgen luego otras formas como el abastecimiento de ropa y víveres para aquellas con apremios económicos mayores. A medida que se procesa un conocimiento de las situaciones, las familias se ayudan en el cuidado de los niños, en acompañamiento en las visitas a los Penales, en realizar gestiones relacionadas con los detenidos y en acompañamientos por problemas de salud.

Se conforma de esta forma una enorme red informal que cubre algo de las necesidades económicas y de solidaridad, sobre todo lo relacionado a la información que se recoge. Cuando se conocía un hecho que podía ser útil al resto, se pasaba la información con “responsabilidad” -dicen los entrevistados- de no crear expectativas, evitando la aparición del temor con las noticias.

Aproximación a un perfil de la mujer familiar de la resistencia.

Quizás sea conveniente para una mejor comprensión del tema, recoger algunos conceptos sobre la mujer, para entender cabalmente el rol protagónico que jugó en el período de la dictadura uruguaya.

Repasando brevemente la historia de los movimientos por la emancipación de la mujer en la sociedad, encontramos un camino marcado más por dificultades, que por logros. “El mundo contemporáneo se caracteriza por una organización social de géneros y por una cultura sexista, que expresa y recrea la opresión de las mujeres y de todas las personas que son diferentes del paradigma social, cultural y político masculino” (Lagarde, M, 1988)

Luego de muchos años se incorpora la categoría de análisis de género, entendida como una construcción cultural sobre el dato biológico del sexo, como un logro para estos movimientos. Trataba de romper, en parte, con una tradición ancestral de limitar los horizontes y perspectivas de las mujeres, borrándolas de los contextos donde actúa, en tanto da “un tipo de sentido a la reproducción humana, biológica y social, que intenta entender como se vinculan la condición femenina y masculina, y, las prácticas sociales y sistemas de representación en su mutua producción, reproducción, y transformación”(Lagarde M, 1988).

Pero este concepto solo puede tener validez, si es aplicado y reflexionado, y si se inscribe profundamente en el contexto sociocultural del lugar, y si esta categoría se aplica y permite, no solo identificar las necesidades de las mujeres, sino valorar su ubicación en la sociedad con todos los atributos igualitarios entre hombres y mujeres.

En este sentido, la sociedad uruguaya como todas en general, a través de un legado cultural, ubicó y asignó a las mujeres el ámbito privado, que es aquel donde se desarrolla nuestra vida privada. Esto opera como un instrumento de segregación de la mujer en la sociedad, encontrándonos con una situación de desigualdad, ya que están sujetas a niveles de opresión tanto en grupos de pertenencia como en los diferentes espacios, marcadas como ciudadanas de segunda, con trabajos de poca importancia, bajas remuneraciones, discriminadas sin poder ocupar espacios que están reservados para los hombres.

En la década de los fermentales años 60, hay un cambio sustancial en cuanto al papel de la mujer en la sociedad. Es un período donde irrumpen mundialmente grupos con sus reivindicaciones, conformándose un fuerte movimiento de resistencia, y surge entre ellos, el de la mujer, -feminismo- que comienza a transitar un proceso de lentos progresos.

Desde el año 1973 que nos convoca, la lucha de la mujer por ganar posiciones en el medio social, despejar desigualdades, encontrar espacios que la ubiquen con los mismos derechos que los hombres, fue un duro camino a recorrer.

Como habíamos dicho anteriormente, hablando de la familia, la mujer en los primeros años de la dictadura, había ganado algunos espacios y se había ido introduciendo al mundo público, fundamentalmente, como consecuencia de su inserción laboral, surgido a raíz de las necesidades en las familias, creadas por el creciente deterioro económico y social al que había llegado la sociedad uruguaya. Sin embargo, aún permanecía sujeta - como hoy - al triple rol, que significa que, además de ser responsable del trabajo reproductivo - cuidado del hogar, la atención a la familia, el cuidado de los menores -, también ejercía el trabajo productivo, con su inserción a espacios laborales, y luego, participaba en actividades sociales, culturales y comunitarias.

Incorporaremos, además, para estas reflexiones, algunos conceptos de Marcela Lagarde, que nos apoyarán a lograr una mayor comprensión, y, entender no solamente el perfil de las mujeres de nuestras familias, sino cómo realizaron esta gesta y pelearon, por sus familiares. Dice Lagarde sobre la subjetividad de las mujeres “es específica y se desprende de las formas de ser y de estar y del lugar que ocupan en el mundo” (Lagarde, 1988), es decir, que esta subjetividad se construye a partir de valores, normas, creencias, como una “elaboración única que hace el sujeto de su experiencia vital”(Lagarde M, 1988). Es así, que esta subjetividad, recoge la identidad y también su historia, y se pueden agregar, dos categorías más: la condición y la situación de la mujer, siempre con el sentido de comprender más.

La condición de la mujer es definida como “una creación histórica cuyo contenido es el conjunto de circunstancias, cualidades y características esenciales que definen a la mujer como ser social y genérico”, y a su situación “ como el conjunto de características que tienen las mujeres a partir de su condición genérica en determinadas circunstancias históricas”, (Lagarde: M. 1988) expresando de esta forma sus condiciones de vida en determinados momentos de sus vidas.

Decíamos anteriormente que la subjetividad recoge la historia de cada persona, se adhiere a ideologías y se fortalece en el vínculo social, adquiriendo dimensiones que le permitieron el manejo de diferentes circunstancias con un alto nivel de sensibilidad, comprensión, y adhesión tal como lo demostraron las mujeres de nuestras familias.

Durante la construcción de la subjetividad la mujer desarrolla diferentes dimensiones, que las va interrelacionando, como la capacidad de comprender, de reflexionar, el desarrollo operativo, la ejecutividad, a la vez, que va profundizando en su autodeterminación y libertad. Es necesario reconocer que nuestras mujeres de aquel período, tuvieron un fuerte sentido de justicia y la igualdad, de la democracia y de la libertad. Que fueron capaces en sus idas y venidas por los cuarteles, - con la modestia que las caracterizó -, hacer sentir sus voces con firmeza, reclamando por sus hijos/as presos, más allá del temor. Que desde su lugar de madres, abuelas, tías, con códigos aprendidos en el momento y lenguaje sencillo, en esa trágica

y peligrosa búsqueda en el tiempo de sus familiares desaparecidos, demostraron su sutileza, su infinita capacidad de adhesión, de perseverancia y tesón, en medio de una ternura que jamás olvidaremos.

Y si bien, ya hemos mencionado estos temas a lo largo del trabajo, parece oportuno recordar a modo de síntesis, aunque sea brevemente, determinadas circunstancias a las que se enfrentaron. La mujer operaba en diferentes ámbitos de la vida, conducentes a resolver problemas de carácter adverso, en su totalidad con el mismo espíritu de estar y de dar. Se enfrentó a: la familia; a los/as detenido/as; a los verdugos; a la sociedad y por excelencia, a sus propios miedos y temores.

Frente a la familia la mujer desarrolló un rol protector, de cuidado, de amparo y protección, tocándole la resolución del conjunto de las dificultades.

Frente a los detenidos/as, fue la figura contenedora, sostenedora, de seguridad, de amor, y confianza; era la figura de la comunicación fluida y de la esperanza.

Frente a los verdugos, era la figura de la defensa de los derechos pisoteados, de la pelea y el enfrentamiento, de la lucha por los derechos de sus familiares presos.

Frente a la sociedad, era la figura de la solidaridad y de la ayuda, quien creaba redes solidarias, quien ayudaba a otros, denunciaba.

Se enfrentaba a todos estos espacios, pero además a sus propios miedos y temores, a sus incertidumbres. Con ellos recorría los cuarteles, iba a las visitas, lle-

vaba a sus nietos, hijos, sobrinos a la escuela y tenía para sus familiares la palabra justa. Y si bien estos temores molestaban, jamás fueron un obstáculo para malograr esa digna batalla que encabezó en la dictadura.

Un pañuelo rojo para Beatriz

Escribir sobre alguien, siempre significa un compromiso y un fuerte desafío, más en este caso, por que quiero relatar cómo en el 300, ubicado en el Batallón de Infantería Blindado N° 13 de Camino de las Instrucciones, ese infierno en la tierra, se podían producir encuentros con los valores y la dignidad, más allá del horror, el exterminio y la proximidad de la muerte.

Durante la tortura, en general, podíamos estar meses al lado de una compañera o compañero sin saber quién era, por qué estaba allí y cuál era su historia. Sin embargo, nos ingeniábamos y sabíamos cómo estaba pasando, qué le estaban haciendo, en que etapa de la tortura estaba, a dónde lo llevaban y, a veces, hasta, qué le estaban preguntando más allá de la “discreción” de los torturadores.

En aquella situación de extrema vulnerabilidad, al borde de los límites de lo que podíamos resistir, habíamos desarrollado una capacidad para percibir los movimientos, las voces, distinguir entre tantos ruidos cuales eran inofensivos y cuales no, y, aunque el ruido de radios y parlantes era ensordecedor, teníamos la facultad de discernimiento sobre el conjunto de objetos, máquinas, y fundamentalmente de personas que se movían en el galpón.

De esta forma descubrí a Beatriz. No la conocía hasta el momento, sin embargo, llegué a tener un profundo sentimiento de simpatía y admiración gestado en el dolor y el horror del centro de tortura, en muy poco tiempo.

Después de procesada, yo estaba en el cuartel del Kilómetro 14 de Camino Maldonado, esperando para ir a Punta de Rieles a cumplir la pena, y me llevaron varias veces a interrogar al Batallón de Infantería Blindado N° 13 en Camino de las Instrucciones, donde funcionaba el 300 K o Carlos, o el Infierno, lugar donde había estado y permanecí, hasta fines del 75.

En ese Galpón destinado a torturar a hombres y mujeres por igual, no existía el descanso, el silencio, la cordura ni la razón. Era un territorio ganado por el odio y la denigración. Quien llegaba a él, debería sortear las pruebas más difíciles de su vida, las torturas más crueles, realizadas por hombres con aspectos saludables, oficiales de alto rango que ejecutaban los crímenes más atroces, y ordenaban a sus subalternos a cometer otros tantos. Era un lugar donde las posibilidades de sobrevivir se acertaban a cada instante, porque a medida que pasaba el tiempo eran mayores los ataques, mayores los niveles de creatividad para torturar, y estaba siempre pendiente la misma vida.

Allí, en ese lugar, viví parte de ese tiempo doloroso y cruel con el corazón estrujado y la incertidumbre del futuro, porque la muerte estaba presente, caminaba a nuestro alrededor como buscando su víctima para destrozarla.

Así percibí la presencia, entre otros, de una compañera que ocupó parte de mi pensamiento por un tiempo prolongado. Todo ese tiempo Beatriz soportó los horrores del Galpón, a veces parada, sentada, colgada, en un tacho o un caballete.

Me preguntaba cuando la sentía, silenciosa y solitaria. ¿Cómo será ese rostro debajo de la venda?

¿Tendrá hijos que la esperan? ¿Su familia estará aquí?

Todas preguntas que rondaban en nuestras cabezas cada vez que llegábamos al Infierno del 300 Carlos.

Y a medida que pasaba el tiempo fui aprendiendo a conocerla y a quererla. La imaginaba sencilla, porfiada, convencida iy con muchos cojones!, como lo estaba demostrando. La imaginé trabajando, llevando sus hijos a la escuela, tratando de resolver la vida, solidaria y atenta a los problemas de los otros

La imagen de Beatriz volvía, había ganado un espacio en mi corazón, y en el de todos los que estábamos allí, y me interesaba saber qué le hacían, cómo estaba, y cada vez que volvía al Galpón espía los ruidos y conversaciones para saber de su destino. ¡Fueron tantos meses!

Hasta que llegó el día, en que terminó para mí la tortura física, y no me llevaron más al Galpón, perdiendo su pista por un tiempo.

Luego me trasladaron al Penal, y con la llegada de compañeras que habían pasado por el 300 supe de ella. Se llamaba Beatriz y había estado en el Galpón por espacio de meses. ¡No había duda, era la porfiada, convencida y valiente!

No pasó mucho tiempo y las vicisitudes del Penal me llevaron al calabozo, y allí encontré a Beatriz que como recién llegada la tenían unos días antes de destinarle un sector.

Eran los primeros años de nuestra estadía en el Penal y también de la flamante construcción de los calabozos. En ese momento las mirillas de las puertas de acceso al corredor del calabozo tenían vidrios, por el cual, cuando la guardia se distraía, tratábamos de entablar un diálogo corto y entrecortado. Pude transmitirle a Beatriz el conocimiento que tenía de ella y los encuentros que en silencio habíamos tenido en el 300.

La vida del Penal eran encuentros y desencuentros permanentes y era difícil volver a vernos, como efectivamente sucedió. Y como era característica de nuestros vínculos allí, sentí necesidad de entregarle algo a aquella compañera, con la que, sin conocerla había compartido horas de dolor y angustia en ese terrible galpón.

Había aprendido que la vida enseña, proporciona y brinda valores, dolores, esperanzas y desesperanzas, y también, objetos materiales de valor, algunos unidos a historias, a hechos compartidos.

Y que también, el verdadero valor de las cosas está en lo humano, en valores, y actitudes de dignidad y coherencia. Y esto era lo que había recibido desde un lugar de silencio, de aquella compañera maniatada por la represión.

Hacia unos años había compartido con una compañera guatemalteca una experiencia internaciona-

lista inolvidable; de ella, solo me quedaba un pañuelo rojo y el recuerdo de una vida noble y fecunda, que había sido asesinada por el ejército de su país. Nadie mejor que Beatriz para guardar ese pañuelo que me había acompañado en la vida, y, homenajeando a la dignidad, dejé en el baño, el pañuelo rojo para Beatriz.

Los efectos sobre los niños hijos de padres detenidos

Este tema no es motivo de nuestro trabajo por entender que su abordaje significa una especialización temática. Lo tomo con carácter general por su incidencia y su relación con el tema familia.

Posiblemente los niños hayan sido los que más sufrieron, y los que menos entendieron la trágica situación que les tocó vivir. Desde el inicio de la dictadura se interrumpió abruptamente en su infancia, les cambiaron los hábitos de vida, los separaron de su familia, vivieron fuera de los parámetros a los cuales estaban acostumbrados, de los marcos habituales y de los referentes diarios, cambiando de contexto, rompiendo sus rutinas.

Ante estas múltiples dificultades que vivía el niño, y ante estos trascendentes cambios, es posible preguntarse, ¿Cómo vivieron la cárcel de sus padres, el alejamiento, la nueva vida con familiares a veces hasta lejanos y los cambios en general?

Hay que tener en cuenta que, determinados acontecimientos de carácter traumático como el caso del terrorismo, a cualquier edad, pueden provocar en un sujeto efectos psíquicos o consecuencias que ocuparán un lugar relevante en su vida. Siendo así, los efectos en los niños tuvieron una impronta de mayor intensidad, porque además, a la situación la rodeaban

la represión y la violencia, que causaban miedos y temores incidiendo y provocando un daño que se prolonga en el tiempo.

En este caso, se suma la edad, y la ausencia de una estructura psíquica y de madurez, que les permitiera entender y explicar lo que iban viviendo, a diferencia de los adultos. Los niños vivieron los profundos cambios de su hogar, incorporando a sus vidas las frustraciones y las tensiones a que estaban sometidos los grupos de sobrevivientes.

Las nuevas situaciones para el menor, marcadas por las ausencias de sus padres, opera negativamente sobre varias dimensiones por las cuales se procesa su desarrollo, fracturando su historia, su vida, su identidad, su mundo, su contexto físico y sus relaciones. Viviendo en el marco de esta situación, las cosas no tienen respuesta, no comprende, es decir, todo se convierte en algo inexplicable, como otra dimensión con la cual deberá convivir. Esta nueva situación creada, será la que le acompañará en el tiempo y le impedirá, en varias ocasiones, la posibilidad de encontrar un equilibrio entre lo que vive, lo que siente, entre la situación real de dolor y pérdida, y la aceptación a la misma.

Sin pretender hacer una síntesis completa de lo que vivieron los niños, rescato de las entrevistas algunos elementos que me parecen importantes tener en cuenta a la hora de reflexionar sobre el tema familia.

Se observan entre otras dimensiones, alrededor de tres situaciones en los casos que entrevisté, que merecen una reflexión.

Efectos sobre el niño/a:

a) Cuando uno solo de los padres era detenido, tanto sea la madre o el padre.

b) Cuando eran los dos padres detenidos.

c) Cuando además de los padres detenían a otros integrantes del núcleo familiar.

Las tres situaciones a pesar de tener una misma raíz plantean problemáticas diferentes y requieren soluciones diferentes.

El primer caso se podría considerar como el más sencillo de resolver, o el que ofrecía más ventajas sobre otros, porque el niño podría apoyarse en la resolución de sus dificultades con este padre o madre que quedaba libre. La situación permitía a la familia y en especial al niño continuar con las rutinas familiares, seguir construyendo la historia familiar; además, el padre que quedaba en libertad, sin borrar y sin sustituir la figura del ausente, asumía en parte un doble rol, el propio y el de él que no estaba, pero manteniendo cierta continuidad en el grupo familiar, tratando de cubrir algunos aspectos del rol, sin apropiarse totalmente del mismo.

La segunda situación, es bastante difícil para el niño, pues con la ausencia de sus padres, perdía totalmente sus vínculos y referentes habituales, quedando muchas veces desamparado. En muchos casos, las familias no tenían posibilidad de albergarlo, terminaba el menor internado en alguna dependencia del Estado - Consejo del Niño - actual Inau, o, como el caso de un joven que quedó solo en su casa, vivió en casa de unos amigos un tiempo, luego con unos tíos, y posterior-

mente fue detenido y trasladado a un hogar del Consejo del Niño, el conocido Alvarez Cortez. Allí pasó también situaciones de extrema gravedad y peligro, a pesar de que el Estado se había hecho cargo de él.

Esta situación tiene otras connotaciones para este menor de catorce años, porque aparte de la ausencia de los padres, la desestructuración de la familia y el pasaje por diferentes domicilios, la institucionalización que sufrió en una instancia, peligrosa y de alto riesgo, operó en los hechos como un centro de reclusión, con prohibiciones y reglamentos, que lo perjudicaron en su desarrollo.

Por otro lado la ausencia de los padres creaba una situación de desconfianza, baja credibilidad en todo lo que acontecía en su entorno, más las pocas perspectivas que le veía a la situación, hacían que el niño se sintiera cada vez peor.

En la tercera situación, el niño siente que le han movido sus bases esenciales de convivencia y relacionamiento

En este caso, ya no son solamente los padres, son los tíos, a veces los abuelos, o un primo, una tía o algún vecino, situación que se podría definir como de total desamparo, y de pérdida de referentes. Hay un escenario que crea en el niño un mayor desconcierto, pues además de la pérdida de los padres, la familia se ha desestructurado totalmente.

Y a continuación expresamos, algunos sentimientos y situaciones en que queda el menor:

a) La primera sensación es la de quedar desprotegido y carente del cuidado paternal, mater-

nal, o sea, el que brindan los padres, la seguridad y el afecto.

b) Cambia su vida y queda en general a cargo de otras personas, como podían ser los abuelos, las tías, amigos de la familia, que lo protegerán de la mejor forma posible.

c) Su crecimiento se va a procesar con padres que están ausentes, y que en muchos casos, ni siquiera tiene posibilidades de frecuentar.

d) Pasa a vivir en otros hogares.

e) Con el transcurso del tiempo cambia de roles, ante las necesidades del grupo familiar.

f) También realiza tareas que no tenían planteadas, ni sabía cómo hacerlas ante las necesidades de la familia.

g) En muchos casos, la situación hace que se separe de sus hermanos y del resto de la familia.

La ausencia de los padres como decíamos, resiente la vida del niño porque los efectos, la educación y la vida en familia, ha sido todo para el niño, le han proporcionado confianza, credibilidad, seguridad, y esto ha potenciado las condiciones para su desarrollo.

Los menores pasaron por una suerte de incertidumbre y angustia difícil de sobrellevar. Incorporaron a sus vidas un sentimiento de abandono ante la situación, que ha dejado profundas huellas en la relación padres e hijos. Los niños no podían entender y comprender cabalmente por qué sus padres los dejaban. Con el abandono, perdían fundamentalmente la seguridad, como también, al grupo familiar, al ámbito de protección y amparo, como es el hogar de cual-

quier niño. A partir de esta situación los niños comienzan una vida de oscilaciones y vaivenes, mientras la nueva familia los ampara y reacomoda. Pero aún en las mejores situaciones de protección se van a seguir sintiendo abandonados. Quizás, para una mejor comprensión conviene precisar que cualquier acontecimiento de carácter traumático como decíamos anteriormente, y lo reafirmamos, afecta al niño en particular y al grupo en especial.

Y así, como en el caso de los adultos, los niños también se veían en la necesidad de cambiar de roles, ejercer nuevas funciones y realizar tareas de gran responsabilidad, que por supuesto no tenían relación con su edad. Sin embargo se observan casos y ejemplos de menores que cumplieron con eficacia y seriedad sus tareas adultas impuestas por la situación.

Las situaciones planteadas afectaron además otras áreas, como decíamos anteriormente, del desarrollo del niño. Se podrían observar cómo la tolerancia disminuía paulatinamente sus niveles, perjudicando su ubicación en la relación social. Las reacciones agresivas, la desaparición a veces, casi total de su capacidad de manejo de las situaciones, hacían que muchos niños crearan a sus alrededores problemas complejos a resolver. Una compañera narra que luego que volvió a su casa, su hijo comenzó a reaccionar agresivamente, empeorando su conducta día a día.

También hay que tener en cuenta que el sistema de culpas, que ellos no podían entender, los había golpeado duramente por años, como sucedió también con los adultos.

Pero aparte, la situación les cambió sus formas de vida, su casa, quienes lo rodeaban, su familia, sus afectos y, esta nueva situación les resultó extremadamente difícil, por lo cual el camino para resolverla o la forma de manifestarse, fue la actitud agresiva.

Además el niño tenía reacciones de silencio, se cerraba en sí mismo y perdía su capacidad de integrarse e interactuar, era el caso de un niño que cada vez que volvía del Penal, no encontraba equilibrio en sus reacciones, lo que motivó que su abuela le comentara,

“Si cada vez que vas al Penal te pones así, no vas más”.

Ante el temor de verse privado de las visitas a sus padres asumió el silencio, no comentaba con sus abuelos lo que sentía, lo que en la evaluación de su vida considera que le causó un daño intenso.

Muchas veces los niños vivían una situación, que no tenían capacidad de resolver, y la circunstancia los llevaba a oscilar entre actuar como adultos, o seguir siendo lo que eran, simplemente niños.

En muchos casos, encontramos niños que ante la ausencia de los padres, vivían suplantando al ausente, ocupaban y ejercían tareas de responsabilidad, hasta lugares de decisión y discusión.

Una tarea, además de las que integran la cotidianidad, fueron las relacionadas a las visitas con sus padres presos, en algunos casos el padre en el Penal de Libertad, y la madre en Punta de Rieles. Los ahora adultos, niños de aquel momento plantean que:

“No parábamos, porque eran muchas las cosas que debíamos hacer antes de las visitas, además de llevar los paquetes a los viejos”.

Sus vidas se circunscribían a visitar un fin de semana al padre y el siguiente a su madre, o llevar los paquetes a ambos. Los niños hicieron una experiencia estupenda con relación a los Penales, llegando a instrumentar determinadas estrategias en relación con las visitas y, lograron ser una fuente de comunicación importante entre los detenidos, y las familias. Traslataban información que era de trascendental valor, tanto lo que salía del Penal, como lo que venía del exterior, más allá de las escenas violentas que le hacían pasar cuando los revisaban.

Toda esa gesta era acompañada con travesuras de su edad, empleando un humor especial. Conocían a las guardias en detalle y en muchos casos, explotaban ese conocimiento en beneficio propio.

Sin embargo, pasaban antes, durante y después de la visita por revisiones y manoseos, que los perturbaba, y causaba miedo. Es decir, que esta instancia de la visita que debería ser de gratificación, se convertía en un acto represivo e inhumano, igual a las visitas de los adultos.

En otros casos los niños mayores se hacían cargo de sus hermanos menores, manejaban la situación escolar apoyándolos y oficiando de contacto con la institución, como una forma de aliviar a las abuelas que estaban al frente de todo. Esto era una forma de participación, y a su vez, de desarrollo de la responsabilidad.

Una gran dificultad que tuvieron aquellos familiares que quedaron al frente de toda la situación, fue cómo apoyar el desarrollo, la maduración y el crecimiento de los niños, porque, por más continentados que estuvieran y que el hogar nuevo les ofreciera cierta seguridad, estaban ante una situación diferente y grave. También incidía el tiempo que estuvieron presos los padres, en la mayoría, al momento de la detención los niños eran dependientes de la familia, y cuando estos volvieron ya habían adquirido cierto nivel de autonomía.

Las familias se convirtieron, de alguna forma, para estos niños en un lugar donde confiar, donde expresarse, de respecto y solidaridad. Realizando este esfuerzo apoyaron a los niños brindando seguridad y dando una base para desarrollar la pertenencia dentro del grupo.

La familia cuando recibe al detenido/a

Posiblemente el momento en que llegan los detenidos/as de los Penales a sus hogares, con su libertad, y su reintegro a la sociedad, el reencuentro familiar, haya sido de todo este proceso de la Prisión Prolongada uno de los capítulos más angustiantes y difíciles de asimilar, y aún, de narrar.

Los costos de la tortura y la prisión se expresaban en la fragilidad, la inseguridad y la angustia que portábamos, ubicándonos en una dimensión difícil de sobrellevar. La salida no era solamente la alegría del encuentro familiar, sino también, era con el dolor, en medio de una situación de destrucción y sufrimiento, pesaba el dolor de las pérdidas, el dolor colectivo, el que era común a todos, era el dolor universal como lo llama Primo Levi.

Tanto la familia como nosotros nos habíamos preparado desde hacía tiempo, para ese reencuentro que creaba expectativas e incentivaba sentimientos, gestados ante los cambios que inevitablemente se habían producido.

La traumática experiencia de la tortura y la cárcel y la separación sufrida durante años, provocó un distanciamiento familiar que alteró los vínculos y los afectos. El distanciamiento a raíz de la detención, empobreció y restringió la posibilidad de desarrollar

plenamente la vida cotidiana familiar, cortando los procesos que se gestaban en el tiempo. Así como provocó una ruptura con la normalidad de cada uno y con lo habitual, distorsionó los procesos de continuidad de la vida en las familias, provocó una situación de desconocimiento del otro que empobreció la relación, de tal forma, que la vuelta significaba algo así como volver a conocer lo conocido.

Fue necesario encontrar la capacidad de percibir, no tanto lo que decían, sino lo que ocultaban, o, en muchos casos, lo que no decían o hacían a medias, conocer sus necesidades, sus problemas, sus inquietudes, sus temores, que no fueron menores a los que sufrimos los presos, sino que fueron diferentes.

Esto, sumado a lo dicho anteriormente sobre el desconocimiento y empobrecimiento del vínculo, se convirtió en una dificultad más en los primeros momentos de la salida.

En este sentido, se conjugaban varias situaciones que había que interrelacionarlas, el desconocimiento del otro familiar, la necesidad de conocer en detalle la situación del núcleo, dado que la información que teníamos era la que lográbamos captar en las visitas.

También es correcto aclarar que nuestras fantasías operaron fuertemente, habíamos conformando una idea del otro, que no tenía relación con la realidad, y era producto de una idealización. Al familiar lo imaginábamos sin problemas y, fundamentalmente, con capacidad de comprender todas las situaciones.

Era fácil observar el cambio. En realidad, ya no quedaba la familia en su totalidad, sino un conjunto de vínculos entre los miembros con diferentes niveles de profundidad, de los cuales muchos se habían establecido a través de la rutina familiar.

En la primera parte del encuentro se creaba una circunstancia afectiva donde ambos hacíamos un esfuerzo por encontrarnos, valorar los afectos, decir y hablar de ellos en general, sin tocar los dolores, estableciendo límites en la situación, prohibiéndonos hablar de lo doloroso, gestando un silencio que aún nos pesa, y contribuyendo a incentivar ese silencio como una barrera que impidió, en muchos casos, avanzar en la relación.

En este sentido, además, encontramos familias con un vínculo distante, sin tener posibilidades de reconstruirlo, perdiendo la oportunidad de profundizar, recuperar, o reparar al mismo.

En definitiva no veníamos a un panorama donde todo se desarrollaría sin dificultades, lo primero era conocer al otro, siendo conscientes de que no coincidiríamos, con sus ideologías, sus opiniones, dado que las experiencias vividas por ambos nos ubicarían muchas veces en diferentes posturas.

Incorporarse a este nuevo ámbito familiar no significaba terminar con la dinámica que habían construido, los sistemas de mitos, costumbres y creencias, sino que era efectivamente, encontrar, recuperar, reconstruir y construir un lugar donde volver a vivir, incorporarse u oponerse.

Muchas veces nos sorprendimos preguntando si retornábamos a una historia interrumpida, o, si tendríamos que volver a empezar. Rápidamente entendimos que podíamos recuperar en parte, reconstruir en parte, construir en parte, teniendo claro que el pasado había operado de tal forma, que ya nada sería igual o parecido, por lo tanto, las estrategias para la inserción familiar había que instrumentarlas cada día, paso a paso, admitiendo las equivocaciones y las contra marchas, como una forma de avanzar.

Es conveniente reafirmar entonces, en qué condiciones llegábamos, para poder entender las dificultades para articular las dos situaciones, la de la familia, y la de ya, a ese momento, ex presos.

Los seres humanos se organizan y se desarrollan a través de una actuación donde los vínculos y las relaciones que establece y su contexto, son determinantes. Esas interacciones son complejas y a la vez dinámicas; se van procesando a lo largo de la vida y son claramente observadas en las familias, se expresan en la amistad, en la relación con grupos y otros. Se conforma así, una red personal que vincula a la persona con otros a lo largo de su vida. Pero en ese trajinar por el que atravesamos la vida, nos sostenemos en algunos pilares como lo afectivo, tanto sea en los niveles de intimidad como en otros más abiertos, lazos que se establecen a través de la cercanía, el trabajo, la vecindad, y luego todo aquello que nos hace permanecer, es decir lo que construimos y sentimos como nuestro. Sin embargo, a esta nueva situación nos integrábamos sin estos apoyos, pues

con el ingreso a la cárcel se habían esfumado algunos y fracturados otros.

En esas circunstancias traíamos la angustia, el temor, un conjunto de miedos sobre la cotidianidad y sobre el funcionamiento de la vida, y posiblemente, el miedo de no poder comunicarnos, no lograr abrirnos a la nueva situación. En ese momento sentíamos, también, un cúmulo de expectativas sobre el futuro. Estas creaban una situación que oscilaba entre la incertidumbre y la esperanza, el temor de que todo culminara de la peor forma, una mezcla de fantasía con realidades que en general fueron fugaces, y se rompieron frente a la vida, que las reemplazó.

Las expectativas habían ganado, de cualquier forma, la cotidianidad de nuestras vidas, y se podría afirmar que era difícil vivir sin ellas, siempre estaban relacionadas a circunstancias que tenían que ver con los afectos y los vínculos. Quizás la más permanente era la que nos relacionaba al otro, qué esperaba uno del otro, cuáles eran las necesidades del otro.

Era una circunstancia difícil de resolver, porque muchas veces, el otro no estaba en situación de responder a las demandas o requerimientos que la interrelación del núcleo familiar requería.

Nuestra llegada estuvo acompañada por la idea de que no volvíamos para cambiar situaciones, sino más bien, a insertarnos en la familia. Sin embargo, nos desempeñábamos en muchos casos, con un esquema muy rígido, con códigos que pasaban por: Cuidar lo instrumentado, no romper rutinas, no contradecir

las costumbres, no manifestar desacuerdos, tratando también de no dar una imagen dolorosa.

Este cuidado extremo que manifestábamos en la relación al actuar, estaba evidentemente cargada de temores y tenía su base en la experiencia por la que habíamos pasado, condicionada por la represión. Porque construir vínculos era una forma de sobrevivir, una forma de trascender las dificultades, y el esfuerzo por lograrlo había costado inteligencia, sentido común, razonamiento. Los vínculos en el Penal, eran entre iguales, entre compañeras que hacía años veníamos conviviendo en un medio acotado, limitado, y que en general, para sobrevivir todas empujábamos por igual.

Esta nueva realidad, no tenía límites, sin embargo, nosotros por la experiencia vivida, la limitábamos. La situación que ahora se planteaba estaba pautada por una larga separación, y el esfuerzo debía centrarse en volver a conectarnos, trascendiendo de alguna forma, estos sentimientos que no permitían la autenticidad en el vínculo.

Y en esta nueva situación, debíamos organizarnos, cuidándonos, haciendo, e ir entrando en el mundo, habituándonos a algunos hechos, sorteando obstáculos para seguir avanzando de alguna forma.

La incorporación a la nueva situación significaba un fuerte enfrentamiento y una confrontación, un desafío donde debimos descubrir palmo a palmo, las exigencias que imponía la vida. Dentro de éstas, estaba el hecho y la necesidad de conocer hasta dónde podíamos, y qué podíamos, y que nos ofrecía ese mundo

nuevo al que llegábamos, donde se podían apreciar los diferentes caminos que se presentaban y manifestaban. La elección de los caminos a seguir se convertía con el tiempo en un complejísimo problema cuya resolución era dificultosa, exigente, y a veces parecía sin salida.

Sin embargo, el hecho de que tuviéramos que enfrentarnos a estas situaciones, nos permitió nutrirnos de ciertos mecanismos para tomar decisiones y nos proporcionó un aprendizaje importante. Atrás habían quedado los métodos represivos, que exigía la resolución en un espacio y un tiempo marcado por otros, cuya censura y control signaban la resolución. Ahora, éramos nosotros quienes tomábamos las decisiones. Sin embargo, nos pasó que en muchos casos, mantuvimos una actitud parecida a la que teníamos en el Penal, en torno a qué decir, cómo decir, para no crear en las familias, más desajustes y angustia de la que ya habían pasado.

Para esta reflexión es conveniente precisar que veníamos, como hemos mencionado, de una situación de miedo ante lo nuevo, con dificultades en cuanto a cómo adquirir confianza, autenticidad, cómo plantarnos ante la vida, más allá de que ingresábamos a nuestra familia. Teníamos que superar los miedos, los temores, y “el silencio” que nos rodeaba para poder abrirnos, y lograr entender finalmente que estábamos en otra circunstancia. Porque en el Penal, en la situación de represión, el silencio y el cuidado de guardar los secretos, las vivencias, los amores y dolores, y todo tipo de sentimientos, era una forma de protegerse,

porque aquella eventualidad nos tendía día a día emboscadas para que cometiéramos errores, transformándose así, ese silencio y ese guardar y proteger lo de adentro, en una forma más de sobrevivencia.

¡Ahora el mundo interno era libre!

Pero los problemas que teníamos que abordar eran múltiples, eran dos eventualidades diferentes que tendrían que conjugarse, como ya hemos dicho. Nuestras familias a las que veníamos a integrarnos, habían construido su mundo y sus estrategias para protegerse del terrorismo; nosotros, veníamos de una circunstancia de miedo, incertidumbre y temerosos de insertarnos en esta realidad nueva, con experiencias donde las situaciones límites eran las constantes, enfrenándonos a una realidad en que era prioritario darle un nuevo sentido a la vida. Esto significaba recoger lo vivido, darle sentido, fundamentalmente al presente, atar de alguna forma, articular el antes y el ahora, como una forma de llegar a una síntesis.

Desde luego, que estos cambios, no siempre producían satisfacciones, en muchos casos se daban con pérdidas, con procesos comenzados y rotos al poco tiempo, como también, en otros, eran saludables y bienvenidos.

Comenzó en esta nueva etapa un nuevo entramado de vínculos, mediante un largo proceso, algunos relacionados con el pasado, con historias, con hechos y recuerdos.

A pesar de los esfuerzos de todas las partes, de la comprensión en general que manifestamos, en las relaciones familiares subyacía un conflicto, que no sig-

nificaba estar de acuerdo o en desacuerdo, sino que era un entramado de historias con las tensiones correspondientes y cuya presencia interpeló nuestras actuaciones, actitudes y conductas. La pregunta permanente ¿estaré haciendo bien?, manifestada por algunos entrevistados, da cuenta de la existencia del problema. Las dudas sobre la resolución de lo que se nos iba planteando. Pero lo que parece más importante en este conflicto es lo relacionado a lo que sentíamos realmente, a cómo relacionarnos con los familiares, que nivel de intimidad, de profundidad en el vínculo, cómo interpretar y resolver las dificultades.

Se suma el cruce de diferentes generaciones a pesar de que cada una aportó experiencias, edades, intereses, creencias, expectativas, deseos y anhelos diferentes, además de desencuentros propios de la situación.

Había normas establecidas en los hogares que pasaban por la educación, la salud, la recreación, los hábitos, el trabajo y otros, que habían construido, bien o mal, con errores o sin ellos. Era un lugar habitable y en casi todos los hogares nos recibieron como: el diferente, el héroe, o como el que arruinó la vida de la familia.

Así, una de las tareas que realizamos fue reconstruir la red primaria a partir de nosotros y ellos, tratando de analizar y sanear los vínculos afectivos con los miembros de la familia, como forma de fortalecerlos, dar algunos pasos hacia adelante, y abrirnos caminos en la nueva realidad. Esta reconstrucción de los vínculos oficialaría como un fuerte soporte, confor-

mando una red de sostén, donde lo central sería un desempeño con autonomía, decisión y libertad. Y fue justamente a partir de esta red familiar de sostén que se pudieron construir las redes laborales, solidarias, de cooperación en los primeros años de la salida, como una forma de apoyar a la incorporación en el tejido social creado durante esos años.

En este sentido, se planteó una circunstancia entre ellos y nosotros, como un desencuentro, como un enfrentamiento, expresado desde las dos partes: “ellos no pueden entender porque no estuvieron presos” y el otro planteo: “nosotros estábamos afuera, era bravo, no sé que fue peor”, que en definitiva nos decía de los miedos que ambos grupos tenían.

Sin embargo, todos éramos de carne y hueso, habíamos transitado horrores y volvíamos, y si bien estuvimos juntos en esta gesta de la salida, de cualquier forma, hubo situaciones en la comunicación, no deseables, muchas que se pudieron superar, que se expresaban en no entender los cambios, los procesos, sentirse incomprendido. Quizás en este sentido, sea necesario pensar, mucho más que en la familia, en nosotros los presos, y como la presión, la tortura y la represión habían operado en nuestras subjetividades. Porque como ya hemos dicho y afirmado, no éramos los mismos, habíamos hecho un cambio profundo y, por el tiempo de separación y a raíz de la traumatizante experiencia vivida.

Aparte, era un error ubicar las dos situaciones como antagonicas, pues ambas fueron construidas sobre el dolor y las pérdidas, y tampoco significaron una compe-

tencia frente al sufrimiento. Era la realidad de una parte de la población, que había vivido sumida en la violencia durante los doce años que duró la dictadura.

En cuanto al vínculo que establecimos con la familia, se instaló en función de afinidades y encuentros, también en obstáculos y algunos desencuentros. Con el correr del tiempo la relación con la familia fue cambiando y pasando por diferentes estados, a veces aparecían los malestares, otras la comprensión o incompreensión, y cada momento fue acompañado por algunos miembros del grupo familiar; en otros momentos, por otros.

En todo ese período cambiaron los personajes familiares, variaron y se movieron constantemente. También esa movilidad del núcleo permitió el enriquecimiento del vínculo ante el acercamiento o conocimiento de cada miembro. Cada uno llegaba siendo parte de la historia familiar, con su historia particular y esto nos permitía profundizar no sólo en esa relación de carácter personal, sino en un conocimiento general de la identidad del grupo.

En general, se observaba que la mayoría de nosotros tenía dificultades al momento de incorporarnos al grupo, y que las dificultades fundamentalmente estaban en nosotros. Salvo pocas acepciones de todas las entrevistas realizadas, como base de este trabajo, manifiestan en cuanto al vínculo que fue la situación más difícil de resolver, la que planteó las más graves situaciones, como también, en otros casos, el gran facilitador de encuentros y felicidad. En muchos casos se reitera la idea de:

“No sabía como manejar la situación, todo se me escapaba de las manos”,

“Me fue prácticamente imposible ordenar mi vida y la de mi familia”

“Todo me costaba, no lograba entender porque hacían determinadas cosas”

“Me parecía todo como deshilvanado de la realidad, aunque en verdad, lo era en relación a lo que yo quería”.

“Siempre llegaba tarde a las decisiones”.

“Los chiquilines decidían por ellos, o mi marido lo hacía”.

“Me fui quedando al costado de los hechos importantes, todo era difícil”.

Teníamos dificultades en cuanto a manejar las situaciones que se planteaban, una pérdida del control en cuanto a ejecutar, o tomar algunas decisiones, y, fundamentalmente, un conjunto de dudas, en cuanto a cómo hacer las cosas.

La comprensión de cómo aquellos cambios se habían dado, fue un largo proceso. Posiblemente haya sido ubicando la idea de que los seres humanos nos transformamos a través de un proceso interactivo, y desarrollamos en forma paralela, lo individual y lo social, adquiriendo autonomía, que es lo que permite que seamos capaces de construirnos a nosotros mismos.

Esto significaba que para esta construcción y reconstrucción de la vida, inserción, recuperación de los

derechos, debía integrar lo propio, lo de los otros, y el contexto.

En aquel momento todos nos encontrábamos abocados a salir de una situación y entrar en otra, salir de un camino para entrar en otro, determinados permanentemente por el pasado y el presente; lo que nos ofrecía ese presente, defendiendo lo que quedaba del pasado, tratando de unir aspectos del mundo que se presentaba fragmentado y destruido.

La subjetividad se había transformado en una forma de mirar, observar, y sentir al mundo y sus procesos, y nos exigió, ampliar la mirada, tratando de penetrar en cada cosa, buscando su esencia y siendo conscientes de que necesitaríamos de otros que nos acompañaran para atar esos lazos que nos permitieran sortear la fragmentación del mundo, llegando a ciertos niveles de universalidad, dado que nuestra subjetividad se veía transverzalizada por los acontecimientos sociales más nefastos, como la tortura, los años de prisión, y el dolor. La diferencia de experiencias, necesidades, intereses e historias, era tan grande que se crearon, hasta con ciertas lógicas, dificultades de relacionamiento, que iban de hechos sencillos y fáciles de resolver, a las más complejas situaciones.

Los tiempos para procesar la nuevas situaciones debían ir acompañados de una gran tranquilidad y lentitud, adaptándose a lo nuevo, contemplando la complejidad de la situación y que nos permitiera construirnos sobre esa realidad. Pero la realidad era vertiginosa, cambiante, acelerada y hasta misteriosa, y nos incorporaba responsabilidades, tareas, y pro-

blemas nuevos que exigían respuestas, a veces inmediatas.

Otro de los efectos más visibles en las familias era la ruptura provocada por la dictadura que cortaba la construcción de la historia familiar, y que afectaba las posibilidades de continuar transmitiéndola, como también la historia social. Ambas son de vital importancia en el desarrollo y evolución de la especie humana.

La historia familiar da cuenta de secretos, personas, personajes, anécdotas, hechos y episodios, que fortalecen los lazos familiares y también los identitarios. Da sentido de continuidad de algunos rasgos familiares y privilegia la pertenencia. En el caso nuestro, era importante no perder la historia, preservando no solo un espacio donde cada uno ocupaba un lugar antes, sino la sucesión de hechos, los tiempos requeridos y los partícipes de la historia. En cuanto al espacio, había que reafirmarlo ya que quería ser barrido por las nuevas situaciones, es decir, que era necesario el reconocimiento y su reconstrucción en todo momento.

Mientras, la historia social es una construcción con aportes colectivos, rica, heterogénea, que contempla la diversidad de opiniones y opciones y se fortalece en los diferentes niveles de la cotidianidad.

El corte de la historia familiar, no solo afectó a los personajes del presente, sino a las próximas generaciones, sumergiendo a todos en una situación que les prolongaba el dolor del pasado, y, en general, les impedía que esa historia familiar pudiera ser reelaborada.

Al romperse o fracturarse los vínculos que sostienen a la familia que son quienes aportan para construir la historia familiar, “ se produce una incapacidad para pensar experiencias, una dificultad para reconstruir los ideales anteriores y una ausencia de Historia para ser transmitida a las generaciones” (Viñar. M. 1993) Sin embargo, se observa, hasta en detalles, algunos esfuerzos de las familias por mantener vínculos y relaciones parentales como una forma de construir al armado de la historia.

La dispersión de los miembros del grupo familiar, a raíz de la situación traumática, rompe la genealogía, opera negativamente, desaparecen los personajes, significando casi el fin de la historia; es por ello que el papel que jugaron las madres, las abuelas y otros familiares en la lucha por sostener los vínculos, fue muy importante.

Las cartas del exilio y de la cárcel dan cuenta de ello, testimonian cómo de alguna forma, las familias hacían esfuerzos por mantener algo de la historia familiar, porque esta en definitiva sostiene al conjunto.

Las cartas eran una gran polea entre una situación y otra, proporcionaban información por un lado, sostenían el vínculo, mantenían o ayudaban a mantener los lazos afectivos fundamentalmente, y significaban la presencia permanente de la familia hacia el preso/a, y del preso/a hacia la familia.

“En mi casa están todas las cartas que mandábamos de los Penales”

“Mi madre se encargó de guardarlas, me da mucha pena leerlas hoy”.

La presencia de los personajes de la familia, van pasando de unos a otros a través de relatos familiares, y los niños - que no recuerdan a los tíos o primos, u otros familiares, porque al momento de la separación eran pequeños, y no podían entender la situación -, relatan anécdotas y a veces cuentan rasgos del perfil de algunos de ellos. El peligro que se corría, como hemos mencionado ya, era que al estar el núcleo amenazado, la historia estaba también amenazada.

La historia familiar no se construye solo con el recuerdo o la presencia de los miembros de la familia, sino, en los aportes de cada uno, en la gestión familiar de cada uno y del conjunto, entrelazando generaciones, integrando e interrelacionando todos aquellos elementos que favorecen la continuidad en el núcleo familiar.

En este sentido puede ser interesante transcribir el testimonio de compañeras, sobre los elementos de la historia familiar, y de la forma como cada uno la sentía:

“Me costaba entrar en la historia familiar”.

“Siempre se contaba una anécdota mía, siempre de presa, parecía que no estaba liberada”.

“Mi madre era una figura fuerte para transmitir la historia familiar”.

“Yo no me sentía integrada a ese relato”.

“Desde que llegué del Penal, me di cuenta del esfuerzo que habían hecho por no perder nada, estaban

los relatos familiares, pero también las fotos, cartas, noticias, todo”.

En la historia es importante la veracidad, la claridad del relato y la autenticidad del mismo, como también, la capacidad del núcleo de transmitir lo latente, lo que subyace, y lo que puede manifestarse, como algunos mitos o costumbres.

También en la historia hay otros elementos con un peso importante, por ejemplo, el barrio donde se desarrolló la historia familiar, donde se vivieron hechos que marcaron la vida, las instituciones, amigos, vecinos, conocidos y grupos que de alguna forma, conforman diferentes redes sociales y que durante la prisión, nos habían acompañado como recuerdos.

Luego hay otros aspectos, cuya explicitación y reconocimiento cuesta hacerlo, en tanto están relacionados a los vínculos encontrados, contradictorios, que en muchos casos no pudimos reconstruirlos, o cuya reconstrucción estuvo viciada de fragilidad y perduró en el tiempo como una situación sin resolución.

Hasta aquí he tratado de dar algunas nociones generales de la situación que presentábamos a la salida de la cárcel, cuáles eran los temores, incertidumbres, y, fundamentalmente, las limitaciones impuestas y autoimpuestas, que entraban en contradicción en forma permanente, causando profundos desacuerdos con la familia.

Luego de tantos años separados, con una organización y dinámicas establecidas, se crearon, como es natural, ámbitos de poder. Como lo expresa Westín

el poder es “un aspecto muy significativo en toda la interacción humana” (Westín.Ch.1978). Estos ámbitos de poder no siempre se manejaron con criterios acertados, con ciertos niveles de equilibrio, sino que en muchos casos, significaron serias competencias entre los que llegaban, y los que estaban al frente de la familia. Se observó, con cierta frecuencia, en el caso de algunas abuelas que criaron a sus nietos tal como si fueran sus madres. En estos casos se cambiaban los roles, sin proporcionar una enseñanza a los niños que les permitiera entender la situación, sino que primaron los afectos y un vínculo que hacía del niño un ser dependiente, otras veces sometido.

Pero las expresiones de poder, de supremacía de uno sobre el otro, se daba generalmente a la salida, cuando la presencia y el retorno de la madre verdadera despierta sentimientos encontrados en el núcleo, y la figura que se siente desplazada comienza a ejercer cierto dominio sobre el niño/a, influyéndolo de tal forma, que al menor le cuesta discernir el camino a tomar, le dificulta las decisiones y lo ubica en la disyuntiva de uno u otro, como un fenómeno contrapuesto.

Posiblemente las abuelas proyectaron en estos nietos el amor por sus hijas presas, sus temores y miedos, y la salida de la madre los vivieron como una forma de romper con un estilo de vida logrado con esfuerzo. Posiblemente pesó el temor a una inevitable pérdida o separación, y también, a volver a comenzar un largo proceso en un momento en que todo había llegado a cierta estabilidad.

“Mi madre se había apoderado de mi hijo, de tal forma que él solo le respondía a ella”

En realidad se trataba de sentimientos contradictorios, puesto que fueron ellas quienes acompañaron y apoyaron a sus hijos/as de la forma más generosa, durante el período de prisión, pelearon por sus libertades, se hicieron cargo de la situación y además, mantuvieron unidos, en lo que fue posible, a todos los miembros de la familia. También es posible, que estas situaciones fueran mecanismos para defenderse de los horrores que vivieron durante años, y un importante temor a perder todo.

La vuelta significó para las familias además, una nueva democratización, es decir que se produjo una alteración en las relaciones de autoridad, ante la llegada de algunos miembros, y se observaron cambios en las figuras de autoridad, en sus formas de relacionamiento, en los roles, en la distribución de tareas, es decir en toda la organización del núcleo familiar.

Durante ese período de tanto desorden y orden interno, de incertidumbre sobre el futuro y de la vida, las preguntas, ¿cómo reconstruirse, construirse, como construir? eran permanentes.

En realidad, para esta titánica tarea no hubo una metodología diseñada previamente. Nos lanzaron a la calle y, allí debimos resolver nuestras profundas contradicciones, desavenencias, desconsoles e incomprendimientos en medio de un camino plagado de grandes tensiones, donde fue necesario apelar a reservas, creaciones y recursos.

Y como todo fenómeno social, la salida tenía diferentes formas de ser y de manifestarse. Se presentaba como un fenómeno contradictorio, porque significaba por un lado, concretar el sueño de la libertad y el reencuentro familiar, pero por otro, era la ruptura de los vínculos que habíamos construido en la cárcel, con su fuerte acento de solidaridad, de profundidad y confianza. El alejamiento significaba una pérdida más, y, en definitiva era, una carga más, para la difícil situación de la libertad

Analizada desde otro ángulo, la salida como cualquier fenómeno, tenía condiciones objetivas que se manifestaban en las pequeñas infraestructuras que tenían nuestras familias para esperarnos, que para los primeros meses de la salida nos permitían acomodarnos a la nueva situación, preparando la inserción a la nueva realidad. Pero, a su vez, pesaban las condiciones subjetivas nuestras, la conjunción de sentimientos y emociones que traíamos, fundamentalmente el peso de una historia vivida en la cárcel, como un elemento que influía y determinaba.

Luego, había otros inconvenientes que podían denominarse menores, pero que tenían incidencia en la situación, y era el tema de los objetos personales, de los bienes materiales que habíamos poseído.

En general, las personas poseen, acumulan y retienen bienes materiales de diferentes orígenes y procedencias, muchos de ellos, con altos contenidos afectivos que integran la vida y acompañan, a veces, largas trayectorias. Cada objeto para una persona tie-

ne un significado, porque está unido a los afectos y experiencias pasadas.

Esta mención no es solo para aquellos objetos de gran valor, sino también aquellos que encierran un valor simbólico. A la salida, fue muy difícil encontrar algo material o simbólico que nos ayudara en el reencuentro con la nueva vida, porque las detenciones durante la dictadura iban acompañadas de saqueos y robos, dejando nuestras casas sin nada, robándose desde objetos valiosos, a otros menores.

Salir de la prisión y no encontrar estos objetos, provocaba, además, un sentimiento de vacío, de no tener nada, no poseer absolutamente nada que nos uniera con el pasado. Pero significaban, aparte, una pérdida. Una pérdida valiosa por los recuerdos del pasado y una vez más, se sentía el hecho de una violación, el manoseo, el desprecio, la falta de respeto por el ser humano.

Por último, se puede considerar este período como una continuación o prolongación de una situación creada por la dictadura, cuya característica era la búsqueda de logros, encontrar, construir y profundizar un lugar de pertenencia perdido hacía años, y necesario para poder seguir viviendo, y luego, reincorporar la condición humana a nuestras vidas, para darle sentido, para reencontrarse con las perspectivas, en definitiva para salir, para lograr cierta estabilidad

Con el siguiente cuadro, hago una breve síntesis de las dificultades que expuse:

A modo de resumen

1	Los presos llegábamos en pésimas condiciones físicas
2	Los efectos de las fracturas producidas en los vínculos familiares se sentían profundamente
3	Llegábamos con una sensación de inseguridad muy acentuada
4	Mantuvimos por largo tiempo, dificultades para integrarnos al grupo familiar
5	Teníamos dificultades para manejar las situaciones
6	Se sentía la pérdida de poder frente al grupo familiar
7	Se había producido una ruptura con la historia familiar
8	Los efectos de la dispersión de los vínculos del grupo familiar eran múltiples
9	Sentíamos incertidumbre y miedo frente a la nueva realidad
10	El cruzamiento entre diferentes generaciones causaba algunos inconvenientes

Efectos sobre la construcción del Proyecto de vida.

“El hombre se construye a partir de ilusiones y sus proyectos... y una de sus dimensiones de la existencia es el hecho de remodelar permanentemente ese juego de ilusiones y de proyectos, que se juega entre el ser y su entorno” (Viñar, M. 1993)

El ejercicio de la libertad y la necesidad de procesar rápidamente una inserción en la sociedad, nos orientó a instrumentar una instancia que contemplara la vida en su totalidad, rescatara el pasado, las ausencias, nos ubicara en el presente, proyectándose en el tiempo, tratando de mitigar los horrores, recogiendo las necesidades, aspiraciones, y constituyéndose en un objetivo de vida, que incorporara los derechos, y nos brindara la posibilidad de reconstruirnos como ciudadanas/os, trascendiendo la categoría de segunda, de la cual éramos portadores. Un proyecto para avanzar, para desarrollarnos, para incorporarnos, que desterrara las falsas expectativas, muchas de ellas originadas a consecuencia del dolor y la soledad, y nos permitiera abrir horizontes de posibles realizaciones, nuevos caminos, es decir, una vida nueva. Así nace, y surge firmemente la idea de construir un proyecto de vida, esencialmente humano, que tuviera la capacidad de oficiar de puente entre nosotros, ex presos y la sociedad, posibilitando la incorporación.

Instrumentar este proyecto exigía que ubicándonos en el presente, empezáramos a mirar la realidad, el contexto social, en este caso, el barrio, los amigos, las instituciones, la familia, hasta lo desconocido, como algo real y a transitar por él, enfrentándonos así, a una sociedad diversa y compleja.

Debíamos aprovechar todas las formas de organización que podía ofrecernos la vida cotidiana, para encontrar caminos de salida.

El proyecto recogía la historia personal, aunque viniera cargada de tristes recuerdos, de pérdidas y de miedos.

Su objetivo se orientaba a un cambio, fundamentalmente recuperando la calidad de vida, e incorporando del presente todo lo que nos ofrecía. Era necesario ubicarnos en la sociedad sin marcas ni discriminaciones. En este sentido, arribar a una calidad de vida aceptable ha sido un proceso largo e inalcanzable, pues los ámbitos de poder y de decisión se han opuesto con diversos dispositivos, y las necesidades materiales, psicológicas y sociales, han transcurrido en el tiempo sin definiciones. Estas necesidades nunca se plasmaron en políticas públicas que contemplaran la situación en forma integral, lo que ha impedido inserciones totales a ámbitos laborales, de estudio, y otros.

Muchos de los ex presos /as han sostenido una situación laboral de inseguridad, sin cobertura de la seguridad social, percibiéndose así, una injusticia en la distribución de lo social en el colectivo.

Para la construcción del Proyecto teníamos como desventaja no conocer el funcionamiento de la socie-

dad, los cambios culturales, las costumbres, y todas aquellas transformaciones que se habían gestado a partir de nuestra ausencia. Además, estaba presente la complejidad de esta nueva realidad, diversa, heterogénea, la mezcla de aspectos privados y públicos, lo personal, lo colectivo, lo particular, lo singular.

Entonces, retomando la idea de su construcción, era necesario encontrar mecanismos para ubicar la historia personal como eje fundamental para concretarlo. Para ello debíamos pasar, entre otros, por tres momentos que tenían que ver con: a) atar, unir o enlazar el pasado con el presente, b) incorporar mediante un proceso lo nuevo, las nuevas formas de convivencia y relacionamiento y c) aceptar la nueva situación como un hecho real.

Estos momentos nos iban a exigir un esfuerzo, pues era necesario encontrar la capacidad de ordenar, articular, a la vez de hacer y avanzar en un camino desconocido y hasta hostil. Y como todo Proyecto se desarrolla mediante un proceso, se instalaría a través de una sucesión de etapas, en interrelación, donde cada una daría paso a las siguientes y con características bien definidas que estarían vinculadas a los momentos descriptos anteriormente. Estas etapas tenían dos caras, una de carácter interno, y la otra de carácter externo.

Una estaba relacionada a como nuestra subjetividad recepcionaba, acomodaba y procesaba, ese conjunto de sensaciones, de acontecimientos y situaciones que se gestaban a partir del intento de mirar hacia atrás y entrelazarlo con el presente. Propósito extre-

madamente difícil porque, por momentos, mirar hacia atrás era mirar el horror, mirar y sentir las pérdidas y ausencias. Pero se hizo absolutamente necesario este operativo, buscando un lazo, tratando de rescatar, de no perder la riqueza de lo que posiblemente quedaba de ese pasado, incorporándolo en este momento tan difícil. También, debimos aprovechar el momento en que ambos tiempos se relacionaban, para apoyar la creación de una nueva situación que sería en definitiva por donde transitaríamos. Atando los dos tiempos estábamos empezando a darle un sentido a nuestras vidas, y, posiblemente, a transitar por complejas organizaciones e inconvenientes que la sociedad nos imponía.

Y luego la situación externa, de afuera, lo que iba apareciendo como nuevos fenómenos que no conocíamos y, en otros casos reconociendo figuras, personajes, contextos y tantos elementos y hechos que conforman la cotidianidad.

Estas etapas mencionadas fueron:

- 1) La primera coincide con ese intento de atar los tiempos como primera medida, y que se manifestó como una situación a corto plazo, que nos permitió mirar, observar y entrar en la realidad, con el objetivo de ir conociendo, construyendo, recuperando y creando.

Y si bien estos eran los primeros momentos, necesariamente y desde el principio, la situación nos exigía obtener logros, aún los más ínfimos, realizar actividades gratificantes para que, de alguna forma, nuestras vidas fueran consideradas.

2) La segunda coincide con los momentos en que entramos a una situación nueva, es por consiguiente compleja y se constituye en una etapa a más largo plazo, y el esfuerzo se concentra en pensar más allá de lo inmediato, dando paso a otros momentos que tienen que ver con la nueva realidad. Esta etapa es también de mayores definiciones y trascendencias. Aquí buscamos que luego de conocer el medio, de instalarnos, el tema de la recuperación fuera un objetivo, más allá de la lentitud en la resolución.

En este sentido, esta etapa estuvo marcada por la búsqueda de dimensiones como la autonomía y los niveles de decisión, pues en la medida que lo lograríamos, cedían las tensiones que portábamos para dar paso a las resoluciones, las integraciones y los logros. Esta etapa, que significa en parte, un intento de inserción en el medio, buscando entender la realidad y desentrañarla para poder entrar en ella, hacía necesario que de alguna forma, se unieran en algún lugar, todos los elementos constituyentes de la identidad de cada uno y de todos, con la historia reciente del país. Era conocer esa realidad desde otro lugar, no desde el de la víctima y el dolor, si no habiendo sido víctimas y con dolor, comprender y poder desentrañar las posibilidades de cambios para poder vivir.

En aquella situación, con miedo y atemorizados, era extremadamente difícil poder enfrentar la realidad con ciertos niveles de objetividad, y encontrar caminos para transitar.

Las nuevas situaciones que se iban presentando causaban gran temor, y las resoluciones que encon-

trábamos nos planteaban dudas, implantando así, zonas de desconcierto y ambivalencia que permanecían por tiempo.

Las historias como decíamos, cobraban en esta situación una importancia fundamental pues eran una base esencial para sostener el presente. En este sentido, tanto servían las situaciones gratificantes, como aquellas grandes dificultades o problemas por las que habíamos atravesado. Para proyectarnos aquí eran necesarias nuevas estrategias para sobrevivir, que requerían creatividad y audacia, y con perspectivas. Y, posiblemente, buscando salidas pudimos unir historias, identidad, perspectivas, articulándolas en una relación dialéctica que permitió avanzar.

Nada de esto era sencillo, porque la situación conspiraba contra el deseo y las necesidades. Pero si quedábamos sumidos en esta contemplación, quedábamos inermes ante el mundo que no paraba de girar y nos dejaría fuera de su movimiento.

Utilizando estos mecanismos, es que el Proyecto buscaba instalarse articulando etapas. En este sentido, se hacían necesarios los encuentros, en primer lugar, consigo mismo, luego con otros.

Este encuentro con uno mismo era imprescindible, era en parte reconocer los cambios que se habían operado en nosotros y en los demás, admitirlo y asimilarlo como parte de este largo proceso que veníamos realizando.

Pero aún significaba algo más profundo, interno, que tocaba la base de nuestra existencia. Y si el ejercicio de encontrarse con uno mismo en el Penal había

sido necesario, en ese momento era imprescindible, para sacar del fondo de cada uno las contradicciones y los aciertos.

Volvía a aparecer, con la libertad reciente y las adversidades del momento, la necesidad de sentirnos seres humanos.

3) Y la tercera etapa, que tiene que ver con aceptar la nueva situación como un hecho real. Entonces, en función de los otros momentos, ¿desde dónde mirar, qué lugar tomar para aceptar la nueva vida, como un hecho del cual no había marcha atrás?

Podíamos mirar desde el lugar de la víctimas, porque efectivamente éramos víctimas de una situación de incertidumbre y ambivalencia, o nos ubicábamos con el sentido de comprender y trascender, sin banalizar, y en lo posible, con ciertos niveles de objetividad. En lo personal, puedo afirmar ahora, pasados los años, que de todo ese largo recorrido, esa pesadilla que por años tuve que sufrir desde que me secuestraron la madrugada del 22 octubre del año 75, quizás el momento de mayor indefinición, incertidumbre y de cosas no claras, fue ese momento, es decir, la libertad. Pero no era aceptar por aceptar la situación. Era en realidad, ver como caía un imperativo tras otro, como si la sociedad estuviera organizada por voluntades que no tomaban en cuenta nuestra historia, nuestro pasado y por supuesto, nuestras complejas y contradictorias subjetividades, producto de la situación vivida. Posiblemente usamos criterios con mucha cautela y cuidado para no equivocarnos, observando y mirando hacia todos lados, como una forma

de prevenir posibles dificultades. Aceptarla significaba en parte incorporarse, empezar a ser, pertenecer por lo que hacíamos, encontrar cierto sentido al mundo que nos rodeaba. En este momento se visualizaban nítidamente las ausencias y el corte abrupto con el pasado.

Pertenecer a algo era una necesidad, porque el sentimiento de pertenencia proyecta, apoya, ubica, nos hace sentir dentro de una estructura que protege y cobija, para nosotros, que llegábamos de una situación de desamparo total, esto podía significar un avance sustancial.

Aquí el papel de la subjetividad era definitivo y esencial, y su desarrollo se realizaría en función del proceso de cada uno. Tendríamos a nuestro cargo, las decisiones y las responsabilidades, buscando del mundo exterior todo aquello que sirviera para seguir avanzando en la vida.

En otro plano, esa imposibilidad de sacar adelante el proyecto, pasó por otros mecanismos que tenían que ver con nosotros, pero, fundamentalmente con la situación que nos rodeaba, que describiré brevemente y que tiene que ver con, los impedimentos para resolver en forma inmediata, y posteriormente la situación económica a través de una inserción laboral medianamente aceptable de la cual durante el desarrollo del trabajo he hecho mención.

Uno de los mayores impedimentos fue el constatar el no reconocimiento de parte de la sociedad de nuestra condición, y la no creencia de la situación por la que habíamos pasado.

La situación de ciudadanos de segunda categoría, que impedía y coartaba ante cualquier instancia, las posibilidades de inserción en cualquier ámbito.

Las dificultades de construir rutinas para movernos en un terreno desconocido, y que nos permitieran seguridad para transitar la vida cotidiana.

La escasas o nulas posibilidades de ampararse respecto a la salud, y también de incorporarnos a la seguridad social. En cuanto a la salud, en general, todos veníamos en situaciones precarias que requerían atención específica.

Las instituciones donde realizábamos nuestras necesarias gestiones, nos victimizaban en forma permanente. No solamente en las instituciones militares donde debíamos presentarnos cada quince días, sino fundamentalmente, en aquellos lugares donde llegábamos a solicitar trabajo, o cualquier tipo de gestión.

Además, el desconocimiento que teníamos del funcionamiento de la sociedad, que había procesado cambios, y había incorporado en su nueva estructura costumbres, mitos y sistemas de creencias, y las dificultades para comunicarnos con la sociedad que permanecía silenciada. En esos años, la población no acostumbraba a expresarse abiertamente, cuidándose de las repercusiones de la represión, haciéndolo sólo en círculos muy inmediatos, como la familia, o algún grupo restringido de amigos.

En general, se podía afirmar que el Proyecto buscaba romper con los obstáculos para insertarse en la sociedad, y como lo he mencionado anteriormente, la

mayor barrera era vencer miedos, sospechas e incertidumbre.

¿Entonces, cómo romper definitivamente con esta situación?

No era sencilla la tarea. El temor y el miedo son sensaciones perversas, angustiantes, que inhiben, coartan y desestructuran. El miedo a no poder reprime las posibilidades.

La lucha por no perder perspectivas, por seguir siendo lo que éramos, por salir del espanto de la represión y avanzar, fue, en esencia, el objetivo de este proyecto que tanto costó su construcción.

Respecto al Proyecto, los testimonios dicen:

“Era una sucesión de hechos que no entendía, pero no podía hacer un proyecto porque estaba totalmente desvalida”.

“No podía concentrarme, no podía proyectar nada, me costó bastante”.

“Si, lo pensé varias veces, no sé si lo que hice era un proyecto.”

Ya nada sería igual

Aquella idea de que nada sería igual cuando estuviéramos en libertad, producto de las largas y profundas conversaciones de las tardecitas y noches del Penal, eran ya una realidad.

¡Había recobrado la libertad! Asustada, con un miedo diferente al de la cárcel, me lancé sobre ese Montevideo que tanto necesitaba. Mis miedos ahora no se centraban en el calabozo, la sanción o el comandante, este miedo me enfrentaba una vez más conmigo, con mis pérdidas, mis ausencias, lo desconocido, y me calaba una sensación de desamparo y desconcierto. ¿Cómo sortear la situación? ¡Ahora sí que necesitaría de un conjunto de estrategias para seguir sobreviviendo!

Pensé que lo mejor para esta situación, sería provocar reencuentros, buscar amigos/as y familias conocidas, y comenzar este proceso de inserción.

Pero al preguntar por unos y por otros, se hacía un gran silencio. Unos se habían ido al exterior, a otros no los frecuentaban, otros se habían perdido y ni siquiera sabían donde se encontraban, otros tenían hijos en los Penales y no coincidían en las visitas.

Parecía que encontrarse con algo del pasado, o algo que nos conectara con él, era bastante difícil. Empecé a recordar a todos mis amigos/os, en especial

a algunos, Nelly estaba en Venezuela luego de su detención; Mely caminaba por el mundo, años después supe que había integrado la brigada de comunistas que apoyó a Angola; Tachi estaba en Cuba; de Julia no sabía nada, ni siquiera dónde vivía; a Silvina la habían asesinado en el 76 sacándola del 300; Ofelia salió en libertad directo al aeropuerto, pues la habían expulsado del país, Peter; el Negro Andrés, mis queridas Leonor y Elsa, y otros tantos compañeros/as, estaban aún en los Penales.

¡Cuánta tristeza! ¡Cuántas vidas dispersas por el mundo!

Traté de reencontrarme con la ciudad y recorrer sus calles. Era mayo, el sol se iba apagando, estaba fresco pero no frío, las hojas de los árboles perdían poco a poco su color verde, transformando a la calle y el paisaje en color marrón, como un signo de la época, de tristeza, de recuerdos y de ausencias. La gente transitaba sin mirar, sin detenerse, apresurada. Posiblemente cada uno urgido por sus necesidades y sus penas, caminaba en busca de soluciones a lo suyo. Las vidrieras de la tiendas mostraban algunas ropas de invierno, los ómnibus se desplazaban cargados de personas. El movimiento parecía el de otra época, pero faltaba algo. La tristeza se había instalado en aquel panorama.

Quise pasar por la Universidad y observar su movimiento, pero al hacerlo, un profundo dolor me invadió: estaba oscura y silenciosa, gris y triste, mirando pasar la gente y el tiempo, posiblemente esperando que un día pudiéramos volver a sus patios y

salones, y colgar nuestras carteleras anunciando asambleas y marchas, y pudiera recogerlos en su interior, sembrando la esperanza y brindándonos su conocimiento. Pero la realidad era otra, todos pasaban casi sin mirarla, ni valorarla. Era duro aceptar esa realidad, ¡le habían querido barrer su historia como a todos nosotros!

En mi familia los cambios eran notorios, mis cuatro sobrinos aún eran chicos, no conocía a los últimos, pues habían nacido durante mi prisión, y uno de mis primeros paseos fue para conocerlos.

Ubicados en un comedor de la casa, se mantuvieron a distancia, los mayores me saludaron y algo preguntaron. Nicolás (el penúltimo de todos) se defendió ubicándose debajo de la mesa, cubierta con un mantel, diciendo: ¡Como la voy a saludar si no la conozco!

En realidad, este era un sentimiento y una situación generalizada, pero que solo él con sus cuatro años y su sinceridad infantil, podía permitirse el lujo de gritarla como lo hizo.

La sentencia de Nicolás y sus cuatro años, me ayudó a ubicarme más en el terreno que transitaba. Las distancias habían actuado negando el lazo afectivo y de conocimiento, y aquellos sueños de las noches y las tardecitas del Penal, se esfumaron como tantas cosas se alejaron de mi vida en ese período.

Los diferentes momentos de la familia

Como lo he expresado a lo largo del trabajo, las familias sufrieron importantes transformaciones que tuvieron que ver con sus miembros, sus tareas, sus roles, sus subjetividades, hasta su propia identidad. Esta conjunción de factores incidió y se desarrolló de diferentes formas.

Pero había otra serie de elementos que tenían una fuerte incidencia en la vida familiar, algunos con una visibilidad encubierta, otros se manifestaban abiertamente, tales como los aspectos culturales, instalados en la sociedad como costumbres y tradiciones. Así, había además, dos situaciones que fueron determinantes en ese período, por el contenido, y por el papel que jugaron: la situación política y la ideológica. Ambas significan una base fundamental para el desarrollo de cualquier sociedad, subyacen en todos los estados y sociedades, pero en la dictadura tenían un carácter mayor en tanto determinaban, orientaban, dirigían y eran una expresión del acontecer oficial.

Las ideologías serían un conjunto de ideas que sirven para orientar y actuar, algunos autores dicen que sirven para organizar la vida y la convivencia, y para algunos grupos, es un factor imprescindible en el relacionamiento, fortalecimiento y guía de acción.

En aquel momento, el rostro de la dictadura que tenía una fuerte presencia en la calle, en los medios, en la sociedad en su conjunto, mostraba fundamentalmente los aspectos represivos y sangrientos, señalándole a la población, sin decirlo, cuál era el camino que había elegido, y las formas de concretarlo, creando con ello zonas de temores. Estos hechos incidían negativamente en los núcleos familiares, pues en esos años, señalados como los “más largos y más difíciles”, no se veía ninguna posibilidad, o signos de debilitamiento de la dictadura. Está señalado como el período de mayor aislamiento, de mayor desestructuración familiar, de muertes y desapariciones, pero sin embargo, las familias resolvieron sus vidas.

Esta situación se inscribiría entre el año 1973 y podría aproximarse al 1980.

Si bien no hay estudios cuantitativos o cualitativos que indiquen y marquen con fechas determinados períodos de la dictadura, en función de mi experiencia, y de las opiniones que se desprenden de los entrevistados/as, y, teniendo en cuenta el movimiento de la salida de los presos/as, y algunos hechos políticos importantes, se podría marcar a grandes rasgos los siguientes momentos:

1er momento	2º momento	3er momento
1973-1980	1980-1983	1983-1985

El primer análisis que se puede realizar de las situaciones por las que transitó la familia, nos dice:

1) El primer momento, siete años, tiene que ver con los primeros años de la dictadura, donde la crudeza de la represión, y su accionar fue mayor y más concentrada, dirigida al exterminio de todo el movimiento político y sindical, con la detención de dirigentes y militantes políticos y sindicales, y el control sobre la población era extremo.

La situación económica y social era prácticamente insostenible para muchas familias, la dictadura había logrado un afinamiento del poder que tocaba todos los órdenes de la vida, y donde la movilidad de la estructura familiar fue más fuerte.

Fue un momento de definición de las familias en todos los órdenes de la vida, tuvieron que decidir, quién estaría al frente de cada tarea, quién se haría cargo de los menores, quien atendería a los presos y otras series de tareas. Se valora como un momento difícil y los testimonios son claros en este sentido:

“Lo más difícil fue al principio, nadie sabía nada, tuve que hacer muchos esfuerzos para saber donde estaba mi marido”

“Los primeros años de la dictadura fueron terribles, me llevó mucho tiempo hacer todo lo necesario, era una vida muy diferente a la que estaba acostumbrada”

Para este primer momento, el más difícil para la familia y el más largo si se toma en cuenta el inicio de la dictadura,(1973-1985), sería de julio de 1973 al año 1980, donde las familias pasan por las máximas contradicciones y expectativas.

No todas las familias tenían un panorama claro de la suerte y destino de su familiar, en muchos casos creían que se encontraba en el exterior, o en el interior del país, más tarde la realidad mostró que estaban presos, o desaparecidos. Había una ausencia total de noticias y pocas posibilidades de acceder a medios con información. Con el correr del tiempo, ante la oscuridad de la situación las familias van resolviendo la cotidianeidad, pero el desánimo hace su trabajo. Todas las tareas que realizan tienen un costo de tiempo, de disposición, anímico y hasta económico, que las hace densas. El tiempo se hace infinito, todo se prolonga, y de esta forma, constatan que no están resolviendo de la mejor forma las situaciones planteadas, y con ello surgen las culpas correspondientes. Realizaron durante años una rutina, donde las monótonas tareas no arrojaban resultados, los presos continuaban en los Penales, la gestión en los juzgados militares, luego de años de prisión no mostraban avances, y en esos años la situación política no mostraba cambios. También desde el año 1973 al 1980, fue, sobre todo en los primeros años, donde se produjeron la mayor cantidad de detenciones, exilios y desapariciones.

En este sentido, teniendo en cuenta que esta etapa pudo haber sido la más cruel para las familias, porque implicó no solo el impacto, sino desgaste, cansancio, organización y cambios, se puede observar como una instancia de profundo aprendizaje para todo el núcleo. Con el tiempo, la misma rutina les hizo resolver los problemas con mayor economía, aprendieron

las rutinas de las instituciones militares, aprendieron a conocer al personal de las mismas, las familias lograron crear una red de solidaridad entre ellas, cedió en parte el temor y rompieron determinadas trabas, conociendo la realidad con mayor profundidad, lo que les permitió operar más eficientemente, y resolver los emprendimientos propuestos.

Durante el transcurso de esta etapa, aparecen en las familias sentimientos ambivalentes y contradictorios, fruto de la situación que vivían, cierto desorden en lo que deben realizar, y dificultades al momento de priorizar las tareas, lo que dificulta el cumplimiento de las mismas.

Luego, ya al final del momento caracterizado, haciendo un gran esfuerzo, coordinando todos los movimientos, articulando las dificultades, haciendo jugar la historia del grupo, la familia emergió a otra situación, donde logró cierta estabilidad, fundamentalmente, en relación con lo que debían hacer, y actuaron con mayor seguridad.

También, en estos últimos años había un estado anímico mejor, porque a pesar de la represión, se conocía, en general, donde “estaba” cada uno, había un conocimiento mayor, se había localizado a los presos, se tenía contacto con ellos, y lo mismo pasaba con los exiliados, en general.

2) La segunda situación o momento se podría inscribir alrededor del año 1980 en adelante, en una situación de pre democracia, donde si bien no era fácil la convivencia nacional, en ese año había habido una

respuesta de la población desaprobando la gestión del terrorismo, con el triunfo electoral del NO. En el año 1980 la dictadura apremiada ante su gestión, llama a un Plesbicitico con el objetivo de reinstitucionalizar al país a través de un plan Político Básico del año 1977. La situación demuestra, por un lado, la organización y la presencia de la resistencia, que siempre permaneció y jugó un rol trascendental y, por otro lado, la disposición de la sociedad a marcar su posición frente al vandalismo militar.

En este sentido, hay cifras que ilustran este momento histórico y la relevancia que tuvo. “El 30 de noviembre, fecha habitual a la tradición electoral y política del pueblo uruguayo, hubo una concurrencia masiva a las urnas. Votó el 85 % de los habilitados y sobre un total de 1.689.424 sufragios, el NO recogió 945.176 (57.2 %) y el SI 707.118 (42.7 %)”.

(Achard.D.1992)

Este momento se caracterizó por niveles de movilización social, se gestó un movimiento en contra de la dictadura que involucraba a varios sectores de la población, y por otro lado, se produjo un hecho importantísimo para las familias, la salida de presos/as que tenían penas de cinco o seis años, y menores, que venían recobrando sus libertades desde los años 1977-78 en adelante. Este hecho tuvo para los núcleos familiares un significado especial. Recibir información de primera mano, conocer a fondo los problemas que se vivían en los Penales, las situaciones personales, y del colectivo, proporcionó cierta tranquilidad, y les permitió un manejo mejor en las visitas a las cár-

celes. Se instituyó una forma de acercamiento con quienes salían en libertad, visitando a los familiares, o los familiares se acercaban al liberado, y se intensificaron las vías de transmisión de noticias y novedades que salían de los Penales

Este es un momento de mucha expectativa, y hasta de cierta tranquilidad para todos, porque también la situación política va sufriendo transformaciones que culminarían con el advenimiento de la democracia en el año 1985, si bien la represión aún jugaba un papel importante pues hasta el año 1983 se produjeron ingresos a los Penales, tortura, y fue precisamente en esos años, cuando se produjo la muerte por torturas del médico comunista Vladimir Roslik.

Se podría ubicar este momento desde el punto de vista cronológico, a partir de 1980 a 1983, donde acontecen no solamente los hechos mencionados, sino tanto en el país como en el exterior se intensificó la resistencia a la dictadura.

Es conveniente aclarar que la resistencia en el país no había cesado, había desplegado una actividad política intensa, y se constituyó en uno de los pilares fundamentales para el debilitamiento de la dictadura.

3) Y lo que llamaríamos el tercer momento o situación, está signado por mayores niveles de movilización (1983), para entrar en un proceso de apertura en los años siguientes, 1984 y 1985 (el retorno a la democracia) marcado por la salida de los presos, el retorno del exilio, es decir, la vuelta de los que de alguna forma se habían ido. Se puede caracterizar este

momento como de reencuentro, de abrazos y recuerdos y lo hemos explicitado en este capítulo. Es una etapa de fuertes movilizaciones sociales, de reincorporación y funcionamiento de las organizaciones políticas y gremiales que habían estado proscriptas, con antecedentes de hitos importantes como fue el llamado “Río de Libertad”, gigantesca concentración a favor de la libertad y los derechos humanos en el año 1983 realizado en el Obelisco en Montevideo, y el Primero de Mayo del mismo año.

Para las familias, el primer período significó el recibimiento de sus familiares, y los reacomodos que la nueva situación exigía.

Sin embargo, esta nueva situación, signada por la alegría de los retornos y las vueltas a los hogares, volvió a movilizar su estructura, y a crear grandes problemas, que aún pasados los años, no hemos resuelto de la mejor manera, y ha permanecido en nuestras vidas como una marca.

Los tipos de familias que se visualizan

El encuentro con la familia, realizado en muchos casos en plena dictadura, estuvo signado de emoción, de recuerdos, de movilizaciones que tocaban la vida de cada uno y de todos. Luego de pasados los primeros días o meses, fueron desapareciendo las fantasías de la familia sin problemas, como la que habíamos idealizado en la cárcel. Allí fue una necesidad mantener la idea de que la familia sería el lugar más adecuado y acogedor. Pero ahora, estaba allí con sus defectos y sus virtudes como nosotros, y esa era nuestra familia, y la que nos acogía. En este sentido, las experiencias son múltiples, y aún, en aquellas en la que hubo problemas de incompatibilidad, hubo un vínculo que se mantuvo, y una relación más o menos permanente. Se observa que los miembros que jugaron el papel más importante como sostenedores, hicieron un gran esfuerzo por mantener un vínculo sano entre todos.

El hecho de compartir o haber compartido determinadas situaciones acercó a los miembros del grupo. En muchos casos, había tareas que se realizaban entre todos, como la atención a los menores, y esto proporcionaba fuerza para que el vínculo permaneciera. Además, podía pasar que en la fortaleza y validez de ese vínculo, se encontraran en algunos, y se reencontrara en otros, aspectos que a veces, en fun-

ción de la situación parecían perderse, tales como los sueños y las esperanzas de cada uno.

Los momentos descriptos y el proceso vivido, permiten que podamos hacer ciertos ordenamientos, de los diferentes tipos de familia.

También se puede observar que el período de mayor movimiento fue al principio, lográndose luego de transcurrido el tiempo cierta estabilidad. Del análisis que hemos podido efectuar, surge la siguiente caracterización.

Tipos de familia	
1	Reducidas
2	Ampliadas
3	Con la separación se dispersa la Familia y mantienen vínculos escasos
4	Con la separación no mantienen vínculos

- Las familias que se redujeron por una detención, por desapariciones, por exilio, o por traslados a otras ciudades del país.
- Las familias que se ampliaron al incorporarse otros miembros, familiares o hijos de amigos, o se hicieron cargo de personas mayores.
- Las familias cuyos miembros – parejas - se separaron y quedaron algunos miembros, niños sobre todo, con un padre y el resto con el otro.
- Las familias cuyos padres se separaron y conformaron nuevos núcleos familiares y reunieron en este lugar a los hijos de ambos

Estos dos últimos casos corresponden a situaciones posteriores a la salida de la cárcel.

Si bien es cierto que los problemas que enfrentaron los diferentes tipos de familia, eran iguales en esencia, se manifestaron diferentes, crearon situaciones específicas y durante determinados períodos, oscilaban en su tamaño, agrandándose o achicándose.

En el caso de las familias que se redujeron por muerte, detenciones, exilio y desapariciones, y no aumentaron el número de miembros, pudieron de alguna forma, mantener ciertas costumbres, o crear ciertas dinámicas, y la presentación y resolución de sus problemas fueron, hasta, más fáciles de resolver - si es que hubo algo fácil o más fácil durante la dictadura-. El tamaño en este caso, hasta del punto de vista económico, favorecía la situación y se observa que las familias chicas buscaban apoyos en otros grupos familiares, o amigos.

En el caso de las familias que se achicaron, habiendo perdido un miembro o más, en función de quien fuera el ausente, el grupo lograba más o menos cierta estabilidad, aunque encontramos casos de familias cuyos ausentes tenían una fuerte representación en el hogar, que causaba muchas contrariedades en los miembros del grupo, y su falta causaba una gran angustia.

Las dificultades se observan mayoritariamente en aquellas familias donde ingresaron personas de otros núcleos, es decir, las que se agrandaron de alguna forma. En estos casos, la necesidad de protección económica actuaba enseguida. El hecho de que aportaran

más personas al sostenimiento de un hogar, era una garantía de sobrevivencia. Pero desde el punto de vista del funcionamiento creaba determinados dificultades, al unirse una conjunción de historias, generaciones, costumbres que debían compartir la vida, con sus diferencias e intereses.

Sin embargo, todos sin excepción, entendieron y aceptaron las ventajas que ofrecía ampararse en un sistema familiar, más allá de no tener vínculos consanguíneos.

También hubo situaciones de ex presas que tuvieron que vivir solas a la salida, porque sus familias ya no existían, y se habían ido al exterior.

Luego existen otras formas de familia, que se pudieron ver en los últimos años de la dictadura o ya en democracia, las que rompen los lazos afectivos. La separación por la cárcel o el exilio, modificó las relaciones afectivas que tuvieron diferentes formas de solución: parejas que se separaban, y los hijos quedaron a cargo de la madre en general, o del padre en menos casos, produciendo una crisis familiar que repercutió en todos, pero especialmente en los niños que debieron cambiar de domicilio, o separarse de hermanos y del resto de la familia. Esta situación del núcleo los desestabilizó más, aunque muchas de estas nuevas familias hicieron intentos de ordenamiento y sostenimiento de su difícil situación.

Otra situación era cuando los padres creaban nuevas relaciones afectivas, formando un nuevo hogar. En estos casos, la familia que se formaba aumentaba con nuevos miembros, si era la madre con sus

hijos, o podía pasar que viniera un padre con su hijo. La figura del que entraba en la casa por la vía de los afectos de la madre o del padre, era para los niños, algo extremadamente complejo, y sentían a veces como un extraño al que venía a ocupar un lugar. Pero también, era un conjunto de problemas para la pareja, que debía enfrentar un reordenamiento de la eventualidad, con el objetivo de asentar al núcleo, darle estabilidad a los niños, ordenar la vida familiar, y apoyar el cambio que estaba viviendo. Estas situaciones significaban cambios de roles, asunción de nuevos y también, era visible la participación de personas ajenas a la historia familiar, que debían incorporarse en momentos muy difíciles de la vida del núcleo.

Luego, están todas aquellas familias, que de ninguna forma pudieron amoldarse a la situación y terminaron con todos los miembros dispersos y sin ninguna posibilidad de reparar en algo la situación familiar. En estos casos la precariedad del vínculo jugó un papel importante, como también la historia familiar y los niveles de amistad familiar, dejando que ganara a la situación, o no tuvieron las posibilidades para hacer valer lo positivo más que los estragos ocasionados por la dictadura.

Final y hasta pronto...

Puedo afirmar que transité estas reflexiones con miedo e incertidumbre, y con un conjunto de preguntas tanto en el pensamiento como en los sentimientos. Sin embargo, apelo a la razón, me es más fácil razonar, entender, buscando más argumentos hasta llegar a la comprensión, porque la capacidad de razonar me da otras perspectivas, es un proceso ágil, a veces rápido, que interactúa con otros, se enfrenta a la realidad y llega más profundamente a la esencia de las cosas.

Mi sentir en cambio es más lento, requiere más mecanismos, enfrentando las barreras del: ¿porqué?, ¿Cómo?, ¿Cómo es posible?. Que en el caso de la memoria, muchas de éstas interrogantes quedan como temas dolorosos, que corroen al alma y no tienen respuestas.

A lo largo del trabajo he tropezado con las mismas inquietudes y he incorporado otras, pero el lenguaje parece escasear para expresar lo vivido, mientras en otros momentos, parece revolotear y perderse en forma difusa, por algún rincón del pensamiento. Pero de alguna forma, falta.

Y si volviera a escribir sobre el tema - que certeramente lo haré -, me estaré preguntando y cuestionando esto que hace más de treinta años me pre-

gunto, después de una noche en que interrumpieron mi sueño, mi privacidad y mi vida, me robaron mis cosas y me secuestraron, ¿porqué? ¿porqué?

Pero hoy los temores son diferentes. Aparte del dolor por las consecuencias de la Prisión tengo una inquietud insistente y predominante, después de transitar estos años-desde la salida de la cárcel al presente- respecto a la vigencia de la Violencia.

Decía Primo Levi pasados los años de finalización de la Segunda Guerra Mundial que había desolado a Europa: “Que manifestaciones del silenciamiento impuesto, que procesos de producción del olvido estarán en funcionamiento”(Levi, P.1986). Es pertinente ante la preocupación sobre la violencia actual, hacerse esta pregunta y pensar sobre todo, qué instrumentos utilizar para prevenir las masacres humanas cometidas por seres humanos, porque no basta con los clásicos elementos con que abordamos los temas conflictivos - tan necesarios - como la educación, la familia, la ideología, el ejercicio de los derechos, la democracia y otros. Será necesario además, llegar a la esencia del ser humano. Dice Levinas “la conciencia y la responsabilidad son fundadoras de la ética”(Levinas, E 1991). Tomando como base este concepto se debe apelar a la ética personal como un pilar que sostiene la actividad humana y otorga perspectivas a ese que hacer. Pero no estaremos seguros y tranquilos para transitar la vida, mientras no logremos fomentar en nuestra propia especie, los valores elementales de solidaridad y humanismo, desterrar el odio y eliminar la violencia de cada día. Para eso no se necesitan poderosos ejérci-

tos con armas nucleares, ni invasiones ni muertes y desapariciones, solo se necesita la disposición de cada uno, el compromiso con el otro, la preocupación permanente por las necesidades y angustias colectivas. Y como ya lo hemos analizado en el trabajo, el esfuerzo para salir de lo individual para integrar ese nosotros colectivo tan necesario. Y también, lograr que los grupos hegemónicos, sean económicos, militares, ideológicos, políticos y otros, que descomponen a las sociedades, lesionan, fracturan y, fundamentalmente lesionan la dignidad humana, logren ceder ante sus apetencias y ambiciones de poder.

Porque nunca estaremos seguros en nuestros cotos de libertad y democracia, si alrededor de nosotros, otros viven privados de libertad, sin justicia y derechos.

Porque la libertad no es solamente para quien la usufructúa, es de todos.

ANEXO

Datos sobre los consultados y entrevistados

Como ya lo expresé en la Presentación, consulté un grupo de treinta personas para recoger información sobre el nivel de parentesco con el familiar que los visitaba en los Penales y, en conocimiento de la edad actual hice un cálculo-aproximado- de la edad que tenían hace veinte y tres años.

Los cuadros siguientes dan cuenta de las edades actuales y anteriores.

Tenían hace 23 años	
13	27 a 37 años
8	38 a 47 años
6	48 a 57 años
3	58 y más años

Actualmente tienen	
13	50 a 60 años
8	61 a 70 años
6	71 a 80 años
3	81 y más años

Pauta de entrevista

Esta pauta fue elaborada teniendo en cuenta solo los efectos trabajados, aunque los/as entrevistados/as abarcaron diferentes temas, tampoco trabajé con el orden con que lo presento, sino que tuvo carácter abierto.

1. ¿Te fue posible concretar un proyecto de vida?
2. ¿Te adaptaste a la realidad?
3. ¿Cómo sentiste la pérdida de los grupos de referencia y pertenencia?
4. ¿Como era el cambio en tu familia?
5. ¿Como afectó la dictadura a otras generaciones?
6. ¿Cómo afectó para concretar proyectos laborales?
7. ¿Que sentimientos té despierta recordar o revivir el pasado?
8. ¿Como fue tú inserción laboral en libertad?
9. ¿Cómo te afectó en cuánto a la posibilidad de seguir estudiando?

Referencias bibliográficas

- Trilogía de Auschwitz. Levi, Primo.
Tortura y Existencia. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Chile. Westin, Charles
Fracturas de la Memoria. Viñar, Marcelo
Artículo en América Latina, Terrorismo de Estado y período de transición. Aspectos médico-psicológicos y psico-sociales, en seminario internacional "Salud Mental y Reparación en el período de Transición". De Pena, Mario.
Instituciones e Instituciones. Kaes, René. Enriquez y otros
En herramientas para una práctica Clínica de Derechos Humanos: La operación histórica. En Tortura y otras violaciones de los derechos humanos. Deleuze
Artículo en Revista Aportes. "Desafíos y perspectivas de la Psicología Social." Pampliega Ana, de Quiroga
Los trabajos de la Memoria. Jelin, Eelizabeth
Psicología de la vida cotidiana. Riviere, Pichón y Pampliega, Ana
El proceso grupal. Rivière, Pichón.
Lagarde, Marcela. Democracia genérica.
Nahum, Benjamín. Manual de Historia del Uruguay. Cita de Achard, Diego.
Laplanche y Pontalis. Diccionario de Psicoanálisis.
Madariaga C. Trauma psicosocial, trastorno de estrés post traumático y tortura, en Tortura y otras violaciones de los Derechos Humanos. Cita de Bruno Betelheim.
Levinas Emmanuel. Etica e Infinito.
Gomez Mango, Edmundo. La Desolación.
Represión y Olvido. Efectos psico sociales de la Violencia política dos décadas después. Compilador Giorgi, Victor.

Índice

Presentación	9
Introducción	19
Los efectos y las consecuencias. Generalidades ...	25
La construcción de la Memoria en Uruguay	34
Nibia Sabalsagaray	42
Breves reflexiones acerca de algunos efectos	46
Los efectos en las familias. Generalidades	59
Silvina Saldaña	69
La familia durante el período de la dictadura	73
El perro delator	93
Roles. Los cambios de roles en la familia	96
Un espacio social: El baño	102
Las tareas que realizaban las familias de los detenidos.	106
Las formas de solidaridad	112
Aproximación a un perfil de la mujer familiar de la resistencia	114

El pañuelo rojo para Beatriz	120
Los efectos sobre los niños hijos de padres detenidos	125
La familia cuando recibe al detenido/a	134
Efectos sobre la construcción de un proyecto de vida	156
Ya nada sería igual	166
Los diferentes momentos de la familia	169
Los tipos de familia que se visualizan	177
Final y hasta pronto... ..	182
Anexo	185
Referencias bibliográficas	187

Impreso y encuadernado en **ZONALIBRO**
San Martín 2437 - Tel. 208 78 19 - E-mail: zonalibro@adinet.com.uy
Dep. Legal N° 346 137 / 08 Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)

Octubre de 2008

Otros títulos editados por



UN DIA, UNA NOCHE...

TODOS LOS DIAS

Macedo, Mirta

TIEMPOS DE IDA,

TIEMPO DE VUELTA

Macedo, Mirta

ATANDO LOS TIEMPOS

Macedo, Mirta

DE BIGOTE P'ARRIBA

Fourcade, Luis

LOS COMUNISTAS Y LA HISTORIA

URUGUAYA

Toledo, Aníbal

MARCOS ZEIDA - La causa no sabe de
fronteras

Salazar, Fernando

LOS DESASTRES DE LA CANA

Rodríguez, Alvaro

SOCIALISMO Y SU CRISIS

Turianski, Wladimir

57 AÑOS AL PIE DEL CAÑON

Mendiondo, Dari

PENAL DE SANTA ELENA

Mir, Omar

DROGAS: prevención y tratamiento

Blanca de Souza Viera

Este trabajo nos habla de los múltiples efectos que dejó la dictadura en las víctimas y en la sociedad, como una fuerte marca que no se borra fácilmente. La autora parte de una reflexión que involucra a las lógicas como códigos universales del quehacer humano preguntando, ¿cómo se relaciona la lógica del mal con el bien, como opera la inteligencia articulando a ambas? A partir de allí va analizando los efectos de la Prisión, el impacto de la Libertad incorporando sus vivencias, sus opiniones, experiencias, sobre referencias bibliográficas que enriquecen el trabajo.

A través del mismo, aparece como en los anteriores la necesidad de entender, de comprender lo vivido como un camino para aliviar tensiones y dolores.

ISBN: 978-9974-661-42-4



9789974 661424